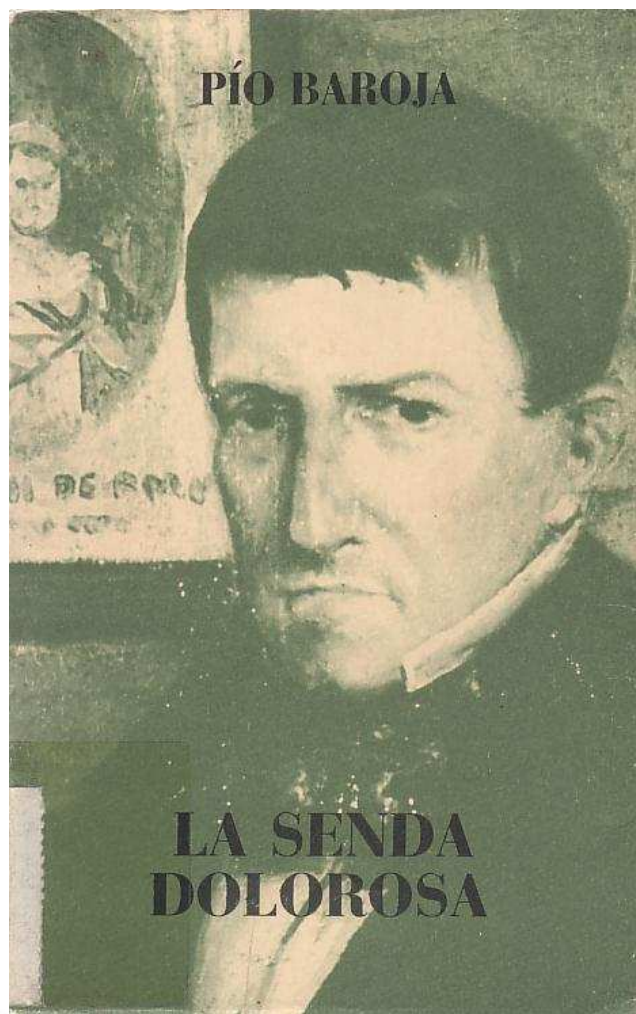


MEMORIAS  
DE UN HOMBRE DE ACCION



LA SENDA DOLOROSA

NOVELA



PÍO BAROJA

LA SENDA  
DOLOROSA

PÍO BAROJA

# LA SENDA DOLOROSA

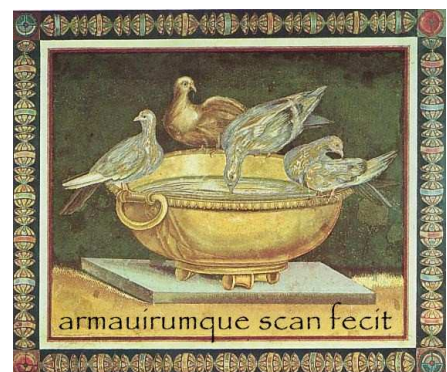


Editorial  
Caro Raggio  
Madrid

Edición conmemorativa del centenario del nacimiento de Pío Baroja

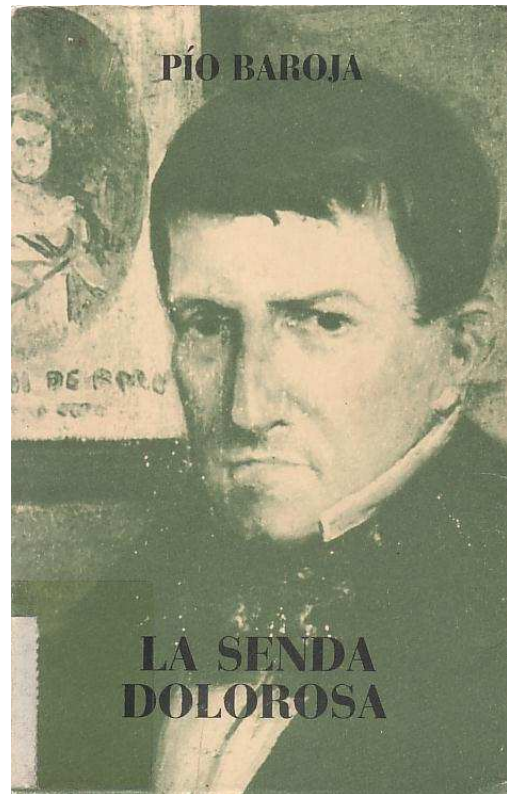
Cubierta de Ricardo Baroja

Es propiedad. Derechos reservados  
© Herederos de Pío Baroja  
Edita y distribuye: CARO RAGGIO, EDITOR  
Alfonso XII, 52. Tel. 230 68 51. Madrid -14  
ISBN: 84-7035-059-5  
Depósito legal: M. 8975-1981  
Imprime EDIME ORG. GRAFICA, S. A.  
MOSTOLES (Madrid)



MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCIÓN  
Tomo XVIII  
«La senda dolorosa»

Esta novela tiene como trama principal el relato de los últimos días de la vida del Conde de España, muerto, al fin, a manos de una parte de sus subalternos, en momento de descomposición del Carlismo catalán. En ella más si cabe que en la que la precede, Baroja utilizó sus impresiones de viaje a Cataluña, los recuerdos que aún podían quedar hace cincuenta y tres años del Conde en la tierra que estuvo bajo su mando y las impresiones legendarias creadas en torno a su muerte trágica. El conjunto tiene un carácter bastante distinto al de «Humano Enigma». Nos introduce en medios diversos. Al principio lejos del ámbito catalán. Luego se centra en las maquinaciones que concluyen en la conjura contra el Conde y la emboscada mediante la cual éste queda preso. Es también grande aquí la riqueza de retratos de personajes subalternos o principales entre los que actúan en secreto. La emboscada y el siniestro viaje hasta la muerte («La senda dolorosa») están cargados de dramatismo y aún de piedad. La última parte del libro, «Fantasía y realidad. La calavera del Conde de España», es una especie de epílogo melodramático en que entra en juego una disciplina por la que Baroja tenía interés desde la época en que estudiaba Medicina: la Frenología. Porque la calavera del Conde de España fue conservada por algún frenólogo de la escuela de Cubí. Esto da ocasión al novelista para darnos un relato como de gran guiñol decimonónico. El desenlace del relato, secundario siempre, de la vida del observador se enlaza, triste, con el final fantástico y también triste de las dos novelas en que el Conde de España es el verdadero protagonista.



## PRIMERA PARTE

### APARICIÓN DE AVIRANETA

#### I

#### AVIRANETA Y ROQUET

Aviraneta, en vista del buen resultado que le dieron sus intrigas en el campo carlista, produciendo la ruptura y la enemistad entre don Carlos y Maroto, quiso repetir la suerte en Cataluña.

Sin relaciones y sin conocer el país no podía conseguir lo conseguido en el Norte.

Para orientarse don Eugenio fue a Pau e intentó mezclarse con el elemento carlo-legitimista, allí muy abundante. Fue a parar al hotel de la Dorade y conoció en el mismo hotel a un francés, antiguo oficial del conde de España, y a un cura amigo de los individuos de la Junta de Berga, llamado José Rossell.

Don Eugenio se hizo pasar por legitimista vasco-francés. Ganó la confianza del oficial del conde y la del cura partidario de la Junta.

Les contó a los dos un sin fin de intrigas oscuras, mixtas de mentira y de verdad, lo ocurrido en Bayona durante la guerra y les habló de la influencia de las sociedades secretas, tanto en un bando como en otro.

Al cura le dio una serie de informes falsos acerca del conde de España, para que éste se los comunicara a la Junta.

Aviraneta había recibido noticias importantes desde Berga, enviadas por Máximo Labarthe. Tenía esperanzas de que el joven francés le prestara un gran servicio. Luego, el silencio de Max le llegó a producir inquietud y alarma.

Al comienzo de agosto Aviraneta mandó, desde Pau, varias cartas a los individuos de la Junta de Berga, por conducto de Rossell, contra el conde de España, afirmando categóricamente que éste iba a la transacción como Maroto, y que se sospechaba que, si no masón, sostenía muchas relaciones con individuos afiliados a la secta masónica y a la fracción moderada.

Aviraneta tenía indicios para sospechar que al conde de España no le hubiera molestado el entrar al servicio de María Cristina en el caso de que la guerra civil se acabara de una manera decorosa para todos.

Aviraneta, a pesar de pensar que sus informes no gozarían mucho crédito, siguió enviándolos e hizo que Pita Pizarro mandase constantemente todas las noticias sospechosas contra el conde de España que se supiesen en Madrid, dirigiéndolas a Pau, al fondista del hotel de la Dorade, quien conseguía a su vez que tales informes llegasen a la Junta de Berga.

Así se dijo que en los Bancos de Montpellier y de Perpiñán el gobierno de María Cristina preparaba los millones que iban a dar a los jefes carlistas que no quisieran aceptar públicamente la transacción y prefirieran vivir en el extranjero. Era sembrar la cizaña y llevar la duda a las masas absolutistas sobre sus caudillos.

## II

### UN VIAJE

A mediados de septiembre, cuando Aviraneta leyó en los periódicos la llegada de don Carlos a Bourges y su instalación con su séquito, decidió ir a aquella ciudad a pasar uno o dos días, sin participárselo a nadie. Quería ver con sus propios ojos qué pasaba allá, la actitud de la familia del pretendiente en la proscripción.

Aviraneta tenía su pasaporte en regla a nombre de Dominique Etchegaray. Don Eugenio tomó la diligencia en Bayona dispuesto a ir de golpe y sin pararse hasta Bourges.

Desayunó en el hotel de Francia, de Bayona; comió en la Cruz de Oro, de Dax; cenó en el hotel de las Diligencias, de Mont de Marsan; pasó por Bazas, con su catedral y sus antiguos hoteles; tomó un refresco en la fonda de los Siete Hermanos Masones, de Burdeos; almorzó en Livourne, con su río ancho y claro, en el hotel de los Príncipes, y descansó un momento, comiendo o sin comer, en el Dragón Volante, de Perigueux; en el Águila de Plata de Limoges; en el hotel del Delfín de Chateauroux y en el del Castillo de Issoudun.

Aviraneta quiso insinuarse y entrar en conversación con el mayoral de la diligencia, hombre gordo, rojo e inyectado, de bigote blanco; pero el cochero no parecía aficionado a las confidencias. En vez de hablar cantaba continuamente entre dientes, canciones antiguas y monótonas del Berry, que iba alternando. Una de ellas era:

A la Saint Jean je maccueillis  
Je maccueillis six francs tout rond  
La besi la beson  
La beson dondon.

La otra, no más complicada, decía así:

Les filles ont passé  
¡O gue! ¡O gue! ¡O gue!  
Les filles ont passé  
¡O gue! Beaux cheValiers.

El viaje no le pareció a Aviraneta muy divertido ni muy extraordinario. Perigueux, con su ciudad vieja cerca del río y la nueva sobre una colina, no le gustó gran cosa; tampoco Limoges, con sus callejuelas estrechas y sucias.

Únicamente Chateauroux hacía un bonito efecto con su iglesia gótica a la luz de la luna.

Aviraneta fue en la imperial del coche fumando y sin hablar con nadie. En Argentón subió un tipo de comerciante o comisionista, que era de Bourges, y Aviraneta consiguió charlar con él de cosas indiferentes.

—¿Usted es español? —le preguntó el francés de pronto.

—Sí.

—¿Va usted a Bourges?

—Sí.



—¿Y no lo vigilan?

—¿El gobierno francés? No creo. Los que sí le guardan son los carlistas españoles y los legitimistas franceses.

—¿Cree usted?

—Lo sabe todo el mundo.

—Así que, si quiere, se escapa.

—Cuando le dé la gana.

—¿Pero vendría vigilado hasta Bourges?

—Sí; traía soldados de escolta y un acompañante, el barón de Tinan, que han dicho que es el edecán del general Soult.

—¿Y está cerca de aquí el hotel Panette? —preguntó Aviraneta.

—Ahí mismo; siguiendo esta calle encontrará usted la de la Trapería Vieja (la Vieille Friperie) y después la calle del Peral Viejo (Vieux Poirier). En la calle del Peral Viejo está el hotel Panette.

Aviraneta salió del café de la Bola de Oro y dio pronto con la calle del Peral Viejo y con el hotel Panette; pero no quiso pararse a contemplarlo para no llamar la atención y siguió adelante.

Llegó al cuartel de infantería, y a un oficial que estaba a la puerta de guardia le preguntó si podría decirle las señas de la casa del barón de Tinan.

—El barón va al Café Militar, que está próximo a la plaza del Arsenal, donde se le conoce —contestó el oficial—. Sé que vive cerca, pero no sé sus señas.

El Café Militar se encontraba, cuando entró Aviraneta, muy animado; algunos señores viejos leían periódicos de París, y un gran número de oficiales de artillería, elegantes, jugaban a las cartas y al ajedrez. De una puerta llegaba el ruido de las bolas de billar.

Aviraneta se sentó en el café, pidió al mozo los periódicos de la localidad y luego le preguntó por el barón de Tinan.

—El barón de Tinan acaba de salir ahora mismo —le contestó el mozo—; vive en un hotel de la rue d'Auron.

Aviraneta escribió una esquela al barón. Le decía: «Distinguido señor: He conocido a su padre en Madrid en 1813. Me gustaría hablar con usted un momento. Si puede ser, avíseme usted al hotel del Buey Coronado, donde me encuentro a nombre de Domingo Etchegaray.»

### III

## BOURGES

Bourges, por entonces, era un pueblo muerto, estancado, sin energías, de vida sórdida y triste, en el cual todos los elementos activos emigraban o se acomodaban a una existencia rutinaria y mísera. Su población decaía, iba disminuyendo paulatinamente.

Es el carácter de nuestra época, iniciado con la concentración de la inteligencia y del capital en las grandes ciudades. Desde hace muchos años, los gérmenes vivos de los países van de una manera automática abandonando, primero la aldea, luego la ciudad pequeña, y reconcentrándose en la capital. De tal modo, las capitales se hacen cada vez más inteligentes, cultas y audaces, y los campos y las aldeas más rutinarios, inertes y torpes.

Si la tendencia indicada se intensifica como parece que se ha de intensificar, al cabo de algún tiempo las capitales estarán rodeadas de una zona habitada por una humanidad inferior, buena sólo para cultivar patatas o coles.

Bourges era un pueblo francés del centro, oscuro, húmedo, un poco triste; una capital de provincia clásica, de un gran espacio para su población, de calles anchas, desiertas, con vastos jardines y terrenos interiores vacíos.

Los ríos Auron y Yevre, que rodean la ciudad, le daban, al amanecer y al anochecer, grandes y densas nieblas. En el pavimento nacía la hierba con abundancia y en los tejados, casi todos muy empinados, crecían los musgos Verdes.

Bourges tenía entre sus edificios muchos jardines y espacios desiertos; tales espacios le daban un aire triste y melancólico de cementerio o de pueblo ruinoso.

Las calles anchas se hallaban formadas por hoteles grises, pobres, con sus ventanas y sus persianas verdes. La mayoría eran casas de dos pisos, con tejados apuntados, continuadas por tapias sobre las que se destacaban las copas de los árboles. Por encima de los tejados, enfilando algunas calles, se veían las dos torres de la catedral: la Torre Sorda y la Torre de la Manteca.

Había en la ciudad dos series de calles concéntricas, límites del recinto de la antigua urbe que en épocas sucesivas encerraban la catedral. Esta, si desde lejos no tenía gran aspecto, de cerca se la veía llena de rosetones, bajos relieves y figuras de arte gótico.

En las vías principales de Bourges el comercio era pequeño; los cafés oscuros y tristes; abundaban las tiendas de tejidos, las cuchillerías y los almacenes de granos, de lanas y de pieles. En los bulevares nuevos, abiertos sobre las antiguas murallas, se levantaban fábricas de diversas clases, principalmente de paño y fundiciones.

Los alrededores de la ciudad eran fértiles, un tanto melancólicos; el campo, lleno de huertas y de praderas, cruzado por acequias y por algunos canales, estaba siempre verde.



## IV

### EL HOTEL PANETTE

Aviraneta sabía tomar, cuando le convenía, el aire de un buen rentista francés; los anteojos le desfiguraban mucho. No viéndole la mirada, no fijándose en él, era un tipo sin nada para llamar la atención.

Aviraneta quiso vigilar el hotel Panette. En frente de este viejo edificio había una taberna; entró en ella y se sentó cerca del cristal. Tomó un refresco y quedó contemplando la fachada del hotel, del arco de entrada y una pequeña puerta de servicio que se abría a un lado.

El hotel Panette se hallaba entre una casa vieja y la tapia de un jardín.

Tomaba sus notas Aviraneta, disimuladamente, cuando entraron dos hombres. Para la sagacidad de don Eugenio no pasaron inadvertidos. Los dos hombres espiaban lo que pasaba en el hotel. ¿Eran españoles o franceses? ¿Liberales o carlistas? Aviraneta no quiso mirarlos, y tomando un aire de indiferencia estúpida salió de la taberna.

No contempló la fachada del hotel Panette, ni echó una mirada distraída al pasar por delante de la puerta cochera, y entró en la calle de la Trapería

Vieja. Al asomarse a ella, vio, casi enfrente del hotel, un piso alto, dos balcones con su alquila.

—Vamos allá —se dijo—. Ese debe ser un buen observatorio.

Llamó, una portera vieja, de cofia, salió a abrirle. Le preguntó quién le recomendaba y le dijo.

—No tengo a mano la llave para enseñarle la casa.

Aviraneta le dio una moneda de cinco francos; la vieja, más amable, encontró la llave enseguida y subieron los dos las escaleras.

Aviraneta explicó.

—Yo soy carlista y he trabajado durante Varios años en las oficinas de don Carlos, en España, y me gustaría vivir al lado de mi amo y señor.

La vieja, si no legitimista, no sabía bien lo que era eso; sentía simpatía por los reaccionarios; le parecía gente religiosa, respetable y tranquila.

Subieron al tercer piso y la portera le enseñó la casa. Se veía desde los balcones las chimeneas del hotel Panette y las copas de los árboles de los jardines de dentro de la manzana donde estaba comprendido el hotel.

En frente, según dijo la vieja, en la fila de edificios de la otra acera, vivía un comisario de policía retirado y un señor Fouché, que se había distinguido como realista.

En la misma acera en que se encontraban poseía una casa el señor Chevalier, antiguo redactor de la Gaceta de Berry, el periódico legitimista; un hombre de mucha fama, según la portera, a quien visitaban con frecuencia el secretario del obispo y los canónigos.

Entre los edificios que rodeaban al hotel Panette, en la calle del Peral Viejo, uno de ellos era del alcalde. En frente, en una taberna, solían estar dos agentes del gobierno observando quiénes iban a visitar a don Carlos, añadió la portera.

Por la calle de la Jaula Verde (la Cage Verte) el hotel Panette no tenía salida.

Por la calle del Medio, sí; una puerta secreta daba a un jardín público con un pozo. El jardín se comunicaba con la calle por un pasadizo.

Aviraneta se fijó en los informes de la vieja, y salió diciendo que volvería. Fue al hotel del Buey Coronado y su natural suspicacia le hizo pensar que podían seguirle.

Al volver una esquina miró distraídamente hacia atrás.

A pesar de las precauciones tomadas por él, a alguno, sin duda espía profesional o aficionado al espionaje, le chocó el paso del extranjero por delante del hotel Panette y su visita a la casa que se alquilaba en la calle de la Trapería Vieja, y aquel profesional o aficionado, quiso averiguar quién era el curioso.

—¿Demonio? Es gente lista —se dijo Aviraneta—. ¿Será algún carlista o algún agente del gobierno?

Aviraneta subió al cuarto del hotel del Buey Coronado y miró por la ventana disimuladamente. El que le había seguido -se marchaba ya, seguro de poder encontrar al forastero curioso.

Aviraneta se quedó en el cuarto del hotel hasta las siete, hora en que se presentó a comer. Al lado del plato se encontró una esquila del barón de Tinan, que le invitaba a ir a su casa aquella misma noche. Don Eugenio comió malamente, se puso su abrigo, metió en el bolso una pistola cargada, y se acercó a casa del barón de Tinan.

La puerta estaba abierta, el portero le dijo que subiera al piso segundo.

El joven barón le recibió en seguida, sin hacerle esperar. Aviraneta hizo el signo de la masonería escocesa y le contestó el oficial. A éste se le veía un tanto desconfiado.

—Conocí al barón de Tinan, jefe de la Logia Estrella, de la masonería escocesa, en tiempo de guerra de Napoleón, en Madrid —dijo don Eugenio.

—Era mi padre —contestó el joven oficial—. Dígame usted en qué puedo servirle.

Aviraneta explicó sus trabajos en contra del carlismo y dijo cómo necesitaba tomar informes rápidos para influir de una manera subterránea en el campo enemigo. Era lo que pretendía: datos de cuanto ocurriera en Bourges.

El barón de Tinan se dio cuenta de lo que le pedía, y contó irónicamente el viaje de don Carlos, de su mujer y su séquito desde Bayona hasta allá. En Burdeos un legitimista francés había preparado para ellos y para su comitiva un magnífico almuerzo. Era vigilia y Villavicencio, un palaciego de don Carlos, muy devoto, se lo advirtió a él y a su mujer.

—Tengo licencia del Papa —dijo la princesa de Beira con desenfado— y se comió unas cuentas chuletas, sin tomar en cuenta la advertencia. Don Carlos hizo lo mismo.

—¿Y qué impresión le han producido a usted el pretendiente y su mujer? —preguntó Aviraneta.

—Muy mala. El es un imbécil. Ella es una aventurera, Vieja, gorda, herpética, cínica y de mal aspecto. En Perigueux tuvimos otra cuestión porque algunos carlistas querían presentarse a don Carlos con sus uniformes y sus boinas, mientras estábamos en la fonda de la Pirámide. Yo lo prohibí. —¿Es que acaso somos prisioneros del gobierno francés? —me preguntó la de Beira con rentintín—. Yo no hago más que obedecer las órdenes de mis jefes —la dije.

—¿Y aquí, en Bourges, están tranquilos? —preguntó Aviraneta.

—Aquí tenemos también constantes cuestiones desde que han venido. El clero y el arzobispo les quieren tratar como a reyes. Muy bien —le digo yo al secretario del arzobispo—, en privado lo que ustedes quieran. En público, aquí no hay más reyes que Luis Felipe en Francia e Isabel II en España.

—¿Y están bien instalados en el hotel Panette? —preguntó don Eugenio.

—La casa es vieja. Les cuesta dos mil quinientos francos mensuales, sin contar la vajilla y la ropa. En el piso principal, al que conduce la escalera de piedra que parte de la puerta cochera, vive don Carlos y tiene sus oficinas; en el bajo hay un recibimiento, comedor, gran salón, cuarto de la Beira con sus dependencias; en el ala izquierda vive don Luis, el hijo mayor, y la parte que da al jardín la reservan para el infante don Sebastián.

—La casa parece triste.

—Sí, muy triste, oscura y húmeda.

—¿No se escaparán?

—¿A dónde y para qué?

—Es Verdad. Les vigilarán los carlistas.

—Hay triple vigilancia: la de los carlistas, la del gobierno español y la del gobierno francés.

Joaquín Magallon, el hijo del marqués de San Adrián, ha venido hace unos días a Bourges con una misión diplomática encomendada por el embajador Miraflores.

—Habrá muchas rencillas entre esta gente.

—Muchas. Aquí va a haber el mejor día algo muy gordo. Cabrera y el conde de España escriben a don Carlos para que abdique a favor de su hijo mayor, don Luis, y tanto a la de Beira como al pretendiente, la idea les pone frenéticos. El infante don Sebastián y don Carlos no se pueden ver ni en pintura; los partidarios de la Beira dicen que quieren envenenar a la princesa. Como ve usted es una familia bien avenida.

—¿Don Carlos estará pendiente del conde de España y de Cabrera?

—Ah, claro; en ellos tiene sus esperanzas. El conde de España pide dinero a don Carlos. Algunos palacios dicen que hay que quitar el mando al conde y dárselo a Segarra. La princesa de Beira ha querido vender unas alhajas que tienen los Borbones en Salzburgo y sacar dinero para contentar al conde; pero don Carlos dice que no, que son de sus hijos. Al parecer el conde de España ha escrito a don Carlos pintándole muy negra la situación del ejército de Cataluña, sus divisiones y sus odios, y diciéndole que al último no tendrá más remedio que meterse en Francia. Don Carlos ha contestado que se mantenga firme y que si no puede sostenerse, divida sus fuerzas en partidas al mando del Ros de Eroles, Tristany, el Llarch de Copons, Tarragona y otros, y que se vaya.

—¿Y aquí tienen dificultades?

—La de Beira está indignada contra el prefecto del Cher, conde de Lapparent, porque éste se niega a dar pasaporte a don Carlos y a su séquito, y cuando Lapparent fue a saludar el otro día a don Carlos ella dijo a su marido, con una amabilidad verdaderamente principesca: No quiero que recibas a ese cochino de m..., y don Carlos no le recibió.

El barón de Tinan dio a Aviraneta una indicación de los protectores franceses del carlismo en la parte sudeste de Francia. La mayoría, naturalmente, eran gentes desconocidas, cuyos nombres don Eugenio no había oído nunca: legitimistas que simpatizaban con el carlismo y trabajaban a su favor con generosidad y desinterés. Aviraneta copió todos los nombres con las acotaciones correspondientes. Había aristócratas ricos y gentes de muy modesta condición. Entre los aristócratas figuraban la condesa Raymond, el marqués de Puyraloque, el Vizconde de Boisset, en Toulouse; Donadieu, el dueño del castillo de Poussan y otros.

Entre las gentes pobres se contaban un pequeño impresor y librero de viejo, de Lyon, llamado Pitart; una criada de la fonda de Pezenas, que estuvo antes en casa del barón de Ortafa, y un mesonero de Olette, cuyo hijo, capellán, guiaba a los carlistas hasta un molino de Montluis. En Montelimar, el médico de la cárcel acogía a los partidarios de don Carlos.

En toda la frontera los carlistas contaban con auxiliares y favorecedores. Los que entraban en España por Auseja, eran acompañados por los contrabandistas; les conducían a la casa de Lluch, desde donde iban con seguridad a Berga.

Después de copiar los datos, Aviraneta y el joven oficial siguieron hablando. El barón de Tinan le dio nuevos informes. El vizconde de Walsh, director de La Moda, legitimista rabioso y autor de unos libritos místico-poéticos, acababa de visitar a don Carlos, en el hotel Panette, y de ofrecerle dinero. Al parecer, las condiciones que puso eran difíciles de aceptar.

Dijo también el barón de Tinan que a Cabrera se le había dado orden de que si se veía apurado se retirara por Cataluña y no por Castilla.

Después de hablar mucho de política el barón de Tinan preguntó a don Eugenio.

—¿Ha advertido alguno su presencia en el pueblo? Porque ahora no pasa una rata sin que lo sepa todo el mundo.

—Esta tarde, al volver a la fonda, después de pasearme por delante del hotel Panette, me ha seguido uno a lo lejos.

—No me choca. Tanto el gobierno como los carlistas, tienen una vigilancia estrechísima. Un asistente mío le acompañará al hotel del Buey Coronado.

—No creo que haga falta.

—Yo creo que sí. Creo también que lo mejor que puede usted hacer es no quedarse en Bourges. Si se queda usted aquí mañana todo el mundo en el pueblo sabrá quién es usted.

—Entonces me iré.

—Si usted quiere, yo, mañana por la mañana, le envío un cabriolé al hotel, con un cochero amigo que le llevará a Saint Florent, donde tomará usted la diligencia para Burdeos. Así, el viaje de usted queda en el misterio, inquieta a los Carlistas; pero no averiguan nada.

—Muy bien; haremos eso.

El barón de Tinan, dijo:

—Yo estoy deseando servir a un antiguo compañero de mi padre; pero no quiero que, por ese motivo, me venga un rapapolvo del Ministerio.

Se despidieron con mucha afabilidad Avinareta y el barón, y don Eugenio bajó la escalera de la casa en compañía del asistente.

V

EN EL HOTEL DEL BUEY CORONADO

Cuando salieron de la casa del barón no había un alma en las calles de Bourges. Llegaron a la puerta del hotel. Aviraneta pretendió dar una propina al soldado, pero el asistente no la quiso tomar.

Llamaron a la puerta del Buey Coronado y apareció el mozo con un gorro blanco en la cabeza y aire estúpido y soñoliento. Sin el detalle de la falta de corona se le hubiese podido tomar por el auténtico Buey Coronado del hotel.

El mozo dio a don Eugenio la llave de su cuarto y una palmatoria con una vela encendida. Aviraneta comenzó a subir la escalera de piedra, desgastada, hasta el primer piso; luego la otra, de madera, vetusta y apolillada, hasta el segundo:

Aviraneta entró en su habitación y dejó la vela de sebo, humeante y mal oliente, sobre la cómoda e inspeccionó el cuarto.

No le ofrecía confianza. La puerta se abría para fuera y tenía un pestillo, cuya resistencia parecía tan pequeña que, con un empujón, podía saltar. Don Eugenio se decidió a no acostarse.

Tiró del cordón de la campanilla y apareció el criado, con su gorro blanco y su aire de mal humor.

—¿Está encendido el fuego en el salón? —le preguntó. Ahora se estará apagando.

—Eche usted leña y que no se apague, y ponga usted una buena luz. Tengo que escribir.

Aviraneta dio una moneda de cinco francos al mozo. El mozo abandonó su modorra de buey sin coronar para marchar rápidamente. Al poco rato volvió.

—Está todo preparado, señor —dijo.

Don Eugenio fue al salón, escribió largo rato, se tendió después al lado del fuego y se quedó dormido. Cuando se despertó era tarde, había dormido más de tres horas. El fuego estaba apagado, el quinqué de petróleo echaba humo y un tufo pestilente.

—Ya todo el mundo se habrá acostado, hasta los espías —se dijo don Eugenio.

Fue a su cuarto con la vela encendida. En el pasillo, las corrientes de aire, hacían oscilar la llama. Al entrar otra vez, el aire desolado de la habitación y la puerta que no se cerraba más que con el débil pestillo, le hizo mal efecto. No había tampoco el recurso de atrancar la puerta.

—¿Qué podría hacer? —pensó y echó una mirada en derredor del cuarto.

Las cortinas que cerraban el balcón tenían arriba una galería y unos cordones verdes para correrlas. Aviraneta subió a la mesa y quitó uno de los cordones, luego ató éste por un extremo al pestillo de la puerta y por el otro al cordón de la campanilla hasta ponerlo tenso.

Si alguien abría la puerta, la campanilla sonaría. Hechos tales preparativos, se quitó las botas, dejó la pistola, cargada, en la mesilla de noche y se tendió vestido en la cama.

Tenía todavía sueño y durmió con intervalos hasta cerca de las seis. De pronto, le despertó una serie de campanillazos. Al primer momento no se dio cuenta de lo ocurrido; luego, recordó sus preparativos, saltó de la cama, cogió la pistola y se acercó a la puerta.

El que había intentado entrar rompió el pestillo, y luego, sin duda con el estrépito de los campanillazos, desistió de su empeño. Poco después se presentó el amo de la fonda, y Aviraneta le explicó enérgicamente lo ocurrido diciéndole que iba a avisar a la Policía.

El amo quedó un poco extrañado y perplejo: el pestillo roto no daba lugar a dudas.

—No comprendo quién pueda ser —murmuró confusamente debajo de su bigote—. En la casa

hay algunos españoles, pero son gentes de buena conducta.

Aviraneta pidió el desayuno y lo tomó despacio. Un poco después de las siete llegó el asistente del barón de Tinan y le dijo que a la puerta esperaba el cabriolé con su cochero para llevarle a Saint-Florent.

Al montar don Eugenio el amo de la fonda hablaba de Aviraneta, sin duda, y de los extranjeros, y le llamaba «sale espion», mientras el mozo del gorro blanco le saludaba inclinándose ceremoniosamente.

## VI

### CARLISTAS Y ESPARTERISTAS

Al llegar Aviraneta a Bayona se encontró con una esquila del ministro Pita Pizarro, en la cual le decía lacónicamente: «Es necesario que vuelva usted a Madrid».

Don Eugenio tomó la diligencia y para primeros de octubre se instalaba en la Corte en una casa de huéspedes de la calle de Preciados.

Fue primeramente a presentarse a Pío Pita Pizarro. Pita Pizarro le acogió con ansiedad y le dijo que tanto la reina Cristina como él estaban muy satisfechos de su empresa.

Pita Pizarro tuvo que luchar, según dijo, en el Ministerio anterior con la influencia de Alaix, uña y carne del general Espartero. Pita Pizarro se retiró vencido por Alaix, al menos momentáneamente. Entre ellos ocurrió un caso paralelo al de Espartero y Narváez. Por enemistad, Alaix, soldadote déspota, se hizo progresista, y Pita, antiguo conspirador y revolucionario, se alistó entre los moderados.

—Ahora —añadió Pita al ver a Aviraneta— es preciso que usted arregle sus apuntes y redacte una Memoria que contenga todos los hechos que se puedan contar referidos con sencillez y claridad.

Luego que la haya usted redactado me la trae para examinarla, porque es posible que después del expurgo hecho por usted haya muchas cosas que se deban omitir.

A los pocos días Aviraneta llevó su borrador. Pita Pizarro indicó varias correcciones y adiciones, suprimió párrafos y devolvió el original a don Eugenio para que lo pusiera en limpio; con aquellos cambios se enviaría el escrito a la Reina gobernadora.

Aviraneta transformó la Memoria, y en compañía de Pita Pizarro se presentó en Palacio una noche de noviembre de 1839.

La Reina hizo muchas preguntas a Aviraneta. En aquella cuestión le interesaba tanto el aspecto político como el novelesco. La intriga con que don Eugenio consiguió enemistar a don Carlos con Maroto; el envío del Simancas al Real carlista con Roquet, todo esto le divertía a la Reina sobremanera.

\* \* \*

A los pocos días de su presentación en Palacio Aviraneta supo por Pita Pizarro que María Cristina mandó leer en la cámara real, en presencia de los ministros, la Memoria suya con los documentos justificativos, por el ministro de Gracia y Justicia, Arrazola.

Don Lorenzo Arrazola, hombre discreto, frío, razonador, conservador a la inglesa, se mostraba enemigo de todo Gobierno militar. Creía que por muy liberal que pretendiera llamarse, un Gabinete presidido por un general como Espartero siempre sería militarista y despótico. El aspiraba a la supremacía civil en el Estado.

Arrazola era hombre sencillo, servicial, muy fiel para sus amigos. Se decía de él que había llevado al

Ministerio algunos compañeros de la casa de huéspedes donde vivía, entre ellos al señor Hompanera de Cos.

Arrazola, cuando llegó un momento difícil y peligroso, se mostró decidido y valiente, cosa que nadie lo esperaba. En uno de los tumultos populares que estallaron delante del Congreso salió a la

calle, y a un militar que volvía desarmado por las turbas, le dijo enérgicamente:

—Había más honor para usted en haber muerto en la plaza —y añadió—: La autoridad que ciñe una espada no se la debe dejar arrancar más que con la vida.

Después quiso que el capitán general cargara contra los revoltosos, y como éste se mostrara reacio le dijo a su asistente:

—Dígale usted al general que cargue o que me mande el caballo y cargaré yo.

Hubiera sido indudablemente pintoresco ver a un señor enlevitado y con aire de notario dirigiendo un escuadrón de Caballería.

Arrazola no era un absolutista, sino más bien un conservador que consideraba suficiente para España y para su tiempo las libertades conquistadas, y que pensaba se podían ir añadiendo otras con oportunidad. Probablemente los moderados en su tesis estaban en lo cierto, y si se hubiese ido avanzando poco a poco con sinceridad y con buena fe se hubiera llegado más lejos que con muchas de las revoluciones sin más fondo que la palabrería de los oradores, la retórica altisonante y los gestos enfáticos de generales con aire de divo.

Arrazola visitó a don Eugenio y le dijo que los ministros todos se quedaron asombrados de su intervención en los asuntos de la guerra, pues no tenían la menor noticia de lo que pudiera haber hecho Aviraneta en Francia.

A la duquesa de la Victoria, entonces en Madrid, le contaron cómo la Memoria de Aviraneta se leía en la cámara regia y le aseguraron que en esta Memoria se encerraban acusaciones más o menos embozadas contra su marido, el general Espartero.

La duquesa puso el grito en el cielo y se presentó a quejarse inmediatamente a María Cristina.

Doña Jacinta Santa Cruz estaba entonces en gran predicamento en la Corte, y se creía casi una segunda reina. María Cristina dijo a la duquesa:

—Es cierto que Aviraneta ha presentado una Memoria explicando su conducta política en Francia; pero en la Memoria no se ataca ni se zahiere al general Espartero ni se habla para nada de él.

Esto de que no se mentara a su marido le pareció ofensivo a la duquesa, pues ella creía que en todas las ocasiones posibles se debían comentar y alabar los hechos del general.

\* \* \*

Los partidarios acérrimos del conde de Luchana, los enemigos del Gobierno y los carlistas creyeron unos que en la Memoria debían existir graves acusaciones más o menos explícitas contra Espartero; otros que había documentos comprometedores para don Carlos. Unos y otros declararon a Aviraneta una guerra a muerte y emplearon contra él varios procedimientos para inutilizarle.

Ofrecieron dinero a la patrona para que les diera los papeles que guardaba su huésped, y como la patrona no aceptó el trato, probablemente, por temor, una noche entraron en el cuarto de don Eugenio y descerrajaron los cajones de una cómoda y de un armario para registrarlos. Al parecer, lo que buscaban aquellos hombres, probablemente carlistas, eran los recibos y la carta que dio el ministro de don Carlos, Marcó del Pont, al recibir el Simancas de manos de Roquet.

Afortunadamente no dieron con los papeles, y don Eugenio los cogió y los llevó a casa de Pita Pizarro.

Aviraneta se enteró después de que su patrona, mujer todavía joven, tenía relaciones con un empleado de la ronda secreta. Como la noticia no le inspiró mucha confianza, se mudó a otra casa de huéspedes de la calle de Carretas, que le recomendó el mismo Arrazola. La dueña, doña Nacimiento, natural de Peñaranda de Bracamonte, estaba casada con un conserje del Ministerio de la Gobernación y parecía dispuesta a rechazar toda clase de seducciones.



## VII

### EL EGOTISMO DE ESPARTERO

Aviraneta se vio esta vez y otras más tarde perseguido por los esparteristas y por Espartero, y llegó a sentir un gran odio por el general, odio bastante recíproco. El duque de la Victoria, en sus conversaciones y en sus cartas, al hablar de Aviraneta le llamó siempre conspirador infame, intrigante y maquiavélico.

Aviraneta atribuía muchos de los errores y faltas del general Espartero a su egotismo y a su soberbia. Según Aviraneta, nunca el general había pensado en otra cosa más que en sí mismo y en su éxito.

Al levantar Espartero el sitio de Bilbao, operación en la cual no tenía al principio muchas esperanzas, comprendió que podía alcanzar un gran renombre: el de triunfador de los carlistas.

Espartero era de un egotismo monstruoso.

Desde que vislumbró la posibilidad de realizar obra tan importante, cambió de táctica. Antes seguía la marcha normal de los generales del tiempo, mostrándose valiente, arrojado, consiguiendo condecoraciones y cruces para él y para su mujer.

Desde el levantamiento del sitio de Bilbao, Espartero aspiró a más, se creció y tomó una actitud triunfante. Todos sus oficiales adquirieron por imitación una actitud parecida al jefe: se consideraron como pertenecientes a un cuerpo privilegiado. Eran jugadores, perdidos, liberales exaltados, románticos y melencólicos. Se creían con más derechos que los demás.

Espartero dejaba hacer a sus lugartenientes, les daba absoluta libertad. Tenía entonces por superior a Córdoba. Córdoba le trataba bien, siempre con grandes extremos de amistad, pero le estorbaba. Espartero era poco sensible a efusiones amistosas.

Espartero comprendió que, dada la tendencia política del Ministerio y de Mendizábal, Córdoba duraría poco en el mando y, efectivamente, a raíz del motín de La Granja, el general andaluz tuvo que dejar la dirección del Ejército de Navarra y de las Provincias Vascongadas.

Espartero veía claramente en el Norte el triunfo ruidoso de un caudillo liberal en la guerra. En el Norte, el Ejército carlista era más homogéneo, más disciplinado que en otras partes. Allí había la posibilidad de un éxito definitivo y completo. Este éxito debía ser para él.

Dimitido Córdoba, Espartero, enfermo, fue a Logroño en una litera, y su suegro, sus amigos y su mujer, doña Jacinta Santa Cruz, trabajaron para su nombramiento de general en jefe. Muchos liberales abogaban por Oraá, general más experto, de más talento estratégico, mejor conocedor de Navarra y las Vascongadas; pero Espartero triunfó.

\* \* \*

Ya en el puesto ambicionado, Espartero se propuso que nadie le hiciese sombra. Oraá, modesto, achacoso, poco inclinado a la política, fue enviado al Ejército del centro.

Lacy-Evans, en su calidad de inglés, con un sueldo cuádruple del que gozaban los generales españoles de su graduación, molestaba a Espartero.

Lacy-Evans ideó un plan de ataque contra los carlistas, en el cual tenían que intervenir: él, con su Legión Inglesa, desde San Sebastián; Sarsfield, desde Pamplona, y Espartero, desde Bilbao.

Lacy-Evans envió el plan a la aprobación del Gobierno por conducto de sir Jorge Villiers,

embajador de Inglaterra, hombre muy influyente entre los liberales. Sarsfield lo aprobó, con algunas modificaciones. Espartero reservó su opinión.

Sarsfield fue durante años general del Ejército de Ultramar; peleó en la guerra de la Independencia y dirigió la campaña contra el carlismo en sus comienzos.

Sarsfield era de origen inglés. En tiempo de Riego intimó con don Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal, y, como él, tuvo siempre la indiferencia del soldado extranjero por el Gobierno del país que le pagaba y a quien servía.

Se sabía que Sarsfield, al principio de la guerra, estuvo a punto de tomar partido por don Carlos; si no lo hizo fue porque en vez de dirigirse a él el mismo pretendiente, le escribió el obispo de León, lo que el general consideró un agravio y una impertinencia. Antes Sarsfield habló con el infante don Sebastián y se pusieron de acuerdo.

Sarsfield, viejo misántropo en 1837, no tenía amistades en Pamplona más que con los carlistas y los curas. Se conocían sus ideas absolutistas y reaccionarias.

Los soldados liberales decían: «Sarsfiel, mucha hiel y poco fiel.»

A Sarsfield se le consideraba un buen estratega, hombre culto y entendido. Las modificaciones indicadas por el viejo general en el proyecto de Lacy-Evans no se tuvieron en cuenta.

El embajador de Inglaterra pensó, sin duda, que un plan ideado por un general inglés y aprobado por otro de origen inglés, debía ser excelente, dada la superioridad natural que tienen los ingleses en todos los órdenes de las cosas.

A pesar de la excelencia del proyecto inglés, la tentativa fue un desastre, sobre todo para las tropas de Lacy-Evans, que quedaron diezmadas y derrotadas por el infante don Sebastián, que no era un águila de la guerra ni mucho menos, en la batalla de Oriamendi.

\* \* \*

Espartero se encontró sin rivales; Oraá, en el centro; Lacy-Evans, desacreditado; Sarsfield, asesinado en Pamplona; Córdova, en desgracia. Pronto vio Espartero erguirse en frente un rival, y un rival muy serio: Narváez.

Narváez, entonces joven y arrogante, fue nombrado diputado a Cortes por varios distritos de Andalucía, y los andaluces propusieron después al Gobierno que el joven general organizara un Ejército de reserva para proteger Andalucía de las posibles correrías de los carlistas.

Muchos pensaron si la creación del ejército de Narváez estaría principalmente ideada para contrarrestar la influencia de Espartero, ya demasiado pesada para los Gobiernos.

Espartero vio muy pronto en la creación de aquel ejército de Narváez un peligro muy serio para sus ambiciones y la elevación de un rival temible.

Espartero, identificado con el Norte de España, se consideraba el caudillo del Ebro; Córdova y Narváez, como andaluces, daban más importancia al Sur de España y querían mandar en meridionales de una manera hiperbólica y pintoresca.

Espartero, intrigado y suspicaz, al saber que Narváez organizaba rápidamente la Reserva Andaluza, pidió con diplomacia que Narváez fuera al Norte. Narváez no quiso.

Narváez organizó su Reserva, y Espartero, al saberlo, exigió al ministro de la Guerra que aquella división operara en la Mancha, en donde no se advertía posibilidad de grandes éxitos.

En el Norte estaba él; en Aragón y en el centro, un nuevo general con sus fuerzas podía conseguir un éxito resonante contra Cabrera. Espartero empujó a Narváez a la Mancha, en donde la obra por realizar era importante, pero sin brillo.

Narváez se colocó en seguida en primera fila y consiguió atropelladamente, a la manera del jaque andaluz, lo que Espartero realizó con más lentitud y con más diplomacia. Pronto se vio que los dos caudillos se ponían frente a frente.

Ni Espartero ni Narváez tenían de antemano política definida. El uno se mostró blanco porque el otro se manifestaba negro. Narváez se reveló moderado porque Espartero apareció apoyado por los

progresistas; Espartero fue progresista porque a su rival le aupaban los moderados.

Naturalmente y como era lógico entre militares, el moderado, es decir, el absolutista, fue con el tiempo más moderado y absolutista de verdad que el liberal liberal.

Espartero, en un manifiesto dirigido a la Reina, le decía: «Narváez se ha negado a aceptar un mando de su categoría en el Ejército del Norte; no ha parado hasta tener un mando independiente; aspira a la dictadura».

A pesar de los obstáculos puestos a su empresa, Narváez salió triunfante y tuvo un éxito formidable. Entonces Espartero juega la última carta y lleva al Ministerio de la Guerra a su amigo Alaix, enemigo acérrimo de Narváez desde el tiempo de la persecución contra Gómez para que haga de martillo contra el general andaluz, y Narváez renuncia a su puesto en la milicia.

En esto en Sevilla estalla un movimiento sedicioso, oscuro como todos los de la época, a favor de Córdoba y de Narváez, que se encontraban allí de ex-profeso. Espartero inmediatamente se dirige a la Reina, denuncia el alzamiento, pide que los dos generales sean detenidos y procesados y los dos se escapan a Portugal.

\* \* \*

Espartero conocía el espíritu de las provincias del Norte; sabía que el país, íntimamente carlista, resistiría mucho; que el acabar la guerra por la victoria definitiva de las armas liberales sería largo, difícil y ruinoso. Entonces pensó en la transacción.

Cuando se discutió la posibilidad de un convenio con el Ejército carlista, el general San Miguel, llevado por un doctrinarismo dogmático, dijo en el Congreso que todo arreglo debía considerarse imposible, porque no se trataba de una guerra de sucesión, sino de una guerra de principios. A primera vista y en teoría, la tesis parecía lógica; pero la vida tiene más importancia que las tesis, y desde el punto de vista vital la afirmación era absurda.

Los transaccionistas liberales, Aviraneta entre ellos, pensaban que el liberalismo, con el mando y el tiempo por delante, triunfaría a la larga. Lo que no calculaban quizá, era que el liberalismo no constituía en España un instinto popular, sino algo pegadizo y de aluvión.

\* \* \*

Ya Espartero en auge, sin rivales y con la idea de la transacción, es el único. Ha pensado en la manera cierta de acabar la guerra, pero no quiere colaboradores ni ayudantes ni nadie que le haga sombra. Es el divo, es el galán a quien estorba el éxito, aunque sea insignificante, del de al lado. Ya se halla libre de grandes rivales militares: Córdoba, Oraá, Sarsfield, Lacy-Evans, Narváez, han fracasado.

Ahora atacará a los pequeños, Muñagorri, el escribano de Berástegui, levanta su bandera de Paz y Fueros. Se acuerda que tome un fuerte a los carlistas para comenzar su campaña, pero Espartero se anticipa y se apodera del fuerte para deslucir la maniobra. Aviraneta intriga contra los carlistas, los divide, los engaña; Espartero intenta inutilizarle y sigue siendo hostil a los que toman mayor o menor parte en el convenio de Vergara.

Al final de la guerra, en Aragón y en Cataluña Espartero interviene para que nadie se luzca demasiado. O'Donnell ha batido a Cabrera, puede seguir batiéndolo; las tropas de Espartero deben cerrar el paso del Ebro, y en ese caso O'Donnell acorralla al caudillo tortosino y obtiene una gran victoria; pero, cosa extraña, las tropas de Espartero dejan sin guardar el paso de Mora, y se escapa por él Cabrera a Cataluña.

Al mismo tiempo Espartero sabe que el general carlista Segarra, de acuerdo con Valdés, piensa hacer en Cataluña un segundo convenio; pero a Espartero no le gusta que le imiten.

Al desguarnecer el Ebro y dejar que Cabrera pase libremente a Cataluña, Espartero consigue dos cosas: una el impedir que O'Donnell, ya teniente general y nombrado conde de Lucena, alcance un

éxito resonante contra Cabrera; la otra, el impedir que el convenio en que trabajaba Segarra tuviera importancia.

Es el egotismo de Espartero el que priva. Todos los que no están con él, están contra él.

Don José Segundo Flores, el ex fraile autor de la «Vida militar y política de Espartero», achacaba años después el egoísmo frenético a su biografiado en la intimidad, y solía decir:

—Espartero es de los que quieren: «Primo mihi, secundo mihi, tertio mihi et semper mihi». Así aseguraba el ex fraile en su latín de convento.

\* \* \*

Don Baldomero era de un carácter vano, vidrioso, para todo cuanto fuera cuestiones de jerarquía y de dignidad propia; pero en otro orden de cosas se mostraba indiferente y apático. No tenía talento de organizador, se sentía perezoso, voluble, sin ideas propias. No le interesaba nada más que su persona.

En la guerra la mayoría de las dificultades había tenido que resolverlas, no con ciencia, ni con cálculo, ni con estrategia, sino por un momento de audacia y de valor. Esto le daba el carácter de un oficial valiente, pero no de un buen general.

En muchos asuntos de política, doña Jacinta Santa Cruz dirigía más que su marido, a quien no le interesaban de verdad más que las cuestiones referentes a su fama y a su historia militar.

## VIII

### ENVIADO DE NUEVO A FRANCIA

Por aquellos días Aviraneta recibió una serie de anónimos amenazadores y de advertencias inquietantes. Le decían: «Tenga usted mucho cuidado. Se halla expuesto a mil asechanzas. Se urde algo contra su persona.»

Una noche, al entrar en su casa, dos hombres, al parecer borrachos, se peleaban en la acera y se echaron encima de él. Aviraneta fue a separarse rápidamente y se dislocó un pie. Quizá aquel encontronazo fue casual, pero a don Eugenio le quedó la sospecha de una intención aviesa.

Aviraneta subió a su casa como pudo y llamó a un médico amigo, el doctor Araujo.

El doctor Araujo le cuidó y le recomendó una quietud absoluta. Aquella inmovilidad obligada y la excitación de su espíritu pusieron a Aviraneta verdaderamente enfermo.

Se hallaba convaleciente sin poder tenerse en pie cuando Arrazola se presentó en su habitación a saber el estado de su salud.

—La reina desearía que fuese de nuevo a Francia con una comisión parecida a la que ha desempeñado usted en su última estancia en Bayona —le dijo.

—Pues iré. ¿Ocurre algo nuevo?

—Nada. Se sabe que Cabrera ha pasado a Cataluña empujado por O'Donnell, y se teme que, unido a los carlistas del Principado, organice una larga resistencia que sea un obstáculo para la paz total.

Aviraneta estaba deseando salir de Madrid, y dijo al ministro:

—Partiré inmediatamente que pueda.

Pasaron ocho días y, sintiéndose ya mejor y capaz de viajar en diligencia, fijó el día de su marcha. Una noche, apoyado en un bastón y embozado en su capa, salió a ver a don Lorenzo y a recoger las credenciales de los ministros de Estado y de la Gobernación. Esperó en su despacho y el secretario le trajo dos Reales órdenes: una en la que Pérez de Castro mandaba a los cónsules y vicecónsules prestasen el apoyo personal a Aviraneta, y la otra de Calderón Collantes ordenando lo mismo a los jefes políticos y demás autoridades dependientes del Ministerio de la Gobernación.

## IX

### ADVERTENCIA DE RODIL

Aviraneta se despidió de Arrazola y se marchó con sus documentos en el bolsillo.

Hizo sus preparativos de marcha. y días antes de salir de Madrid se presentó en la modesta casa de huéspedes de la calle de Carretas el general Rodil.

Rodil era un señor pequeño, flaco, empaquetado, de cara estrecha, nariz larga, ojos juntos, cejas fijas, boca de labios delgados y pelo rubio que comenzaba a blanquear. Este antiguo masón tenía aire de zorro, pero de zorro sin gran malicia. Hablaba con acento gallego.

—Amigo Aviraneta —le dijo Rodil—, Espartero ha sabido que usted va a salir de Madrid con una comisión del Gobierno, y ha dado una orden terminante, aunque reservada, a los cuatro puntos cardinales de la Monarquía para que se le prenda a usted.

—¿Cómo lo puede usted saber, mi general?

—Bástele a usted saber que lo sé y de buena tinta. No le digo a usted las intenciones que llevará nuestro dictador. Desde el momento que identifique su persona, se le fusilará inmediatamente. Amigo Aviraneta, hágame usted caso y suspensa usted su Viaje.

—¿No me puede usted decir de dónde le viene la noticia, mi general?

—¿Para qué lo quiere usted saber?

—Para cerciorarme de su exactitud.

—Esté usted seguro.

Aviraneta dio las gracias a Rodil y le confesó que era cierto que el Gobierno le había mandado una nueva comisión para ver si podía sembrar la discordia entre los facciosos de Cataluña por iguales o parecidos medios a los empleados por él en las provincias Vasco-Navarras.

Hablaron los dos largamente. Aviraneta quiso hacer confesar a Rodil de dónde estaba enterado de la comisión que le daba de nuevo el Gobierno; pero Rodil calló.

Cuando Rodil se marchó, Aviraneta mandó una esquela a Pita Pizarro contándole lo ocurrido, y Pita Pizarro fue inmediatamente a su casa y le dijo:

—Esto creo que no pasa de ser una intriga de los ayacuchos. No haga usted caso. Espartero no tiene atribuciones para ordenar una cosa así. Si fuera capaz de hacerlo, se vería con nosotros, y le daríamos la batalla.

—¿Y si ha dado esa orden?

—No lo creo. No es posible que sepa su salida de Madrid en comisión de Gobierno; lo hubiera consultado al ministro de la Guerra. Yo creo que la gente ha hecho la suposición de que usted va a salir de nuevo de Viaje, y alrededor de esa suposición ha urdido el resto de la historia. Hay mucho chisme, mucha maquinación. Yo no puedo obligarle a que se vaya; sin embargo yo, como usted, no suspendería el viaje.

—Nada, entonces me voy; no quiero que se diga que tengo miedo.

## SEGUNDA PARTE

### MAQUINACIONES EN LA SOMBRA

#### I

#### EL COMISIONADO INCOGNITO

El convenio de Vergara exaltó el furor de los carlistas aragoneses y catalanes.

Durante algún tiempo la Junta de Cataluña, instalada en Berga, estuvo dividida en dos facciones: la de los nobles y la de los clérigos; no hallándose de acuerdo los unos con los otros, los títulos, poco a poco, desertaron de la Junta y quedó el elemento clerical prepotente y triunfante.

El conde de España, enemigo de todo sistema representativo, para quien sólo los mandos personales eran buenos, no podía soportar que la Junta, un organismo entre demócrata y teocrático, pudiera gobernar, y desde el principio intentó dominarla y, en parte, la dominó.

Al parecer, poco después del convenio se le comunicaron al conde de España ciertos preliminares de parte del gobierno de la Reina, proponiéndole una transacción semejante a la que acababa de verificarse en Vergara. Se le indicó también que se presentaría ante él un comisionado inglés con quien podría discutir los detalles de la posible transacción.

Por entonces, después del convenio de Vergara, se dijo que Aviraneta y otros agentes del Gobierno estuvieron en Barcelona y conferenciaron con el general Valdés y con varios banqueros, entre ellos unos ingleses.

Tiempo más tarde don Jerónimo Valdés se adelantó a la cabeza de sus tropas hacia Berga, acompañando al incógnito comisionado inglés; pero el general cristino se detuvo antes de llegar a la sierra de Viure para evitar que quedase a su retaguardia la división del Llarch de Copons.

El conde avanzó igualmente con su escolta con un pretexto de exploración estratégica. Hugo acompañó a Luis de Adell en esta excursión hasta tener a la vista Balsareny, en cuyo cerro se alzaba un castillo amarillento.

El conde, al llegar a un punto, se adelantó solo y sin escolta a recibir al comisionado y entró en un pequeño fortín. Allí tuvo una conferencia de más de una hora, terminada la cual el general regresó a su cuartel de Caserras.

¿Quién era este comisionado inglés? No se supo. Unos dijeron que el coronel Wylde, ayudante o, por lo menos, colaborador de lord John Hay en el convenio de Vergara; otros afirmaron que el coronel Colquhoun, que ayudó en su empresa a Muñagorri, y, por último, hubo quien afirmó que el misterioso personaje no era coronel ni militar, sino un inglés que se distinguía por jorobado. Como nada se sabía de tal hombre, unos prefirieron llamarle el coronel, otros el inglés, otros el jorobado y, la mayoría, el comisionado de la sierra de Viure.

Aunque nada se aclaró por una parte ni por otra del resultado de la conferencia, no fue necesario más para provocar las acusaciones de los enemigos contra el Conde. El haberse presentado más tarde en la frontera de España el marques de Mataflorida y el coronel don José Oliana, a quienes se suponía agentes del embajador español en París y de quienes se decía estaban en comunicación secreta con el conde de España, aumentó más y más las sospechas.

Mataflorida y Oliana pensaban influir entre los carlistas catalanes y arrastrarlos a la legalidad, pero no pretendían conquistar al conde de España. Mataflorida era enemigo del conde. Los absolutistas catalanes creyeron en la confabulación de los dos, y ésta fue una de las causas, o por lo menos, pretexto de las violentas medidas que se tomaron poco después contra el conde de España.

Se dijo también que el príncipe de Lichnovsky fue a Bourges con la representación del conde y de otros jefes carlistas para pedir a Don Carlos permiso para acogerse al convenio de Vergara.

Por aquel tiempo Don Carlos escribió al conde una carta autógrafa desde Bourges; en la carta le decía que después de la traición de Maroto había colocado toda su confianza en sus dos más fieles vasallos, el conde de España y el de Morella, y en los heroicos esfuerzos que iban a hacer los dos para salvar la santa causa de la religión y de la legitimidad.

La carta se leyó en la orden del día a todas las tropas del ejército carlista de Cataluña, y los soldados, después de la lectura, prorrumpieron en vivas al Rey y al general.



## II

### LUCHA EN LA SOMBRA

El conde comprendió que para dominar la comarca y averiguar las tramas de sus enemigos necesitaba intensificar la policía secreta. La había organizado en gran escala cuando fue capitán general de Cataluña; la preparó con menos medios en Berga.

Algunos oficiales y sargentos fieles, a quienes dio atribuciones hasta para hacer de agentes provocadores, fueron a escuchar a los cafés y posadas. El miedo era fuerte, reinaba la más absoluta prudencia. Con el conde, chitón, por más que aquellos agentes recomendasen las delaciones, la gente se guardaba muy bien de hacerlas.

Los comisarios de guerra, Peralta y Canina y el capellán Peña, dirigían, según se decía, la Policía entre el elemento civil.

Don Juan Gómez, comandante castellano, amigo de Pérez Dávila y poco afecto a los catalanes a pesar de que llevaba mucho tiempo en Cataluña, hablaba bien el catalán y estaba casado con una catalana, fue el que dirigió el espionaje en el Ejército.

Para contrarrestar la policía del conde, los de la Junta hicieron un recuento en las listas de sus fieles como pertenecientes a varias cofradías y congregaciones que no existían más que de nombre.

Los clericales tenían la cofradía de la Buena Muerte, la Escuela de Cristo, la Congregación de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, los Terciarios de San Francisco y la Beata Orden Tercera.

Se decía que el fundador y propagador de tales congregaciones en Berga era un protegido del canónigo Torrabadella, joven llamado Casamichana, hombre amable, guapo, contemporizador e intrigante, que sabía jugar con dos barajas y que llegó a ser obispo.

Las fuerzas de la Junta y las del conde lucharon durante algún tiempo en la sombra, hasta que se acercó el desenlace.

La situación se hizo cada vez más enredada y más tirante. Otra causa de confusión fueron las maniobras de una segunda junta formada en Cataluña, capitaneada por los intransigentes de Samsó y de Tristany. Esta nueva junta, exclusivamente militar, se ofreció a la Berga para acabar con el mando del conde de España.

### III

#### SUPOSICIONES DEL PUEBLO

Poco después de su visita misteriosa a la sierra de Viure, el conde emprendió con energía nuevas operaciones militares. Se salía al campo constantemente, se fundían cañones y se fabricaba pólvora y cartuchos en gran escala.

—Este aumento de vigor en la campaña procede de que al conde no le han ofrecido bastante y quiere más —decían los partidarios de la Junta.

—Todo eso no es más que una estratagema, que tiene como objeto adormecer la desconfianza del pueblo, que se ha dado cuenta de los tratos del general con el comisario inglés —añadían otros.

La conspiración apostólica empezaba a cuajarse contra el conde; se afirmaba que Don Carlos simpatizaba con ella e iban sumándose a los enemigos los curas de los pueblos, los maestros y todo el elemento carlista un poco culto.

Se creía también que Cabrera, a quien se consideraba como el más puro adalid del trono y del altar, estaba en contra del conde.

Se daba una razón de su malquerencia. Se decía que después de los sucesos de Navarra Don Carlos perdió la confianza en el partido absolutista intransigente y sospechó si de él vendría la ruina al carlismo. Se aseguró que el pretendiente se manifestaba descontento hasta del mismo Cabrera, por no ejecutar éste estrictamente sus órdenes. Entonces, según el rumor popular, estuvo a punto de nombrar capitán general único de Cataluña, Aragón y Valencia al conde de España.

El haber sabido Cabrera tal determinación y el achacarla a los amigos del conde de España en la corte de Don Carlos, fue el motivo, según algunos, de que Cabrera tuviese sentimientos poco cordiales para el conde.

## IV

### UN INTRIGANTE CARLISTA

Un día se presentó en Berga Arias Teijeiro, el botánico gallego intrigante y maquinador, expulsado por Maroto del Real de Don Carlos antes del convenio de Vergara. Después de pasar algún tiempo en Francia, Arias Teijeiro fue a reunirse con Cabrera, y, al parecer, Cabrera le expulsó también de su lado, con lo que vino a presentarse al conde de España como víctima de la más negra e inaudita persecución.

No era fácil saber lo ocurrido entre Arias Teijeiro y Cabrera, qué motivos de riña existieron entre el tortosino y el gallego, y si lo que contó el gallego pasaba de ser una patraña inventada con el objeto de ser bien recibido por el conde.

Aunque el conde sintiese admiración por Cabrera como militar, no estaba siempre a su favor, y en algunas ocasiones le criticaba por sus pretensiones; el caudillo del Maestrazgo no se contentaba con mandar; muchas veces quería dogmatizar como un padre de la iglesia.

La petulancia de Cabrera con los generales del gobierno establecido, le parecía al conde un tanto excesiva y jactanciosa. El conde se mostraba casi siempre atento en sus oficios con los jefes de las fuerzas enemigas y no le gustaba emplear bravatas. Arias Teijeiro notó, con su astucia de intrigante, que el conde no era un incondicional de Cabrera y supo manejarle y hacerse amigo suyo.

Arias Teijeiro era servil, adulador, pacienzudo y petulante. Sabía contar con el tiempo y tenía la persistencia de la gota de agua.

Luego que Arias Teijeiro llegó a Berga se puso secretamente en comunicación con el canónigo Torradella y con los demás individuos de la Junta, los cuales, de acuerdo con él, resolvieron dirigir una exposición a Don Carlos quejándose de la conducta y del mando del general.

Arias Teijeiro no era el tipo de los enemigos catalanes del conde, violentos, sañudos, coléricos. Arias Teijeiro era ondulante, no le tenía odio personal al conde, pero quería quitarle de en medio por si de este modo quedaba un sitio para desarrollar él sus ambiciones personales.

## V

### LAS INQUIETUDES DEL CONDE

La conjuración iba adelante; el conde de España, valiéndose de su policía, podía tener indicios de las trampas urdidas en Berga, pero no mostraba, al menos públicamente, el menor temor ni la menor sospecha. Un suceso singular ocurrido en aquella misma época, puso de relieve en él una confianza inexplicable o un disimulo igualmente extraño.

El coronel carlista Fontanillas, gobernador del fuerte de Hort, fue un día a buscarle al cuartel general de Caserras y le reveló todo cuanto se tramaba contra él.

El conde le escuchó con una glacial indiferencia, como si su vida no le interesara lo más mínimo, y no sólo despreció el aviso, al menos aparentemente, sino que castigó al que acababa de dárselo, quitándole el mando del fuerte y confinándole en una plaza abierta y sin defensa en la alta montaña y mandando no le abonasen paga ni raciones. Los motivos de su determinación no eran fáciles de adivinar.

Al verse Fontanillas tan cruelmente tratado por haber querido hacer un favor al general y expuesto a un mismo tiempo en la plaza a la que le envió el conde a un golpe de mano de las tropas de la Reina y a la venganza de la Junta, cuyas tramas había descubierto, abandonó el pueblo, atravesó la frontera y se refugió en Perpiñán.

A pesar de todo no dejó de conmovirse la confianza fingida o real del conde, pues poco a poco fue poniéndose triste y taciturno.

Desde que llegó a Berga la noticia del convenio de Vergara, el conde de España quedó preocupado e inquieto. En los momentos de melancolía se manifestaba decaído y sombrío y daba muestra de una gran suspicacia. Llegó a decir a sus ayudantes que en aquellas circunstancias no obedecería ninguna orden. Algunos afirmaron que añadió que no acataría ni aun las órdenes firmadas por Don Carlos.

Se decía que el conde recibía con frecuencia cartas alarmantes de Barcelona, de distintos puntos del Mediodía de Francia y de Inglaterra, aconsejándole dejase el mando y se marchase cuanto antes; si no, lo iban a matar. Tales avisos indudablemente influían en él.

Un día abandonó las operaciones militares y volviendo a Berga mandó llamar al brigadier Pérez Dávila, jefe de la primera división.

Pérez Dávila era buen oficial, hombre ordenancista, admirador del conde y hostil a toda novedad y fantasía; un poco escéptico y misántropo.

El conde le dijo:

—Amigo Pérez Dávila, ha de saber usted que los clérigos de la Junta quieren hacerme la barba, pero yo tendré cuidado de que no lo consigan, y a este fin voy a tomar algunas precauciones. Elija usted un capitán de fidelidad probada y algunos soldados de confianza y mándemelos usted.

Pérez Dávila escogió al capitán de granaderos del 6.º batallón, don Manuel Borrés, el cual, con los mejores soldados de su compañía, pasó a Berga y se presentó al conde. El capitán Borrés era alto, buen mozo, exacto en el cumplimiento de su deber. El conde le recibió muy bien y le dio una serie de instrucciones minuciosas respecto a la conducta que debía de seguir para velar por la conservación de su vida.

Durante algún tiempo el capitán, al frente de la escolta, acompañó al conde a todas partes. Cuando el conde asistía a la Junta, el capitán Borrés con sus soldados guardaba las avenidas y

entraba en la sala de sesiones para cerciorarse de que allí estaba el general y que no le había pasado nada.

Precauciones parecidas se tomaban cuando el conde iba a misa, pero todo ello duró muy poco, gracias a la movilidad de espíritu del general. Una mañana, sin que precediese ningún motivo ostensible, el conde mandó llamar al capitán Borrés y le dijo muy secamente:

—Es ridículo que me acompañe usted siempre con sus granaderos; yo no temo a nadie, puede usted retirarse con los soldados de su batallón.

Borrés obedeció sin replicar ni hacer observación alguna y el conde volvió a su escolta ordinaria de mozos de escuadra y de cosacos.

\* \* \*

Hallándose el conde poco tiempo después con la división de vanguardia y el Estado Mayor en Prats de Llusanés, una persona de confianza le entregó una carta en la que se le decía que su muerte estaba resuelta. Aunque la carta era anónima, el conde creyó conocer la letra y llegó a sentir miedo.

Receloso de que atentaran contra su vida en aquel mismo momento, mandó llamar a los dos jefes de su escolta, inspeccionó por sí mismo el estado de las armas, montó a caballo y separándose de la división y del Estado Mayor, con sus mozos de escolta fue a la casa de campo llamada Vilata de Santa María de Marlés.

En toda aquella noche no durmió ni se desnudó, y examinó varias veces las armas de los mozos de la escolta para asegurarse de que se hallaban bien cargadas.

Al rayar el día montó a caballo y preso del mayor pánico se dirigió a Berga, donde permaneció cinco días en su casa sin recibir a nadie, diciendo que se encontraba enfermo.

Acaso pasó todo el tiempo en reflexionar acerca de su situación y en meditar contra sus enemigos alguna de aquellas sangrientas combinaciones con las que estaba tan familiarizado.

Así al menos lo pensaron todos los que le conocían bien, cuando vieron llegar a Berga el batallón número 7 Infante Don Sebastián, que se hallaba a las órdenes del comandante don Juan Gómez, batallón que sirvió de modelo para organizar y disciplinar todo el ejército de Cataluña, y que desde el comandante hasta el último soldado se componía de hombres tan adictos a su jefe, que hacía que se le llamase la guardia real del conde de España.

La llegada de este refuerzo a Berga llenó de espanto a los conjurados de la Junta, pero habían avanzado demasiado para poder retroceder, y por lo mismo, las medidas de prudencia del conde solo sirvieron para acelerar la catástrofe.

\* \* \*

Pasado algún tiempo el conde se olvidó de sus apuros. El general seguía una correspondencia asidua con un banquero de Barcelona llamado Tintó, quien le hablaba con mucha claridad y desde el punto de vista de un comerciante avisado, de la política española. Escribía al mismo tiempo a Barcelona para asuntos de familia a un escribano, Llovet, y también correspondía con un médico inglés, un antiguo mayor del ejército de Lord Wellington, cuyo nombre callaba.

\* \* \*

Hay una frase clásica sobre las dictaduras:

—Pasan siempre pronto los poderes nuevos— ha dicho Esquilo.

Hay otra frase, que aunque no clásica, ha tomado proporciones de tal.

—«Quos vult perdere Jupiter dementat prius»—. A los que Júpiter quiere perder los enloquece primero. La frase tiene su exactitud y su profundidad.

El conde de España debía comprender muy bien que aquella manera suya de mandar caprichosa

y arbitraria no podía durar mucho; que cualquier día un movimiento inusitado daría al traste con su autoridad y su posición. Sin embargo, no lo comprendía, o si lo comprendía no cambiaba.

\* \* \*

—¿Qué hacemos? —preguntaban algunos junteros en, las sesiones.

—Esperar —contestaba el señor Torrabadella—. La Junta no ignora que cualquier medida ostensible que se tome contra el conde será ineficaz e inútil, pues ni una orden formal de Don Carlos bastará para quitar al conde de España el mando del ejército carlista en estos días. La disciplina que ha establecido en las tropas es tal que le asegura una obediencia pasiva de los oficiales y soldados. Así que por ahora no hay más que esperar.

El conde contaba en Berga con el batallón número 7, que a la menor señal hubiera exterminado a todos cuantos se atreviesen a hacer la más ligera manifestación en contra suya.

Muy cerca de allí, en Caserras, se hallaba la primera división del brigadier Pérez Dávila, uña y carne del conde, y la división de vanguardia con la caballería bajo el mando del pintoresco matamoros coronel Camps, incondicional del conde, estaba igualmente a corta distancia de Berga.

La Junta tenía que recurrir a la astucia para vencer al enemigo o, por lo menos, para sujetarlo.

## VI

### DE NUEVO EL CONDE

Hugo recibió un recado del conde para que se presentase en su casa. El conde le acogió muy amablemente y le preguntó:

—¿Cuándo vuelve usted a Inglaterra?

—Ya pronto.

—Le tengo que dar unos papeles para que los lleve usted a Londres y los entregue a la persona cuyo nombre aparecerá en la cubierta.

—Muy bien.

El conde le preguntó después:

—¿Qué hace usted? ¿Qué planes tiene?

Hugo le contó cómo era su vida y cuáles sus ocupaciones y sus diversiones.

El conde estaba distraído, intranquilo, en un estado de perplejidad crepuscular. Habló mucho y de una manera incoherente. Todo le parecía antipático, desagradable, inútil. Se le veía dominado por la debilidad y el pesimismo. Tenía, según dijo, ideas negras que no podía vencer. Le preocupaban sus enemigos. Hugo pensó que padecía un comienzo de delirio de persecución.

El conde tenía indudablemente manía persecutoria, que se armonizaba bien con sus ideas de grandeza, de megalomanía.

Hugo observó que al general no le chocaba la alteración cíclica de su carácter, la periodicidad de su tristeza.

Sin duda, el conde no había pensado que este humor negro que le sobrecogía de cuando en cuando con cierta simetría, podía proceder no siempre de causas externas, sino también ser motivado por un origen interno.

El conde contó a Hugo que durante varias noches había soñado que iba al valle de Josefatz; algunas veces le faltaba una mano o la cabeza, que se la habían quitado en vida y andaba por el valle buscando el órgano que le faltaba con una gran desesperación.

—¿Y el valle lo suele usted ver bien, mi general? —le preguntó Hugo.

—Como le veo a usted; tan claro, tan iluminado, que no pierdo un detalle. Allí suelen estar las gentes de todos los pueblos del mundo y, a pesar de ser tantos, yo abarco la escena íntegra... ¿Qué cree usted que será eso?

—Yo creo que será algo del estómago —contestó Hugo.

La seriedad con que respondió Hugo a la pregunta hizo reír de buena gana al general.

—Es usted un escéptico terrible —le dijo.

La risa pareció despejar al conde de su abatimiento y le hizo hablar con más precisión e inteligencia, aunque divagando y cambiando de tema.

\* \* \*

—Entre los soldados y su jefe —dijo el conde —hay una relación parecida a la que existe entre el hombre y la mujer coqueta. El hombre piensa en la mujer coqueta; la mujer piensa primero en ella, y luego en todos los demás hombres menos en el que la quiere. Lo mismo los soldados quieren

a su jefe y el jefe mira a su gente como a un bosque en el que se puede hacer leña. Napoleón parece que decía: Tengo una renta de doscientos mil hombres al año.

—¿Cree usted que todos los jefes piensan así, mi general? —preguntó Hugo.

—No sé si habrá alguna excepción.

\* \* \*

—Las orillas del Mediterráneo —dijo después el conde —producen el espejismo de lo grandioso. El hombre del Mediterráneo tiene como dos ejes: el de la retórica, la ampulosidad y la grandilocuencia para lo general y lo social, para eso que llaman pomposamente la vida civil, y el de la intriga, la astucia y la miseria, para sus asuntos personales. El hombre del Mediterráneo paga a veces con palabras y cree que paga bien; los demás pagan con sentimientos o con actos, y si se trata de cosas materiales con dinero y si no pagan piensan que quedan mal; pero el hombre del Mediterráneo pretende, como digo, pagar hablando; así puede unir la grandilocuencia y la avaricia. Algo de esto le pasa al francés: también es pomposo y académico y partidario de lo grande en lo social, y mezquino, cominero y avaro para sus asuntos; pero en el francés el deseo de la pompa es un deseo más sincero y más sentido. El francés de París se conmueve al ver el arco de la Estrella, las fuentes de Versalles o la tragedia de Racine. Cree que lo colectivo debe ser grandioso. En el hombre del mediodía, en el tipo del Mediterráneo, hay la frase pomposa, el gesto amplio; pero el que la construye o el que la hace tiene más o menos conscientemente la idea de que todo ello es una ficción que hay que conducir con habilidad y con pericia. El Mediterráneo es grandilocuente, retórico y colosal en teoría, y es intrigante, maquiavélico y mezquino en la práctica.

\* \* \*

—El hombre del Mediterráneo es de una doblez perfecta —siguió diciendo el conde—. Los otros españoles pueden prometer una cosa y no cumplirla; pueden decir: Descuide usted, eso lo haré sin falta y luego no hacerlo, o hacer lo contrario de lo que han prometido. En el momento que dicen: Lo haré, creen que lo harán. El hombre del Mediterráneo se desdobra; cuando promete y no cumple, no es que se olvida de su promesa porque casi siempre mientras dice: Lo haré, piensa por dentro que no lo hará.

—Entonces es gente de poco fiar.

—De muy poco fiar.

—¿Pero todos?

—Cuanto más cultos, son de menos fiar.

\* \* \*

—El catalán, el valenciano, el provenzal, el genovés y el napolitano —siguió diciendo el conde—es siempre actor; nunca tendrá el gusto de echar a perder algo por alarde de sinceridad intempestiva. El no dirá, a no ser que le convenga por otros motivos: Nos estamos aburriendo en esta reunión. Esta fiesta es pesada y estúpida. La amistad que nos brindamos unos a otros es una farsa. El sostendrá la comedia aunque cinco minutos después dirá del que se presentaba como amigo, fríamente. Es un granuja o es un tonto.

—Así que en el fondo, es gente fría.

—No tienen calor más que para lo suyo y para el prójimo en las palabras. El hombre del Mediterráneo parece que se entrega a las cosas y a los hombres, pero es aparentemente; siempre le queda una reserva; por eso es muy difícil contar con él. Se dirá que en todas partes hay gente astuta, pero son zorros con pelo de zorro, pero éstos, no; son zorros con piel de cordero o con plumas de paloma, convencidísimos de que son corderos o palomas. Hay muchos Borgias en todo este



Mediterráneo. Por eso hay que pegar fuerte, para que no le peguen a uno. Con castellanos y con vascos estaría yo más tranquilo. El castellano es dogmático, se propone una cosa y no cambia a no ser que una fuerza mayor le obligue a ello; el vasco tarda en ser amigo y en convencerse de algo, cuando ya está convencido sigue sin variar. Mina, Jáuregui, Zumalacárregui, Urbiztondo, tenían amigos fieles y se fiaban con razón de ellos. Mire usted los generales que han asesinado en el Norte: Sarsfield, irlandés; González Moreno, andaluz; Cabañas, castellano, a ningún jefe vasco han matado sus tropas; tenían amigos fieles. Pero aquí es diferente. El Reverendo Padre Torrabadella o el clérigo Narciso Ferrer, son amigos de usted, pero, ¿sabe usted que si le vieran al borde de un barranco no le empujarían para que se cayera? ¿Sabe usted que, si pudieran, no le cortarían la cabeza? No lo sabe usted.

El conde insistió en el carácter inseguro y traicionero de los hombres del Mediterráneo. Se veía que aumentaba en suspicacia y que la gente que mandaba comenzaba a darle miedo.

El conde no veía, al sentar sus afirmaciones, que el mismo reproche de doblez y de posible traición que él dirigía a los individuos de la Junta y a los jefes que estaban a sus órdenes, podían ellos hacérselo a él, que había traicionado en su larga vida política a mucha gente.

## TERCERA PARTE

### EN EL CAMPO

#### I

#### LOS ALOJADOS DE CASA DE MESTRES

Las divergencias entre los amigos y enemigos de la Junta se reflejaban en Berga en pequeños detalles. Cuando la Junta estaba en baja los amigos y partidarios tenían que soportar más alojados en sus casas.

Por entonces en la de Mestres había tres oficiales, los tres bastante estruendosos y molestos. La vieja, la madre de Susana, se quejaba; hablaban de noche, no la dejaban dormir. Susana se mostraba también descontenta por el mucho trabajo dado por los huéspedes; únicamente la Nemesia se encontraba a sus anchas; podía coquetear con los oficiales.

Entonces, Mestres, al oír las quejas de los unos y de los otros, se le ocurrió enviar a su mujer, a su suegra y a la niña, a descansar a una casa de campo que él poseía en Oliana.

—Vaya usted también —le dijo a Hugo. —Yo les acompañaré unos días.

La Nemesia hubiera ido con gusto, pero, al parecer, comenzaba a estar en relaciones formales con uno de los oficiales carlistas.

Susana no aceptó el proyecto de ir a la masía de buen grado; le asustaba verse sola con Hugo en el campo y dijo que no le gustaba la idea. Mestres, al saber la negativa, se incomodó; le parecía una tontería por parte de su mujer.

Consideraba a Susana como una persona versátil, caprichosa, ligera y, en cambio, tenía a Nemesia por mujer razonable y discreta. Hugo creía todo lo contrario; para él, Susana era una mujer admirable, y en cambio la Nemesia se distinguía por lo chismosa, por lo redicha y por lo vulgar. Quizá, en el fondo, la opinión del amo de la casa era una finta, una broma que gastaba a los demás y que quizá se gastaba también a sí mismo.

Como Mestres no permitía que se le contradijese, y menos cuando pensaba que tenía razón, decidió que su suegra, su mujer, su hija y Hugo fueran a pasar una temporada a la casa de campo de Oliana.

\* \* \*

Pocos días después Hugo se encontraba con Pilar en el portal de la casa.

—¿Qué hacen ustedes? —le preguntó la aragonesa.

—Parece que nos vamos a Oliana.

—¿Quiénes?

—Susana, su madre, la niña y yo.

—¿A dónde? ¿A alguna casa de campo?

—Sí. A una casa de campo que tiene Mestres. Pilar miró a derecha e izquierda, vio que no había nadie y dijo a Hugo en voz baja:

—¿Y usted, qué hace con Susana?

—Yo, nada, ¿Qué quiere usted que haga?

—Ella le quiere a usted.

—¿Usted cree?

—Si usted también lo sabe; no se haga usted el tonto.

—No me hago el tonto.

—Si usted quiere, ella se va con usted; dejándolo todo.

—No sé; tiene la niña.

—¿Y por qué no se va a llevar a la niña? Yo le digo a usted, que si usted se lo propone, ella se va con usted. Yo la conozco bien. Sé cómo es.

—Pues no. Le he propuesto que venga conmigo a Inglaterra y no quiere.

—No me lo proponga usted a mí.

—¿Por qué?

—Porque iría.

Y la Pilar subió las escaleras, riendo.

Hugo pensó en lo que le había dicho. La Pilar conocía a Susana probablemente mejor que nadie. Y sabía su manera de ser.

## II

### LAS IDEAS DE MESTRES

La benevolencia inusitada de Mestres con Hugo procedía principalmente de que Hugo le distraía, le divertía con sus opiniones y sus ideas. Experimentaba por él un sentimiento verdadero de amistad. Los amigos de la casa estaban un poco asombrados de aquella actitud de Mestres. La gente conocida le consideraba grave y serio, sin ver que no era grave y serio sino triste y melancólico.

La desolación interior de Mestres le había llevado a una idea francamente brutal.

—Quizá Hugo y Susana son dos personas nacidas para entenderse —se dijo—, que se entiendan, yo no seré obstáculo para ello.

Mestres pensaba que, a una mujer como la suya, inteligente, de carácter, no se le podía dominar. Dejarla. Si volvía al redil, mejor; si no volvía, que se fuera.

A Mestres se le veía con frecuencia con la cabeza o la barba apoyada en la mano, mirando la pared y pensando vagamente. Solía sufrir de dolores en el costado; le habían dicho que quizá fueran hepáticos. El no se preocupaba mucho de ello; pero los dolores le daban un aire de melancolía.

El gesto de las comisuras de la boca se acentuaba en él a medida que se iba haciendo más triste.

Al exponer el proyecto de que Susana fuese a la masía, la Nemesia oyó con un asombro inmenso a su hermano decir que Hugo debía acompañar a su mujer, a su suegra y a la niña.

¿Qué pensaba aquel hombre para proponer esto? La Nemesia se quedó asombrada y llena de indignación. Se le ocurrieron mil cosas a cual más brutales y cínicas.

\* \* \*

Mestres pensó mucho en el viaje de su mujer y de Hugo: rumió todas las posibilidades.

—En el caso de que se entendieran y se fueran los dos ¿qué hago yo? —se dijo.

Quizá lo mejor venderlo todo y marcharse a América, a un país nuevo; luego pensó que los ejes de la vida en los países nuevos serían los mismos, poco más o menos, que en los países viejos y tradicionales.

Para Mestres el pasado suyo era triste, ridículo; el presente, no valía nada; el porvenir no podía traer más que miseria y decadencia.

Susana quizá, inconscientemente, iba atrayendo cada vez más al inglés y Hugo, a pesar de su buen sentido, se sentía capaz de hacer toda clase de locuras por ella.

La Nemesia comprendía el entusiasmo de Susana por Hugo y le molestaba. Interrumpía sus diálogos, hacía observaciones impertinentes, que desbarataban al aire sentimental de la conversación entre Hugo y Susana.

Susana arreglaba el cuarto del inglés, le adornaba con flores o con plantas. Para ella era uno de los quehaceres agradables de la vida.

\* \* \*

En el cuarto de Mestres había un pequeño altar y un retablo con la virgen del Carmen y las Animas entre grandes llamas. Los condenados con las caras terribles y furiosas, parecían gritar de dolor.

—Demasiada calefacción —indicaba Hugo.

—Todos estaremos ahí, con el tiempo —decía la Nemesia.

Hugo se reía y su risa parecía a las mujeres de la casa una manifestación de incredulidad diabólica.

\* \* \*

Muchas veces Hugo y Susana tenían largas conversaciones.

—¿Por qué usted, que es la que más vale de la casa —preguntaba Hugo—, ha de vivir para los otros, pensando en los deseos y en las necesidades de los demás?

—¿Cómo voy a vivir?

—Si alguien tiene derecho a pensar más en sí misma es usted, porque es buena.

—¿Para qué quiere usted que no piense más que en mí misma? Eso sería una cosa fea.

Susana apoyaba su opinión con frases sentenciosas, alguna que otra en inglés, que recordaba de su padre.

—A mí no me parece bien que usted, que vale más que los demás se tenga que sacrificar por los otros —insistió Hugo—. Es trastornar las leyes naturales. La hija está bien; es lógico que se ocupe usted de ella, y de su madre, y de su marido; pero no de su cuñada, ni de sus sobrinos, ni las demás morralla. Eso es demasiado.

Como Hugo volvía sobre lo mismo, Susana, con coquetería inconsciente, le dijo que por qué se ocupaba tanto de ella.

—Porque le tengo cariño —contestó Hugo.

—No. No me diga usted eso.

—¿Por qué no? No se lo diré si no quiere usted; pero se lo tendré. Generalmente no lo digo. No sé por qué lo he dicho ahora. Yo, cuando quiero a una persona, no me gusta decírselo, me parece esto algo cínico y sin gracia; lo mismo me pasa si me quieren, me gusta sentir el afecto en los detalles y en los hechos; no en las palabras. Una de las cosas más bellas de la vida es callar. Por eso siento muy poco aprecio por los meridionales, que hablan demasiado.

Los sentimientos profundos, según Hugo, tenían la tendencia a sedimentarse en el fondo del alma y no a convertirse en palabras.

A Hugo le parecía uno de los signos de nobleza de raza el saber callar.

—La palabra es siempre algo cínico y vulgar —añadía él—. Los pueblos que aman las frases son pueblos mentirosos y fanfarrones.

### III

## LAS ROQUETAS

La masía de Oliana, propiedad de Mestres, se llamaba Las Roquetas. Estaba en pleno monte, en una ladera fértil; tenía una casa grande, de dos pisos, prolongada por una tapia; un huerto, con árboles frutales; un jardín, con rosales y enredaderas, y una campa libre, con espinos y zarzales.

La casa era espaciosa, con lagar, almazara, grandes bodegas, cuadras y establos. Había dentro un carromato, dos o tres tartanas, un caballo para montar y varias mulas.

Cuidaban la masía un capataz con su familia.\*

Susana, su madre y la niña, se instalaron en el piso principal, en cuartos próximos; Hugo, en el piso segundo, muy separado de ellas.

Las Roquetas, con su galería, su pozo, su corral, su jardín y su campo, era un sitio sano y hermoso.

En aquella masía había bastante agua y la vegetación se mostraba potente y salvaje; los rosales y las enredaderas crecían enormes, lo mismo que las madre selvas y los jazmines.

El colono de las Roquetas, viejo, grande y fuerte, el señor Antón, tenía ya más de sesenta años; la cara dura, de grandes planos; el cuello curtido, que parecía formado de cuerdas; las manos como de madera y los ojos grises.

La mujer del señor Antón, la Blasa, era de esos tipos de mujeres que nacen para vivir tiranizadas; tienen muchos hijos y trabajan como bestias de carga. El marido, indiferente y socarrón, la trataba en tirano; los hijos se preparaban a ser con ella tan tiranos como su padre.

El señor Antón trabajaba, fumaba y hablaba con sarcasmo de todo, porque no creía en nada divino ni humano; se mostraba en sus palabras cínico y malhumorado.

El señor Antón se dirigía, tanto a su mujer como a sus hijos, con un marcado desdén; para todos tenía una frase burlona o amarga.

Los hijos se parecían al padre y no se mostraban amables con nadie.

Poca gente de fuera aparecía en Las Roquetas; sus habitantes vivían completamente aislados.

Cerca de la masía había una casa pequeña y en ella un colono con su mujer y dos chicas. Una de ellas, la Vicenta, una chica morena, abultada, con un aire atractivo a pesar de su insignificancia, miraba coquetamente a todos los hombres y movía las caderas al andar de una manera provocativa al ir a la fuente. Según decían, el padre la pegaba frecuentes palizas.

La otra chica de la casa, de diez o doce años, con los ojos brillantes, correteaba como una cabra.

Solían también aparecer por Las Roquetas algunos pastores. Uno de ellos, jovencito, esbelto, moreno, tan salvaje y tan indiferente a todo lo que tuviera que ver con las ciudades, producía el asombro de Hugo. El señor Antón le hablaba y se reía al comprobar el desprecio del muchacho por las gentes que llevaban una vida civilizada.

Hugo solía ir a Oliana a charlar y a pasar el rato; conocía allí a un cura, delgado, huraño, a quien se le antojaba todo diabólico, perverso. Este cura encontraba acciones pecaminosas en lo más sencillo, en una palmada en la cara de un niño, en un saludo a una muchacha. Creía que tener flores era una estupidez, que los árboles no servían para nada y defendía la usura y la educación de los chicos a palos.

El barbero, a cuya tienda solía ir Hugo, persona de las más ilustradas del pueblo, leía los

---

\* Concordancia del libro original [Nota del escaneador].

periódicos de Barcelona y de Madrid y se consideraba en la obligación de informar de cuanto pasaba a los parroquianos.

Hugo conoció en Oliana a gentes transhumantes a quien la guerra desplazaba, aventureros, vagabundos y busca vidas; uno de ellos era un francés que andaba de pueblo en pueblo arreglando relojes; el otro, un tipo medio ciego, con muchos costurones en la cara, calvo y burlón, que compraba libros y papeles antiguos.

Hugo, optimista por temperamento, tendía a ver en la vida lo bueno, no le perturbaba la imaginación ni la fantasía. Era sereno, valiente y tranquilo. No recordaba las ofensas, las olvidaba con una gran facilidad.

Hugo andaba con la niña de Susana como si fuera un chico; regaba las plantas; veía correr las lagartijas y las salamandras por las paredes; observaba los enjambres de avispa en el tejado, que formaban grandes panales y contemplaba las maniobras de los alguacillos para cazar las moscas y después las de los pompilos para cazar a su vez a las arañas. Veía cómo los pompilos inmovilizaban a su presa y la metían viva en los agujeros de la pared para que sirviese de alimento a sus larvas.

Mestres notaba en los días que estuvo en Las Roquetas la amistad entre Hugo y la niña y sonreía.

Hugo iba a cazar a la Sierra del Conde, a Cambrils y a veces por el río de las Perlas o de Aliñá, bajaba hasta el Segre al Pont del Espí, uno de los tres de la comarca llamada de los Tres Ponts.

Iba también a los montes de Navens, a las Rocas de los Moros y a la Roca del Castell.

Cuando se marchó Mestres, la vieja, Susana y la niña, se arreglaron para vivir a su modo en la masía. Susana se acomodó en seguida a la vida del campo.

Susana, y esta era la constante preocupación de Hugo, había nacido para una vida más ligera y alegre, y la desgracia y el mal trato le impulsaron a convertirse en triste y adusta. Para Hugo, Susana debía vivir como una inglesa rica, no como una española pobre. Sobre todo, no debía sacrificarse por gentes que no valían la pena.

Ella había tomado como norma el reservarse todas las molestias y de dar todas las ventajas a los demás. Hugo protestaba de una práctica así y pensaba que en lo sucesivo debía llevar la contraria.

La madre de Susana se estaba poniendo peor. No mejoraba en Las Roquetas. La vieja se quejaba constantemente; se hacía también cada vez más avara. Robaba siempre algún dinero a su hija, y cuando reunía algunas pesetas compraba décimos de la lotería que traía un arriero que iba y venía a Solsona y a Manresa.

Hugo veía muchas veces la garra deformada de la vieja por el reuma, cómo se apoderaba de una moneda de dos cuartos y la escamoteaba debajo del mantón.

Así como la vieja iba empeorando, Catalina, la chica, mejoraba por momentos con la vida al aire libre. Se le quitaba el aire pálido de niña rubia y anémica; sus ojos azules y descoloridos iban tomando más expresión; una de las piernas, semi-paralítica, adquiría, por días, más fuerzas.

La niña, Kitty, prefería a Hugo a su mismo padre; el inglés era más cariñoso con ella, le hacía dibujos que luego iluminaba, recortaba y sostenía con un papel. Hugo tenía en su carácter mucho de infantil.

La niña le contaba cosas que oía a las criadas y le recitaba relaciones. Una de estas, muy conocida, empezaba con estos Versos:

La mare de Deu  
Quan era chiqueta,  
Anava a costura,  
a aprendre de lletra  
Ab son coixinet  
Y la cistelleta.

Hugo escuchaba con gran interés estas relaciones y muchas veces las apuntaba en su cuaderno de notas, lo que daba a la niña la impresión de que sus cuentos eran muy importantes.

## IV

### UN CHIFLADO

Otra de las personas que conoció Hugo en Oliana era un tipo raro, un maniático, de quien la gente se burlaba. Este hombre, de unos cincuenta años, flaco, esbelto, avellanado, con el pelo cano, con los ojos claros, la barba y el bigote rubio, la expresión entre alegre y burlona, se llamaba Apolinar Llopis. Don Apolinar pasaba por rico, tenía una hermosa casa en Oliana y otra en Orgañá; la gente del pueblo le decía don Polín, y en castellano y sin querer ofenderle le llamaban don Polino o don Pollino.

Don Polín vestía de una manera rara, con un gabán corto, de aire militar y una boina de ballestilla estilo Zumalacárregui. Llevaba un bastón grueso y nudoso e iba siempre con un perro. Don Polín hablaba de una manera violenta, con mucho fuego, como quien rasga, mirando al mismo tiempo de frente con sus ojos alucinados.

Don Polín era un sabio, un sabio a su modo. Don Polín había leído libros absurdos, y entre ellos el Apocalipsis, lo que sin duda le trastornó o contribuyó a trastornarle. Hacía unas combinaciones cabalísticas, sustituyendo unas letras por números y unos números por unas letras, y sacaba unas consecuencias absurdas y disparatadas. Todo esto servía para ponerle más loco.

Don Polín presumía de saber astrología y magia, de predecir el tiempo y de conocer los simples. Tenía un pequeño herbario. El creía que las hierbas del campo, la serpentaria o el acónito, el beleño, la digital o la belladona no las conocía nadie, que constituían secretos suyos. Su herbario era como el libro de los siete sellos. Don Polín andaba por el campo con su bastón y con su perro, explorando la comarca.

Don Polino era indudablemente un perturbado, pero era feliz. Tenía una sensación agradable de su poder y de su fuerza. Cuando iba por el campo hacía molinetes con el bastón; se batía con enemigos invisibles aunque sabía muy bien que no existían.

Parecía un niño. Muchas veces se le ocurría salir a deshoras para llamar la atención, otras se divertía en hablar en camelo para burlarse de la gente.

Don Polino, cuando se fingía maniático, no podía sospechar que lo era; él creía que fingía, que inventaba una broma con la que se burlaba de los demás.

Con todas sus chifladuras era un hombre satisfecho y contento.

Don Polino enseñó a Hugo un trabajo genealógico; lo estaba terminando. Era una genealogía de Carlos V; empezaba sencillamente en Adán; seguía luego por unos cuantos reyes hebreos; luego por los de Troya, Escitia, reyes godos y llegaba a don Carlos. Después de tan magnífica y fantástica genealogía, venía la suya, que llegaba solamente hasta el tiempo de los primeros reyes godos, en donde un antepasado suyo, un Lupo fundaba la familia.

Cada antecesor suyo tenía una casilla y un número, y a todos los adornó con grandes virtudes. Así decía don Martín Llopis, número 39, se distinguió por su valor, por su patriotismo y por su honradez; doña Juana Pons, número 75, fue dechado de virtud, de modestia y de recato.

Según el autor de aquellas maravillosas genealogías, el destino de las dos familias era semejante; los Borbones legítimos triunfaba de la revolución; los Llopis, de sus enemigos consuetudinarios y de los latoneros. La antipatía del señor Llopis por los latoneros procedía de un pleito sostenido contra uno del pueblo por una obra hecha en su casa. La obra se hizo en el tejado y los latoneros explotaron al señor Llopis de mala manera. Los latoneros, según don Polino, estaban a la misma



altura que los judíos, y entre unos y otros llevaban el país a la ruina.

Don Polino había inventado un sistema para la salvación de España; este sistema se llamaba sintético-sinalagmático-genealógico-catastral. Por el sistema sintético-sinalagmático-genealógico-catastral se conseguiría formar un Gobierno perfecto y armónico. Don Carlos se casaría con María Cristina; el hijo de don Carlos, con Isabel II; los palaciegos carlistas con las palaciegas cristinas, y así sucesivamente. El Gobierno sintético-sinalagmático-genealógico-catastral no desperdiciaría nada; tendría como principales generales a Espartero y a Maroto, al conde de España y al barón de Meer, a Narváez y a Cabrera, y así estaría todo compensado.

El señor Llopis exponía con mucha dignidad sus puntos de vista. Ya sabía que le llamaban loco, pero él despreciaba a los ignorantes que así le motejaban. El señor Llopis, don Polino, era altivo, desdeñoso e independiente, buena persona y con un orgullo extraordinario, sobre todo si le trataban mal; ahora, si le escuchaban atentamente estaba dispuesto a cambiar sus ideas y hasta dar otro giro a sus teorías más fundamentales.

Con el sistema sintético-sinalagmático-genealógico-catastral y la política eti-estética-monárquico-tradicional se resolvían todos los problemas.

Se decía que el señor Llopis había ido a visitar al conde de España y que el conde le convidó a comer, celebró sus frases y prometió llevar su sistema a la práctica en cuanto pudiese.

Con aquel sistema suyo se podía resolver todo —le dijo don Polino a Hugo—. Primero el trono de don Carlos, después la fortuna de los Llopis, luego la guerra y, por último, expulsar del país a los judíos y a los latoneros.

El señor Llopis, cuando estuvo en el monasterio de Montserrat, había escrito en una pared esta frase: «¡Viva el sistema sintético-sinalagmático-genealógico-catastral, y viva la Moreneta!

Don Polino, a veces, se incomodaba y hablaba con voz agria, sobre todo cuando los jóvenes del pueblo le daban bromas crueles, de mal género. Decía que estaba ya harto de vivir entre gente que no le comprendía, gente que no era más que una recua de asnos de reata incapaces de vislumbrar las profundidades que encerraban sus teorías.

## CUARTA PARTE

### LA CONJURA

#### I

#### AGRAVIOS DE LA JUNTA

La Junta de Berga, cada vez más hostil al conde, iba por momentos trabajando contra él de una manera subterránea. El seguía haciendo arbitrariedades, impuso exorbitantes multas a los pueblos afectos por retardar el pago de las contribuciones; maltrató a un cura de Berga por haber dado sus pantalones a un prisionero andrajoso, desterró a cientos de infelices, depuso a Porredón, el Ros de Eroles, por no cumplir sus órdenes incendiarias, y cometió un sin fin de atropellos.

La Junta hizo una extensa relación de sus abusos y la envió a don Carlos. Demostró cómo el conde obraba sin justicia y con precipitación, equivocándose con frecuencia. Así, cuando hizo comer un día un pan de munición y beber una tinaja de agua a un panadero capitán de voluntarios realistas, dándole al mismo tiempo continuos latigazos, porque había dado de comer un pan malo a los soldados enfermos, resultó luego que el tal capitán no era el panadero ni el asentista del hospital de donde se quejaron al conde de la mala calidad del pan.

Nombró también inspector de escuelas por medio de un oficio irónico al coronel más lerdo e ignorante de la provincia, según él mismo dijo.

El Ros de Eroles escribió una carta a don Carlos dándole muchos detalles del campo carlista catalán, explicándole las brutalidades y los incendios ordenados arbitrariamente por el conde de España. Don Carlos quedó perplejo; en cambio, la princesa de Beira dijo a sus amigos:

—Se le va a destituir al conde por bestia, y se le sustituirá con Segarra.

Las personas más dignas de la Junta se retiraron de ella; los que quedaron, guiados por don Bartolomé Torrabadella y don Narciso Ferrer se acomodaron, al parecer, con el conde, no dándose por enterados de las humillaciones y buscando la ocasión de destituirle o de inutilizarle.

El partido furibundo, hasta entonces tan partidario suyo, se fue poniendo en bloque en contra de él. En los pueblos de la montaña corría el runrún de su traición.

—Ese lleva la misma marcha que Maroto —se decía en todas partes.

Al mismo tiempo Venían noticias de que el conde estaba íntimamente ligado con un Comité transaccionista de París y que trataba de Vender al ejército carlista de Cataluña en la primera ocasión que se presentase.

Los partidarios acérrimos de la Junta consultaron varias Veces con Arias Teijeiro, quien se quedó en Berga a jugar con dos barajas y sirvió de consejero y de apoyo en el plan para destituir al conde. El botánico gallego era un intrigante, un pedante vanidoso, un enredador, y concluía siendo antipático a todo el mundo.

Arias Teijeiro habló con el Ros de Eroles, con el Pep del Oli y con Tristany, y quedaron de acuerdo en ayudarse unos a otros para destituir al conde.

## II

### LOS CLÉRIGOS

La Junta, desde el otoño de 1838, hizo, como el conde: se desplazó y se trasladó a la pequeña aldea de Aviá, distante una media hora de Berga, para encontrarse sola y a sus anchas.

Entre los ocho vocales que todavía asistían a la Junta, aunque no con la misma asiduidad, se contaban don Jacinto de Orteu, vicepresidente y militar; don Bartolomé Torrabadella, canónigo; don Ignacio Andreu y Sanz, abogado; don Narciso Ferrer, cura; don Ignacio Dalmau, propietario; don Salvador Vilella, don Manuel Milla y don Mateo Sampóns, los tres canónigos.

Llevaba la Voz cantante en las sesiones don Bartolomé Torrabadella, hombre de genio fuerte y ambicioso.

Torrabadella fue de los contertulios de la célebre amazona irlandesa Josefina Comerford, cuando la generala de las huestes absolutistas se preparaba en Manresa a ponerse al frente de ellas y a marchar, seguida del padre Marañón, el Trapense, a obtener la gloria militar y la divina.

Don Bartolomé estuvo en su tiempo muy entusiasmado con Josefina y fue amigo de los agraviados, lo que le expuso a caer bajo la zarpa del conde de España.

El canónigo era alto, fuerte, voluminoso, un poco encorvado. Parecía hombre bilioso, los ojos amarillentos, la cara arrugada, larga y marchita, con ojeras moradas negruzcas, el pelo negro y brillante, la expresión con frecuencia llena de ironía. Al verle daba la impresión de un individuo absorto, embebido en graves pensamientos.

Torrabadella había conquistado el pueblo con su seriedad, su austeridad y sus costumbres severas. Torrabadella cultivaba el aire glacial que a él le convenía y le daba aspecto de personaje propicio para llegar a obispo o algo más. El reverendo padre era hombre de una pieza. Aquella cara grande, amarillenta, arrugada, llena de gravedad, parecía tallada para pertenecer a un Cisneros, a un Richelieu o a un Alberoni. En el interior del alma Torrabadella se sentía celoso de todo y de todos; guardaba el recuerdo de las ofensas con Verdadero entusiasmo, se vengaba si podía y disimulaba su rencor y sus celos con buenas palabras.

Don Narciso Ferrer, otro de los elementos de acción de la Junta, verdadero campeón de la teocracia, era de cerca de Mora de Ebro. La gente de los pueblos de los alrededores dice de los de Mora:

Gent de Mora, gent traidora;  
socorreu als de Falset,  
Que les bruixes sen barallent  
al castell de Miravet.

Don Narciso Ferrer había sido cura de una aldea del Maestrazgo, y después de Castellfort, donde se había mostrado intransigente y fanático.

Don Narciso Ferrer era hombre de mediana estatura, fuerte, de cabeza enorme, los ojos claros, el pelo rojizo, los brazos largos, las piernas torcidas, la mirada enérgica y el aire lleno de decisión y de atrevimiento.

Torrabadella y Ferrer, unidos, hicieron un plan de Gobierno y se repartieron los altos cargos del clero de Cataluña entre los amigos para después de ganar la guerra, y, naturalmente, en su plan no se olvidaban de sí mismos.

Torrabadella, lo mismo que Ferrer, sentía una gran apetencia del mando. Eran los dos a cuál más despóticos e intransigentes.

\* \* \*

El cura, lógicamente, siente afán de dominio. El cura comprende, a veces, que su creencia puede no ser cierta; pero ve muy claro que como técnica de solidaridad social no hay otra parecida a la suya.

Si las acciones no tienen una sanción más allá de la vida y tampoco más acá, ¿qué valor absoluto se puede conceder al bien y al mal? Ninguno. Se les concederá un valor relativo social, y las leyes de la ética serán como un código no escrito. Indudablemente esto para las masas, ávidas y llenas de ansias de sensualidad, es poca cosa.

\* \* \*

Eran dos tipos completamente distintos Torrabadella y Ferrer; el uno, bilioso, rencoroso, que concibe proyectos, los analiza fríamente y los madura con tiempo, buscando las circunstancias favorables; el otro, el hombre sanguíneo, un poco toro, que realiza las cosas exaltándose y venciendo los obstáculos encontrados en su camino.

Torrabadella comprendió pronto, al tratar a Ferrer, que era un auxiliar inapreciable y que podía contribuir como ningún otro a desembarazar a todos del conde de España.

Desde que adquirió tal idea Torrabadella tendió a que don Narciso Ferrer tuviera cada vez más influencia en la Junta.

### III

#### EL ENVIADO

En agosto, antes del convenio de Vergara, la Junta de Berga llamó al canónigo de Manresa don Ramón Soler y le quiso enviar al Real de don Carlos para que allí explicase lo que ocurría en Cataluña con el mando del conde de España.

El canónigo intentó internarse en Francia subrepticamente, pero se le detuvo en la frontera, y como no supo explicar de una manera satisfactoria el motivo de su viaje, fue encerrado en el convento de la Merced, de Berga, y después trasladado al fuerte de Hort.

El conde de España, a pesar de su gran suspicacia, no receló en el canónigo Soler un enviado de la Junta.

A mediados de septiembre y con motivo del convenio de Vergara, el conde pensó en reunir la Junta de Berga en pleno y hacer una manifestación de adhesión a Carlos V y una protesta contra Maroto. Al mismo tiempo se enviaría un delegado a Francia para que expusiera estos sentimientos al pretendiente.

Los junteros aceptaron con júbilo la idea; pensaban matar dos pájaros de un tiro.

—¿Quién podría ser el comisionado? —preguntó España.

—El que Su Excelencia elija —contestó pérfidamente Torrabadella.

—Tendría que ser un paisano, una persona respetable.

—Don Antonio Espar quizá serviría —dijo un vocal.

—¿Quién es Espar? —preguntó el conde.

—Es un sacerdote que ha sido catedrático de Teología en el Seminario conciliar de Urgel; hombre sabio, virtuoso y de prestigio.

—¿Querrá ir a Francia?

—Se le preguntará. Yo creo que sí.

—Pues me parece bien que vaya él. Si hay alguno que se opone, que lo diga.

Nadie contestó y el conde llamó a don Antonio Espar y le explicó con muchos detalles la misión que iba a llevar a Francia. Los de la Junta hablaron anteriormente con Espar y le dieron instrucciones para desempeñar su doble misión. Si tenía la suerte de ver al rey en París, le manifestaría el infeliz estado en que se hallaba Cataluña y cómo la opinión general consideraba una necesidad urgentísima el separar del mando al conde de España.

La Junta entregó a Espar una exposición firmada por todos los vocales pidiendo claramente la deposición del conde, y le dio dinero en abundancia y le recomendó no escatimara gasto y obtuviera el relevo del general lo antes posible.

Las personas demandantes debían ser respetables en la opinión de don Carlos. En la exposición se pintaba como inminente el peligro de que se perdiese la causa en Cataluña por la arbitrariedad absurda del general, y no se proponía otro remedio que el relevo inmediato del conde.

Espar, hombre inteligente y hábil, con una mirada llena de agudeza y de suspicacia, tranquilizó a los junteros, que algunos dudaban del éxito de la gestión.

—Le veré al rey —dijo—, le expondré los deseos de ustedes y tengo la seguridad de que conseguiré inmediatamente la deposición del conde. En seguida que la haya conseguido les escribiré. Si puedo vendré yo mismo, y si no les avisaré.

\* \* \*

Don Carlos era la ingratitud personificada. Cuando después del convenio de Vergara le refirieron con toda clase de detalles la muerte del general González Moreno en Urdax, dijo con una perfecta indiferencia:

—No lo extraño; tenía muchos enemigos—. Y siguió jugando al tresillo.

Otra vez el pretendiente mandó hacer alto a sus fuerzas en una extensa llanura para oír misa con su mujer, y las tropas fueron atacadas por los liberales en aquel instante y murió mucha oficialidad, soldados y hasta dos brigadieres. Al dar cuenta de aquellas muertes a don Carlos, él dijo fríamente:

—No han hecho más que su deber.

Respecto al conde de España, don Carlos y, sobre todo, su mujer, la princesa de Beira, tenían desde antiguo deseos de destituirle. Al parecer, las cartas dirigidas por el conde al Real eran impertinentes y, a veces, hablaba en ellas como si no le importara nada la causa carlista.

Don Carlos, con su egoísmo y su inteligencia torpe, accedió a la petición de Espar y dio una orden fechada en París el 18 de octubre de 1839, firmada por don Paulino Ramírez de la Piscina y dirigida a la Junta Superior Gubernativa del Principado de Cataluña. En la orden relevaba del mando y de la presidencia de la Junta de gobierno al teniente general conde de España, y nombraba para sucederle al mariscal de campo don José Segarra.

Espar, con el oficio en la cartera, marchó de París a Tolosa de Francia, y desde allí escribió a la Junta que lo más pronto posible pensaba ponerse en camino para el Valle de Andorra, y que si, en atención a las dificultades del tránsito, no llegaba pronto a Berga, podía estar segura la Junta de que la destitución del conde se hallaba expedida y firmada y, por lo tanto, se podía obrar rápidamente conforme lo exigiesen las circunstancias y apuros en que se hallasen para él mejor servicio del rey, el bien de la causa pública y la tranquilidad del país.

#### IV

### TORRABADELLA Y FERRER

Al conocerse en Aviá la noticia de la destitución del conde, firmada por don Carlos, la mayoría de los junteros demostraron el miedo que les producía el llevar a la práctica el acuerdo.

Era necesario llamar al general y leerle la orden de su relevo. La actitud que podía tomar el conde no se sospechaba; muchos pensaban que no obedecería de una manera tranquila, sino que se enfurecería e intentaría llevarlo todo por la tremenda.

Para zafarse de cuestión tan peligrosa y no intervenir en ella, el elemento más tímido de la Junta pensó en constituir una comisión formada por tres vocales decididos y darles amplios poderes. Los tres Vocales fueron Orteu, el vicepresidente; Torrabadella y Ferrer; los tres enemigos acérrimos del conde, los tres audaces y arriesgados.

Con el nombramiento de la comisión quedó la Junta dividida en un elemento neutro formado por Andreu y Sanz, Dalmau, Vilella, Milla y Sampóns, y el elemento activo de Orteu. Torrabadella y Ferrer.

Entre los neutros había hombres de cuidado, pero que por su prudencia no querían significarse ni exponerse. Andreu y Sanz, el abogado, era hombre enfermizo, egoísta, lleno de argucias y de martingalas de leguleyo. El señor Andreu y Sanz sabía latín, leía los clásicos y los autores franceses y españoles y les molestaban las cuestiones de política. Se dejaba llevar muchas veces, por indolencia, por los hombres de la Junta; pero pensaba plantarse y no seguir a remolque.

Dalmau se mostraba indiferente, tibio; no quería compromisos difíciles; el canónigo Vilella era un místico con ribetes de hipócrita, poco inteligente y muy creyente; Sampóns, campechano y expansivo, creía de buena fe en el carlismo; respecto al canónigo Milla, más atravesado y solapado que los demás, era hombre indeciso y sin energía.

A los tres canónigos les pasaba lo mismo, les gustaba el mando; pero lo querían sin responsabilidad y sin peligro; les parecía que con la destitución del conde de España se saldría de un mal para entrar en otro.

De los elementos activos, Orteu, violento e impulsivo, tenía poco carácter y una inteligencia mediocre. Torrabadella y Ferrer valían más como hombres de decisión y de armas tomar.

Con Ferrer iba su hermano menor, el cirujano, joven aún, fuerte, de fama de calavera y de persona de mal carácter. El cirujano se llamaba José.

Discutieron en la reunión de los comisionados la manera de quitar el mando al conde.

Destituirle leyéndole la Real orden era peligroso porque probablemente encontraría pretextos para no obedecerla, se rebelaría y después, si triunfaba, don Carlos, dada su natural perfidia, le daría la razón.

Había necesariamente que cogerlo solo y prenderlo. ¿Cómo? Este era el problema.

Después de preso, ¿qué se hacía con él? Torrabadella dijo que enviarlo a Francia. Don

Narciso Ferrer contestó que esta solución no resolvía nada; era peligrosa para ellos; según él, lo mejor sería entregarle prisionero al Ros de Eroles.

Orteu reservó su opinión.

—Todo esto que proponen ustedes es peligroso —repuso el cirujano Ferrer—. Si lo cogemos no hay que hacer más que una cosa: matarlo. Lo que haría él.

—Matarlo, ¿cómo? ¿Formarle juicio? ¿De una manera legal? —preguntó Torrabadella.

—No; de una manera extralegal, pero matarlo —contestó el cirujano—. Lo demás es exponerse a perder la partida.

—Creo lo mismo —aseguró Orteu.

El cura Ferrer miraba con curiosidad a Torrabadella, que no decía nada y movía la cabeza con aire de indecisión.

—Yo, con relación a lo primero, a la destitución y a la prisión, que es lo más peligroso, estoy dispuesto —contestó Torrabadella.

—Entonces no hay que hablar más —replicó el cirujano—; lo demás vendrá de por sí por la fuerza natural de los hechos.

—Sin embargo, consultaremos a los junteros para ver lo que opinan.

Les consultaron. El cirujano Ferrer se, burló de las vacilaciones y de los escrúpulos sentimentales de los señores de la Junta. Para él, en cuestiones así no se podía andar con tonterías. Había que ir derecho hasta el final. La superioridad de estar en lo firme hacía pavonearse al cirujano y mirar con desdén a los demás.

\* \* \*

Torrabadella, como Ferrer, tenían el afán de mandar, el instinto de dictadura y de demagogia negra, frecuente en los curas.

El despotismo del conde les irritaba. No creían gran cosa en la ciencia militar, y probablemente estaban en lo cierto. Ellos pensaban que con su gobierno teocrático podrían dirigir la guerra tan bien o mejor que el general, y que igualmente sabrían dirigir la paz. Aspiraban a hacer de la Junta un Consejo de los Diez, como el de la República de Venecia.

Respecto a Ferrer el cirujano, hombre vengativo, violento, apasionado y muy codicioso, quería actuar de cualquier manera.

Algunos de la Junta, al ver que el médico influía en su hermano y en Torrabadella, dijeron que era conveniente alejarlo, porque con su egoísmo, su avidez y su falsedad llevaba la cuestión por malos caminos y contrastaba su actitud con el celo y desinterés de los demás.

A Ferrer el cirujano, el intendente Labandero le trasladó del hospital general de Berga al provisional de la Valldora por su mala conducta, y Ferrer consideraba este traslado como un insulto y lo llevaba como una espina clavada en el alma.

Tras de la primera reunión de los tres junteros activos y del cirujano Ferrer se congregó otra a la que asistió el canónigo Milla como hombre de peso y de juicio sensato.

El cirujano Ferrer no abandonó su punto de vista e insistió en él.

—No basta destituirlo —repitió—. Hay que prenderlo y matarlo. Seguir sus procedimientos. Si se pierde el tiempo, él es hombre astuto, tiene todavía muchos recursos y partidarios y puede ganar la partida. Si se le hace prisionero no hay más que un recurso: matarlo.

Los junteros que asistieron a esta segunda reunión no dijeron nada ni en pro ni en contra.

Milla, el canónigo secretario de la Junta, que influía mucho por su talento y por su prudencia, reconoció que el cirujano estaba en lo firme.

Milla era hombre tortuoso, turbio, de mala intención, de esos hombres esquinados, sensibles a todas las pequeñas ofensas, que se recrean en recordarlas y al mismo tiempo sienten grandes deseos de vengarse. Hombres así tienen su enemigo mayor en su temperamento. Milla no podía oír elogiar a nadie; un elogio a otro le molestaba como una ofensa propia.

Cuando le dijeron que iban a suspender al conde de sus funciones por orden de don Carlos le pareció muy bien. Ya no le pareció tan bien cuando le indicaron el sustituto.

—¿A quién le van a nombrar para ocupar su cargo? —preguntó.

—A Segarra.

—¡Hombre! Segarra no vale nada. Es un inútil, un hombre vano.

—¿A quién le parece a usted entonces? ¿Al Ros de Eroles?



—No. El Ros de Eroles es un ignorante; tiene los conocimientos de un arriero.

—Pues ¿a quién, a Brujó?

—No. Brujó es un orgulloso.

—¿A Tristany?

—Es un bárbaro.

—¿Al Pep del Oli?

—El Pep del Oli es un aldeano, es un bruto.

—¿A Targarona, a Samsó?

—Habría que verlo despacio. Después de todo, quizá el mejor sea Segarra.

Don Jacinto de Orteu, menos oscuro y bilioso que el canónigo Milla, mostraba una vanidad irritada y no satisfecha. Iracundo y vengativo, había reñido varias veces con el Ros de Eroles, a quien no podía ver. Se insultaron. El trató al Ros de arriero, y el Ros dijo que Orteu estaba en su centro en una Junta de canónigos y de curas, pues era para lo único que servía: para andar entre gente con faldas.

Orteu odiaba también al conde de España. El aire imperioso del conde, sus caprichos, su arbitrariedad, a él igualmente arbitrario, caprichoso y déspota, le sacaban de quicio.

## V

### PREPARATIVOS PARA LA EMBOSCADA

Con la seguridad de contar con la Real orden para la deposición del conde, se pensó en preparar la trampa. La Junta aceptó en principio lo que hicieran sus delegados Orteu, Torrabadella y Ferrer. Les dieron toda clase de atribuciones. Torrabadella confió en Ferrer, y éste en su hermano José, el médico. Orteu delegó sus poderes en su sobrino Mariano.

El joven Mariano Orteu representaba en aquella intriga sombría el papel de los ingratos. El conde tuvo siempre gran debilidad y simpatía por él, le hizo su ayudante y le ascendió por amistad.

Mariano Orteu y José Ferrer fueron los directores de hecho de la conjura, y Ferrer, como más inteligente y más enérgico, quedó de director único.

Ferrer y Mariano Orteu quisieron ver el sitio donde se celebraban las juntas, y visitaron, con el cura don Narciso y el canónigo Torrabadella, la casa rectoral de Aviá.

Aviá es un pueblo pequeño de unos ochenta vecinos, con la iglesia en un extremo de la aldea sobre un raso elevado que cae al campo. Esta iglesia, de aspecto moderno, tiene un campanario cuadrado que termina en los cuatro ángulos con unos remates en forma de floreros.

Adosada a la iglesia, a su lado izquierdo, se halla la casa rectoral con una puerta, y encima una galería o solana con dos arcos. Después de la rectoría sigue una tapia que limita un huerto.

El zaguán de la rectoral de Aviá, largo y no muy ancho, cogía el fondo de la casa de delante a atrás. Estaba todo enlosado y tenía el techo bajo y con bovedillas. Al final del zaguán, a la derecha, se abría una escalera de pocos peldaños; después venía un descansillo y luego partía la escalera hasta el piso primero.

La casa del rector era bastante grande, con cuartos espaciosos no muy altos de techo, con las paredes pintadas al temple, algunas adornadas con estampas grabadas de un santo o de una virgen.

Ferrer el cirujano y Mariano Ortéu recorrieron la casa, el zaguán, la ancha solana enladrillada con las arcadas grandes, el raso de la iglesia; vieron que delante de la rectoría hacia el Sur y Levante no había edificio alguno ni espectador posible; observaron que existía un pasillo con una puerta de cristales para comunicar la rectoral con el coro de la iglesia. Después estudiaron la sala donde la Junta celebraba sus sesiones.

Al llegar al vestíbulo de la casa, a mano izquierda, se abría una puerta de cuarterones de una hoja y se encontraba una sala cuadrada, donde solían quedar los escribientes y acompañantes de los vocales de la Junta los días de sesión.

Cruzando la primera sala se llegaba a otra, también cuadrada, pequeña, de unos doce a catorce pies de lado. En esta segunda sala había un balcón, y enfrente de él la puerta de cristales de una alcoba pequeña.

La alcoba tenía además de la puerta de cristales otra de escape a un pasillo, que comunicaba con el vestíbulo.

Delante del balcón que se abría a la solana estaba la mesa donde se sentaba el conde de España, dando la espalda a la luz de fuera y enfrente de la puerta de cristales de la alcoba interior.

El cirujano Ferrer y Ortéu hicieron una prueba para observar que podía verse en el fondo de ella, primero de día y luego de noche y habiendo luz en la sala. De día se veía algo a través de los cristales; de noche se advertía muy poco o casi nada de lo que hubiera dentro.

\* \* \*

Hecho el reconocimiento de la casa, Ferrer y Ortéu decidieron cómo se prendería al conde. Ortéu no quería intervenir directamente en el acto; le pesaba, sin duda, la idea de la traición. El cirujano Ferrer llamó a un amigo suyo, al estudiante Francisco Massiá, que se hacía llamar también Francisco del Pual. Massiá o Pual era, según se dijo después, el estudiante que el conde de España mandó que entrara en un regimiento un día de Navidad. Quizá esto se inventó para legitimar su encono contra el conde. Massiá era delgado, moreno, vestido de negro, de luto; de nariz larga, de mal color y de cara de pillo.

## VI

### LO QUE PENSABA EL CONDE

Todos los conjurados para la destitución del conde quedaron en aguardarle en la casa rectoral.

Se le comunicó que se esperaba a celebrar la junta ordenada por él a que el general fijase el día y la hora de la sesión como de costumbre.

Los dos hermanos Ferrer y Torrabadella se alojaron en la rectoría de Aviá, en el piso segundo, como gatos al acecho del ratón.

En Aviá no existía más fuerza armada que la de los mozos de escuadra, los cuales en número de treinta hombres formaban la escolta de la Junta. Todos aquellos mozos fueron catequizados por Torrabadella y Narciso Ferrer y quedaron comprometidos a obedecer ciegamente las órdenes de los dos clérigos.

Unos harían constantemente la guardia en la casa y otros estarían vigilando la aldea y los alrededores.

Algunos de los vocales pensaban no sería fácil reducir al conde de España, y los más decididos, como los dos Ferrer y Torrabadella, se encontraban dispuestos en último término a todo.

Estos querían tener los preparativos hechos de antemano.

No era fácil avisar y que se presentaran inmediatamente todos los vocales de la Junta, aunque algunos vivían provisionalmente en casas de campo cerca de Aviá.

Don Ignacio Andreu se alojaba en una masía llamada de Ramonet, hacia el torrente de las Boixas. Al parecer Orteu pasaba temporadas en una finca de una aldea llamada Segur, del término municipal de Veciana, en el partido de Igualada. Los demás estaban en varias casas de Aviá.

El conde de España por entonces vivía en Berga, y en su misma casa se hallaban alojados Arias Teijeiro, Labandero y varios de sus ayudantes.

El conde de España y el intendente Labandero querían conferenciar con la Junta e influir en ella para que estudiase y resolviese el modo de aumentar el material de guerra y los víveres de la tropa.

Naturalmente, después del convenio de Vergara se temía que todo el ejército constitucional del Norte cayera sobre Aragón y Cataluña para intentar así acabar la guerra.

—Pronto vamos a tener ropa negra —decía el conde de España —aludiendo al luto por las muertes que producirían los combates.

Más que la posibilidad de la ropa negra le preocupaba al conde de España el que la Junta no se doblegara obedientemente a sus órdenes.

—Yo me río de la Junta, de los curas y de los canónigos. ¡Merde! —solía decir y repetía la palabra en francés con fruición—. Yo les obligaré a los clérigos a tascar el freno.

## VII

### EL ÚLTIMO DÍA DE LIBERTAD DEL GENERAL

A las cuatro y media de la mañana del día 26 de octubre, el conde se levantó excitado en su casa de Berga; llamó a su asistente y comenzó a recorrer la casa cantando la letanía, tocando una campanilla y dando golpes con un palo en el suelo.

Llamó en el cuarto de Labandero, entró, se sentó en la cama y le dijo:

—Amigo; es muy sano levantarse temprano y disfrutar del aire de la mañana. Levántese usted, intendente. Vamos a despertar al diplomático.

El conde de España encendió un cigarro y lo tiró en seguida; estaba aquella mañana inquieto. El conde tenía pesadillas. A veces se le aparecían alrededor de la cama y en ronda las caras y las siluetas de cuantos había mandado fusilar y ahorcar en su vida. Los fusilados se le presentaban negros sobre fondo rojo, en cambio, los ahorcados se le aparecían grises y en fondo blanco.

Cuando el terror que le producían tales alucinaciones se calmaba y se convertía en broma, se levantaba a media noche y hacía de fantasma, cantando responsos irónicos, tocando la campanilla o dando golpes con un palo en las puertas de las alcobas.

A la gente que ya conocía, tales humoradas no le cogían de sorpresa.

Los hombres de carácter normal y conocido tienen una nota predominante que les da como un color. Alrededor del color intenso y predominante hay una gama de colores más tenues, y esa tonalidad y esa gama hace pensar que se conoce al personaje y suponer también cómo obrará en estas o en las otras circunstancias.

En un tipo anómalo como el conde de España no había tal. El conde reaccionaba a veces de una manera insólita y perturbadora.

\* \* \*

Era evidentemente el conde un humorista y un humorista sincero, sin afectación y sin amaneramiento.

La broma, el humorismo, es casi siempre una alusión, una exposición indirecta, incompleta, a veces enteramente deformada de una idea escondida del autor y en relación con una tendencia afectiva que busca el manifestarse y el realizarse de una manera íntegra o fragmentaria. Debajo de toda manifestación de humorismo hay un instinto de injuria, de venganza, o de erotismo, dormido, como enterrado en lo inconsciente.

Todas las bromas del conde tenían su exégesis, y los que le conocían bien, sabían buscar su explicación.

Al través de la sensatez producida por los hábitos de la educación racional y hasta racionalista salta el impulso nativo. El cínico, el sensual, el hombre cruel, se revela, muchas veces, en una distracción, en un gesto impensado y hasta en una broma.

\* \* \*

Mientras se vestía Labandero, el conde le contó un sueño de aquella noche. Había soñado que

iba subiendo por un torrente arriba, agarrándose a las piedras y a las raíces, luchando jadeante con la corriente que le empujaba hasta llegar a lo alto y ver cómo caían las aguas espumosas en una terrible catarata en el abismo.

Aquí en lo alto del torrente se interrumpió su sueño y poco después tuvo éste una continuación de cierta semejanza con el primero.

Iba a caballo por una carretera del monte, en un paisaje que le recordaba su país natal, por una senda dolorosa y triste, un Viento furioso gemía y echaba montones de piedras negras que cubrían el campo y el camino.

En las cumbres de los montes se desencadenaba una espantosa tempestad con rayos y truenos, que hacían estremecer la tierra. En esto, en medio del camino, veía un hombre muy alto vestido de cura que le interceptaba el paso. El conde inquieto, quería volver, pero se encontraba con que el camino se quedaba tan estrecho con los taludes de piedras negras, que no podía dar la vuelta en el caballo. Quería sacar la espada y atravesar al hombre vestido de cura. Imposible. No podía sacar la espada de la vaina. Entonces se decidía y saltaba del caballo, que se encabritaba y huía como loco por el monte. El volvía a pie por el camino, que se iba interceptando por momentos con las piedras negras y veía unos postes en los que no se había fijado al ir, que indicaban al viajero que el paso por allí era peligroso. Después estos postes se convertían en unas horcas de las que colgaban unos peles. Luego miraba hacia arriba y veía al hombre Vestido de cura y se acababa el sueño.

El conde daba bastante importancia a sus sueños y estaba preocupado pensando qué podría significar aquél.

Labandero supuso que significaba sencillamente que el conde tenía miedo.

Ya vestido el intendente, el conde y él fueron juntos al cuarto de Arias Teijeiro. Arias, levantado de la cama, examinaba unas hierbas.

De allí marcharon a los cuartos de los ayudantes. Algunos dormían a pierna suelta pero no tuvieron más remedio que levantarse, porque el conde empezó a darles gritos y a quitarles las mantas.

El conde con toda su comitiva marchó a la cocina y mandó al cocinero que sacara algo para beber.

—A ver —dijo— sácanos la madamita.

La madamita era una damajuana cubierta de paja y llena de aguardiente.

—Esto se llama en mi tierra matar el gusanillo —dijo Labandero.

—El que prefiera guindas en aguardiente las puede pedir —dijo el conde.

El conde parecía estar alegre y charló por los codos.

A eso de las ocho vino el asistente y dijo que había mucho público en la antesala esperando audiencia.

—¡Merde! ¡Merde! ¡Merde! —repitió el conde—; no vienen más que hacerme perder el tiempo.

A las diez el intendente Labandero entró en el salón en donde estaba el conde.

—No vamos a tener tiempo para ir a la Junta, mi general. Así que yo me voy a ir a Caserras a trabajar. Tengo mucho que hacer.

—No, no vaya usted; voy a despachar a todo el mundo y a pedir el almuerzo.

Lo hizo así; pidió el almuerzo y antes se vistió de gran uniforme.

Almorzó, fumó un cigarro y se quedó dormido.

Labandero se asomó varias veces al cuarto para ver si se despertaba.

—¿Qué? ¿vamos a Aviá? —le preguntó cuando le vio despierto.

—Ahora, no. Son las once y media; primero que ponen los caballos y llegamos a Aviá es el mediodía, hora en que nuestros colegas, como buenos canónigos, se irán a comer copiosamente. Así que dejaremos la visita para la tarde.

—¿Para qué hora? —le preguntó el intendente.

—Para las cuatro.

A pesar de fijar esta hora, a las cuatro y media mandó el conde preparar los caballos suyos y los

de la escolta y sacarlos a la calle.

—Intendente, vamos a visitar a nuestros queridos colegas de la Junta —dijo.

—Cuando usted guste, mi general —contestó Labandero.

Al llegar al recibimiento de la casa, el conde, en vez de tomar hacia la escalera, se dirigió a un balcón, desde donde contempló a la gente reunida alrededor de los caballos a la puerta de su casa, sin duda para Verle salir.

Al conde le llamó la atención entre los grupos un hombre alto, con balandrán, que denotaba ser eclesiástico.

Quizá le recordó el hombre vestido de cura que había visto en sueños la noche anterior y que le interceptaba el camino.

—Eh, usted —gritó violentamente desde el balcón—; ¿quién es usted?, ¿qué busca usted aquí?

—Señor, yo soy un monje del Monasterio de Ripoll, hermano de una pobre viuda ya de edad que tiene dos hijos, el uno sirviendo de voluntario desde el principio de la guerra y el otro a quien acaba de tocar la suerte de reemplazo y que ha ingresado también en los batallones.

—¿Y a qué viene usted aquí?

—Vengo a saber si su excelencia ha dado alguna resolución a la solicitud que he presentado en nombre de mi hermana hace días, rogándole se digne conceder la licencia absoluta a uno de sus dos hijos para que pueda continuar la labranza.

—Esos no son negocios que pertenezcan a un religioso. Váyase usted de aquí inmediatamente si no quiere usted que le meta en la cárcel.

El hombre del balandrán negro obedeció y el conde en aquel instante llamó a gritos a un cabo de mozos de escuadra y le dio la orden de seguir a aquel hombre de cerca y en el primer portal en donde se metiese que le registrara de pies a cabeza.

El cabo cumplió la orden y nada le halló.

Luego se dijo que aquel fraile de Ripoll que se presentó antes de la partida del conde, había sido mandado por Torrabadella con el objeto de que retrasara la salida del general de su casa, pues al canónigo le convenía que no llegara el conde antes del anochecer a Aviá.

Extrañado Labandero le preguntó a Arias Teijeiro:

—¿Qué le pasa al general? ¿Qué significa esto?

—No sé, pero desde hace días hace lo mismo. Antes de partir sale al balcón y observa a la gente de la calle. Parece que tiene algún temor.

Se veía que el conde estaba inquieto.

Poco después de las cinco, a la caída de la tarde, salieron de Berga con dirección a Aviá el conde y Labandero. Llevaba el conde la escolta de mozos de escuadra y de seis cosacos, mandada por Luis de Adell, y Labandero la de celadores de la Real Hacienda, con cuatro hombres y un cabo.

En el camino el conde pareció olvidar sus preocupaciones y su mal humor y fue haciendo chistes y mostrándole muy ocurrente.

Marcharon a campo traviesa, y al pasar por delante de Aviá vieron en la solana de la casa rectoral a algunos de los señores que componían la Junta.

—Allí tenemos a nuestros colegas —dijo el conde.

—Sí, señor; sin duda nos esperan —contestó Labandero.

Poco después llegaron todos a la puerta de la casa rectoral, donde se apearon.

## QUINTA PARTE

### LA EMBOSCADA

#### I

#### EN LA CASA RECTORAL DE AVIA

Al apearse el conde en la puerta de 1ª casa rectoral llamó a su ayudante don Luis Adell:

—Vaya usted con los caballos al alojamiento y vuelva usted de nuevo aquí para regresar a Berga —le dijo.

—Bien, mi general.

En todos los pueblos visitados por el conde había una casa reservada para él y su séquito.

El cabo de la escolta del intendente Labandero preguntó a su jefe:

—Nosotros, ¿qué hacemos?

—Ustedes esperen aquí a la puerta de la casa rectoral. En seguida que se termine la sesión tenemos que regresar a Caserras.

Subieron el general y el intendente las escaleras y en el recibimiento se encontraron a la mayor parte de los señores de la Junta reunidos; esperaban al conde.

Entraron en la primera sala a mano izquierda.

El conde, al pasar, se topó primero con el vicepresidente Jacinto de Orteu y con algunos vocales; le saludaron con grandes demostraciones de respeto, suplicándole tuviese la bondad de aguardar un rato para comenzar la sesión, pues algunos vocales faltaban.

Todos se manifestaron exageradamente ceremoniosos con el conde.

El conde tomó asiento en su lugar acostumbrado en la mesa, encendió un puro y se puso a fumarlo. Los vocales se colocaron por este orden: a la derecha, Vilella, Andreu y Sanz, Dalmay y Ferrer; a la izquierda, Orteu y Torradadella. Este llamó a su lado a Labandero. Entre aquellos clérigos catalanes, altos, fuertes, de aire duro, Labandero parecía un señorito insignificante.

El conde esperó unos minutos sin decir nada; luego contó los Vocales, faltaban dos.

—¿Quiénes faltan aún? —preguntó.

Le dijeron quiénes faltaban, dos canónigos, don Mateo Sampóns y don Manuel Milla.

—¿Por qué no están esos señores? —preguntó severamente.

—No han podido venir en seguida —contestó Torradadella —porque viven lejos. Desde que divisamos a su excelencia les avisamos, porque antes no teníamos ninguna noticia de que su excelencia viniera esta tarde a la Junta.

—¿Y cómo los demás estaban ustedes reunidos aquí?

—Ha sido una casualidad.

—Bueno, pues hay que esperarlos.

Se comenzó a hablar familiarmente sobre puntos de administración y de la guerra, cuando Torradadella disimuladamente dio un golpecito con los dedos en la rodilla de Labandero. Este al principio no hizo caso pero al segundo golpe se quedó mirando al canónigo, quien le hizo con los ojos una señal de que saliera.



En el mismo momento, y habiendo sido vista sin duda la señal por Ferrer, que estaba casi en frente de Labandero, le dijo:

—¿Cómo está de su cólico, señor intendente?

Labandero no había tenido cólico ni la menor novedad en su salud, y la pregunta y las señas de Torradadella le advirtieron claramente que algo reservado querían decirle.

—Estos señores no vienen aún —dijo Labandero— y salió a la sala inmediata donde acostumbraban a quedar los escribientes.

## II

### DIPLOMACIA DE CANÓNIGO

Al poco rato salió Torrabadella, cogió del brazo al intendente y llevándole a un rincón le dijo:

—Sepa usted, amigo Labandero, que tenemos la orden para la destitución del conde y que esta tarde se la vamos a comunicar.

—¿Cómo? ¿Qué me dice? ¿Cuándo ha llegado esa orden?

—Hoy llegará.

—¿Quién la va a traer? ¿Por qué conducto se ha pedido? —preguntó Labandero alterado y tembloroso.

—La Junta se la ha pedido a don Carlos.

—Pero, ¿cuándo?

—¿Se acuerda usted cuando a mediados del mes pasado la Junta acordó- hacer una exposición al Rey por las ocurrencias de Navarra y provincias Vascongadas?

—Sí.

—¿Que para esa comisión se nombró al doctor Espar?

—Sí.

—Pues bien; entonces, aprovechando tan buena ocasión hicimos todos los miembros de la Junta otra petición, bajo el juramento de no revelársela a nadie, pidiendo la destitución del conde.

—¿Y don Carlos la ha firmado?

—Sí. Y el comisionado Espar ha sido tan puntual en el desempeño de su misión que ha escrito varias veces, y últimamente lo ha hecho desde Andorra diciendo que la orden la trae, y que podemos proceder al relevo del conde en los términos que mejor parezca a la Junta, y hemos determinado comunicarle esta tarde nuestro acuerdo.

—Por Dios, don Bartolomé, miren ustedes lo que hacen, no nos expongamos a nuevos conflictos.

—No tenga usted cuidado, todo está ya dispuesto.

—¿Y quién le va a comunicar la orden de su destitución?

—Ferrer. El es el encargado de decírselo.

—Y en el caso de que no quiera obedecer, ¿qué hacen ustedes?

—En el caso de que no quiera obedecer o trate de echar mano a la espada e intente atropellar a la Junta, se ha dispuesto que Ferrer de un lado y Orteu de otro, le sujeten los brazos y entren al mismo tiempo tres o cuatro mozos de escuadra en la sala para obligarle a que cumpla con las órdenes superiores.

—Todo esto me parece muy peligroso.

—Sí; pero la orden está clara y hay que cumplirla. Después de que la destitución se efectúe, la Junta ha dispuesto que se le conduzca escoltado por una buena partida de mozos de escuadra al Valle de Andorra, para cuyo punto saldrá esta misma noche acompañado del doctor Ferrer, a quien igualmente se ha encargado de esta comisión.

Labandero se quedó pálido y absorto.

En esto salió don Narciso Ferrer, el clérigo, y Torrabadella le dijo:

—Ferrer, mire usted a este militar castellano, a quien no le asustan las balas, que tiembla como un azogado porque le he dicho que vamos a destituir al conde. Mírenos usted a nosotros, dos

clérigos catalanes, tranquilos, sin miedo.

—¡Ferrer, por Dios, obre usted con moderación! —dijo Labandero.

—No tenga usted cuidado, señor intendente. No se amilane usted.

—El conde se Va a poner como una fiera.

No es tan fiero el león como le pintan. ¡Animo y no se acobarde usted! Ahora tengo que hacer.

### III

#### LA ESTRATEGIA DEL CURA FERRER

Ferrer salió del salón y subió la escalera hasta el segundo piso. Aguardaban allí los mozos de escuadra incondicionales de la Junta. Los mandaba Francisco Lladot, alias El Caragolet. Se encontraban también agazapados en la escalera el hermano de Ferrer el cirujano, el estudiante Massiá, Mariano Orteu y otros.

—Estaos quietos aquí —dijo el cura a su gente—; cuando os avisen ocuparéis la escalera y el portal.

Todos ellos hacían frecuentes libaciones y el porrón, con vino y las copas de aguardiente pasaban de mano en mano.

Después de hacer sus advertencias, Ferrer bajó al zaguán de la rectoría donde esperaban los coraceros y mozos de escuadra que acompañaron al conde desde Berga.

—¿A ver los jefes? ¿Quiénes son los jefes? —preguntó el cura en catalán con aire de mal humor. Se presentaron dos cabos de la escolta, uno llamado Miguel Cerdá y el otro Pablo Pallarés. Ferrer, con gran seguridad, les dijo:

—De parte del conde de España dejen ustedes aquí las armas y quedan por el momento arrestados.

—¿No se puede saber por qué? —preguntó Cerdá—. Nosotros no nos consideramos culpables de la menor falta.

—Mañana les dirán el por qué.

—Está bien.

Los dos cabos de mozos de escuadra, teniendo sin duda presente el carácter extravagante del conde, obedecieron sin replicar y fueron subidos al piso segundo de la casa y encerrados allí con centinelas de vista.

Ferrer había obrado con serenidad, nadie pudo sospechar que se tratara de una ficción.

Después de esto, mandó el cura a los soldados de la escolta del conde dejasen las armas en el zaguán y pasaran a alojarse a las casas de campo de Aviá que les señaló, con orden de permanecer quietos allí hasta que se les avisara.

Los soldados obedecieron sin réplica, dejaron sus fusiles y se dividieron en dos partidas y cada una siguió la dirección de la casa que se les designó, en donde de antemano estaban tomadas medidas para vigilarlos.

Igual orden dio a los seis cosacos o coraceros, los cuales montaron a caballo y se dirigieron a otra casa de campo.

Ferrer vio que aún quedaban delante de la puerta de la rectoral formando un grupo, los cinco hombres de la escolta de Labandero, y a ellos no les dijo nada por el momento; primero, sin duda, porque como empleados de la intendencia le parecían poco militares y después porque él tenía en la casa veinte mozos para los cuales estos cinco hombres no eran obstáculo apreciable.

Desembarazado el zaguán de los soldados de la escolta del conde, Ferrer subió la escalera y ordenó a los mozos mandados por Lladot, incondicionales de la Junta, ocuparan el portal y la escalera y les dio orden de que no dejaran entrar ni salir a nadie, fuese quien fuese, excepto a los dos junteros que faltaban, los canónigos Milla y Sampóns.

Inmediatamente llevó a su hermano el cirujano, al estudiante Massiá y a otros cuatro hombres a la alcoba que daba a la sala de sesiones.

Sucedió que el conde estuvo a punto de tropezarse con ellos porque se le ocurrió ir a la cocina a tomar un refresco de agua y vino con azúcar.

Labandero, al ver salir al conde, se acercó a la puerta y quiso bajar las escaleras; pero un mozo de escuadra le dio el alto.

—¡Alto!

—¿Cómo? ¿No me conoce usted?

—Sí, señor; pero la orden es de no dejar salir a nadie.

—¿Quién ha dado esa orden?

—Don Narciso Ferrer.

Labandero volvió a entrar en la sala, se asomó al balcón y vio que los mozos de escuadra del séquito del conde se alejaban en grupos de la casa rectoral. Comprendió que Ferrer o Torradabella les habían mandado que se fueran y que el conde y él se quedaban sin defensa.

Labandero pensó entonces que si se apresuraba podía avisar al conde, llamar a la escolta para que volviese y salvar al general.

La cosa era evidente; abajo quedaban aún los cuatro hombres de la intendencia. Los soldados del general estaban aún a la Vista.

—¿Llamo o no llamo? ¿Aviso o no aviso? Labandero quiso tener un movimiento de decisión y de arrojo; pero el movimiento abortó en él.

—Sea lo que Dios quiera —dijo sentándose abatido en una silla.

#### IV

### EL CAZADOR, CAZADO

En esto llegaron a la rectoral don Mateo Sampóns y don Manuel Milla. Se comprendía por su reserva, que se hallaban al corriente de lo que pasaba.

Don Narciso Ferrer les contó lo ocurrido con detalles y avisó al conde que aún no había salido de la cocina, que ya estaban los vocales que faltaban y, por lo tanto, la Junta se hallaba completa.

El conde volvió a la sala de sesiones y dirigió una fuerte reprimenda a los dos vocales por no haberse apresurado a venir.

Después el general ocupó la silla del presidente con mucha gravedad, teniendo en frente la alcoba estrecha y a sus espaldas el balcón. Se encendieron dos candelabros con luces y el conde abrió la sesión.

Comenzó leyéndose por el secretario el acta anterior. El conde notó cierta nerviosidad, cierta inquietud y confusión en los junteros, que no supo explicarse.

—¡Bueno, señores, calma! —dijo varias Veces.

Después de leer el acta el conde comenzó a hablar acerca de las dificultades del momento y del modo de aumentar los medios y el personal del ejército.

En esto se abrió la puerta de la alcoba y aparecieron los seis hombres escondidos de antemano.

Al verlos, se levantó el conde, miró a sus compañeros de Junta, que algunos bajaban la vista y comprendió que se trataba de una emboscada. La expectación de todos era en aquel momento enorme. El conde, en vez de un momento de entereza tuvo, por el contrario, un instante de desfallecimiento.

Se dice que cuando un domador empieza a temblar al entrar en una jaula de tigres o de leones debe retirarse, pues su miedo lo notan las fieras y entonces le atacan con más violencia. El conde no podía retirarse.

Uno de los hombres que salieron de la alcoba era Ferrer, el cirujano; el otro, el estudiante, que unos llamaban Massiá y otros Francisco del Pual.

Ferrer el cirujano y el estudiante llevaban cada uno a su lado dos hombres del pueblo con barretinas rojas, armados de fusil.

Al verlos, y al mismo tiempo que el conde, se levantaron don Narciso Ferrer y don Jacinto de Orteu. Don Narciso agarró al general con la mano izquierda, y como éste quisiera desasirse le dio un golpe en la cara con la derecha; su hermano le cogió del brazo. Los hombres del pueblo apuntaron al conde con sus fusiles y el estudiante le quitó la espada. El general, medio desvanecido, cayó y quedó sentado en su sillón.

Así quedaron durante algún momento; el cirujano sacó del cinto un gran machete y lo blandió en el aire; los cuatro hombres con fusil y el estudiante Massiá, se colocaron a la espalda del conde, cerca del balcón; unos dispuestos a hacer fuego y otros a herir con el arma blanca.

Entonces el cura Ferrer, con calma y con una voz enérgica, le dijo al general:

—Excelentísimo señor. El rey, que Dios guarde, ha dispuesto que su excelencia deje el mando del Ejército del Principado y salga inmediatamente de la provincia.

Como el conde se agitaba, lo zarandearon de derecha a izquierda y lo llegaron a tirar al suelo. El conde se quiso levantar y hablar, pero se lo impidieron.

—¿Qué es esto, señores? ¿Qué modo es ese de tratar al conde? ¿Por qué no se le deja hablar? — preguntó Labandero con voz temblona.

—Si da palabra de no escandalizar, se dejará que hable —contestó Ferrer.

—Claro que la dará.

\* \* \*

El conde de España fue sentado en una silla y tardó un rato en recobrar el sentido; luego que volvió en sí pidió, con voz lastimera, un vaso de agua. Nadie le hizo caso.

Los individuos de la Junta hablaban apasionadamente y discutían lo que se debía de hacer. El intendente Labandero dijo de nuevo:

—Señores. No es esta la manera de tratar a un general. Si se le acusa de algo hay que dejarle que se explique.

—Ya he dicho que si da su palabra de honor de no vocear ni alborotar, se le dejará explicarse — contestó Ferrer—; pero sin gritos. Aquí no estamos dispuestos a que nos atropelle nadie.

El conde no hacía en aquellos momentos más que mirar con sorpresa creciente al cirujano Ferrer, armado de su machete. El elemento neutro de la Junta discutía con apasionamiento lo que se tenía que hacer.

V

SIN REMISIÓN

—¿Qué novedad es esta, señores? —dijo el conde en cuanto se serenó y le permitieron hablar—. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Ha ocurrido, que el rey, nuestro señor, ha dispuesto que deje usted el mando del ejército del Principado y que salga usted inmediatamente de la provincia —le contestó Ferrer.

—Eso es —dijeron algunos de la Junta.

—Pero, señores, ¿qué es esto? ¿A qué vienen todos estos preparativos? Si su majestad me ha depuesto del mando, yo he dado pruebas inequívocas de respeto y sumisión a su voluntad en mi larga carrera consagrada a la defensa de la religión y de la monarquía. Manden ustedes retirar a estos hombres, que no es conveniente que se enteren de lo que entre nosotros haya de tratarse.

El conde, después, contempló al cirujano Ferrer, que le seguía amenazando con su machete y le dijo, siempre ordenancista:

—¿Quién es usted señor? Retire usted esa arma que no le pertenece usar.

El cirujano Ferrer contestó con desprecio algo entre dientes, y siguió blandiendo su machete. Como la destitución del general estaba hecha,

Ferrer mandó a su hermano, al estudiante, y a los cuatro hombres con barretina que salieran de la sala. Los seis pasaron a la alcoba y desaparecieron.

\* \* \*

Mientras esto ocurría en la sala, el ayudante, Luis Adell, se presentó a la puerta de la rectoral; se le dejó llegar hasta el primer piso, se le prendió y se le hizo subir al segundo, donde permaneció arrestado con centinelas de vista, sin que supiese nada de cuanto pasaba.

El conde bebió un vaso de agua, se enjuagó repetidas veces la boca y tomando un aire de serenidad sonriente y burlona, dijo:

—Vamos, señores, ¿qué es esto?; me parece que para sainete ya basta.

—Aquí no se trata de comedias ni de sainetes —contestó don Narciso Ferrer, con violencia—, sino de que usted obedezca las órdenes del rey inmediatamente, saliendo esta misma noche para Andorra.

—Bien, muy bien —contestó el conde—; pero no creo que sea una cosa tan urgente. Yo entregaré el mando a mi sucesor, que se me diga quién es y se me muestre, de paso, la orden de don Carlos para acatarla.

Le apoyó Labandero y alguno que otro individuo de la Junta. Ahora parecía que el general iba ganando terreno y que dos o tres junteros volvían a mirarle como jefe.

Rechazó Ferrer con gran violencia la mediación de Labandero, y Torrabadella tomó la palabra, y con su frialdad habitual dijo al conde el verdadero motivo de haber mandado a Espar cerca de don Carlos para pedir su destitución.

—¿Qué motivo puede ser ese?

—El motivo —respondió Torrabadella— es que la Junta ha creído desde hace mucho tiempo que no era conveniente que usted continuase en el mando del ejército de Cataluña, por lo disgustadas que están todas las clases, no sólo por los terribles castigos que usted ha impuesto, sino por los



incendios de los pueblos de Manlleu, Ripoll, Olván y Gironella, que tantos sacrificios han hecho en favor de la causa del rey legítimo.

El conde de España notó que, tanto Torrabadella como Ferrer, le habían apeado el tratamiento y le llamaban de usted.

—¿Y quién tiene la orden de mi relevo? —preguntó el conde.

—La orden la tiene Espar en su poder, que llega mañana, y se ha resuelto que salga usted esta misma noche para el valle de Andorra, antes que publicándose la noticia de que ya no es usted el comandante general tenga usted algún disgusto por efecto de los muchos resentimientos que hay en contra suya.

\* \* \*

Al oír la explicación del canónigo, el general quedó por algunos momentos suspenso y preocupado, con una gran expresión de abatimiento.

Bien comprendía el conde que no era el cuidado de su vida lo que interesaba a los de la Junta, sino el deseo de todos de inutilizarle y de perderle. Esforzándose para dominarse, contestó con serenidad:

—Y bien señores, es preciso que yo sepa quién es mi sucesor, porque es a él a quien debo entregar el mando y no a otra persona; además, yo tengo asuntos muy interesantes de servicio que no puedo confiar a ninguna otra autoridad más que al jefe superior de nuestro Ejército.

—El sucesor de usted es el general Segarra —contestó Torrabadella— y está avisado, aunque tardará algo en llegar porque está a cuatro leguas de aquí.

—Me alegro que sea Segarra, porque es amigo, y aunque tarde algo en venir podemos esperarle todos reunidos.

El conde volvió a decir que tenía que hablar al que le sucediera de varios asuntos en interés de la causa del rey y decirle cosas muy importantes.

—La verdad es que, si es así —dijeron algunos vocales inclinados ya a ceder—, sería lo mejor esperar.

—No se puede esperar —gritó Ferrer—. Hay que prepararse y marchar. Están tomadas todas las disposiciones para que se verifique el viaje esta misma noche en dirección al valle de Andorra.

\* \* \*

En aquellos intervalos de tregua, el conde quiso conquistar a los vocales indecisos; habló al canónigo Vilella, su confesor; luego a Sampóns; llamó también a don Ignacio Andreu y Sanz, el cual había salido del salón y estaba acoquinado calentándose en la chimenea de la cocina.

Labandero indicó a Andreu que fuese a conferenciar con el general.

Andreu quería marcharse a casa y zafarse de aquella enojosa cuestión, que le desagradaba; pero al llamamiento insistente de Labandero, se levantó y entró a ver al conde.

El conde le quiso catequizar y a sus palabras Andreu contestó que él no podía hacer nada, era tarde. Era viejo, estaba enfermo y se marchaba a su masía.

Viéndose España abandonado y sin más recurso que obedecer, dijo con voz temblona:

—Yo les recuerdo a ustedes que soy un padre de familia y un anciano, y que si alguna vez he hecho mal lo he hecho con buena intención y en beneficio de la causa. Así que espero que no sean ustedes crueles conmigo.

Al oír estas palabras algunos de los individuos de la Junta se conmovieron, y el canónigo Sampóns, adelantándose a él, le cogió de la mano.

—No, mi general —dijo—, no tenga su excelencia cuidado: antes pasarán por encima de mi cadáver que tocar nadie a la persona de vuestreza.

Sampóns se ofreció a acompañarle hasta Andorra y lo mismo hizo el canónigo Vilella.

España, algo más tranquilo, dijo:

—Bueno, señores. Vamos a donde ustedes manden.

Salieron todos de la sala y precedidos por Torrabadella pasaron por el corredor que conducía de la casa rectoral a la iglesia. En la iglesia el conde se arrodilló y rezó un momento.

Ferrer había mandado abrir la puerta.

—¿Iré seguro? —preguntó el conde a Ferrer con cierta humildad.

—Yo le doy mi palabra de que no le sucederá nada.

El general suspiró. ¿Qué iba a hacer?

Así es la vida. El conde jugó muchas malas pasadas a varias personas en su larga carrera política. La emboscada a lo César Borgia en Sinigaglia, la practicó con frecuencia haciendo él de verdugo. Ahora le tocaba el ser la víctima.

## VI

### PRISIONERO

Momentos antes de la partida de todos, Labandero salió del salón y pidió un vaso de agua en la antesala.

Al verle, el hermano de Ferrer dijo, con voz amenazadora, que al intendente y a otros de la misma calaña debían tratar con iguales procedimientos que al conde.

Ferrer el cirujano, había bebido sin duda; tenía un aire de borracho, con los ojos brillantes y manchas rojas en la nariz y en la cara.

Labandero, humildemente, preguntó si podía marcharse, y el cirujano Ferrer le dijo que primero mandase a su escolta entrar en el portal de la rectoría y luego que esperara a que saliera España.

Hizo Labandero la primera recomendación y los mozos de escuadra detuvieron a la gente de la escolta al entrar en el zaguán.

Poco después salieron por la puerta de la iglesia en grupo: el conde, en compañía de don Jacinto Orteu, el canónigo Sampóns, Vilella, don Narciso Ferrer, su hermano el cirujano, el estudiante Massiá y el jefe de la escolta Francisco Lladot, el Caragolet, con dieciséis mozos de escuadra.

Montó el conde en la mula de Orteu, pues no se le quiso dejar montar a caballo por temor a que se escapara y se perdiera en la oscuridad de la noche.

Se dirigieron todos a la rectoría de Cisquer, a la que llegaron a las cuatro de la mañana.

Detrás de todos ellos, a caballo, como el alma de Judas, quizá un poco avergonzado de su papel de traidor, con el viejo general que le favoreció y le mimó, marchaba pensativo y meditabundo Mariano de Orteu.

\* \* \*

La venganza es un sentimiento humano, universal, de todas partes; pero ofrece, sin duda alguna, un matiz propio en las costas del Mediterráneo. Este mar, centro del antiguo mundo, ha tenido las razas más vivaces, más fuertes de necesidades y de apetito; de una biología más ansiosa.

El hombre del mar latino ha cultivado la venganza con un excesivo amor. La vendetta es, por excelencia, mediterránea.

En todas partes ha habido, indudablemente, piratería, venta de esclavos, comercio fraudulento, en todas partes ha existido violencia e instinto sanguinario; pero no en todas partes como en el Mediterráneo se ha podido entrar en la civilización sin dejar el lastre ancestral de crueldad, de perfidia y de barbarie.

El homo mediterráneo puede ser civilizado y bárbaro, puede conservar en una vida cotidiana, apacible, el sentimiento de la traición, de la doblez y de los celos. Esta posibilidad de sumar el salvaje con el exquisito ha caracterizado Italia.

El italiano, aun siendo rico, poderoso y artista, no ha dado la impresión del hombre noble; ha parecido siempre peligroso, sin lealtad y, últimamente, ha derivado a la cursilería. En la historia antigua y en el Renacimiento, los países latinos han dado ejemplos de crueldades y de venganzas más terribles, que extrañaban más porque se producían en sociedades ya cultivadas. Los Malatesta, los Borgias, los Cenci, los Bonaparte, se han caracterizado por esa mezcla de civilización y de barbarie, de cultura y de idiotismo ético. Esa ha sido también la característica de la política y de la

moral de Maquiavelo. Entre nosotros pasa algo semejante a los italianos. El sentido de la venganza, de la traición y de los celos, no se cultiva en el resto de España como en la orilla del mar latino. Parece que el Ebro, río de violencia y de turbulencia, se matiza de un carácter de doblez y de traición al acercarse al mar.

En todas partes se traiciona y se engaña, es evidente; pero en las orillas del mare nostrum se traiciona con deleite. Allí la traición y la venganza son un diletantismo. El hombre de temperamento bilioso abunda en las viejas tierras latinas.

En la guerra de la Independencia y en las guerras civiles, en donde el pueblo español obró por intuición y por su cuenta, sin hacer caso de la política del Estado, la gente del Mediterráneo mostró más que ninguna otra región la saña. Quizá la gente mediterránea meridional, murciana y andaluza, no se mostró tan sañuda como la septentrional; pero habría que averiguar si fue por bondad o por flojedad.

En nuestras guerras civiles todas las grandes venganzas cruentas se hicieron entre catalanes y valencianos. Los hechos atroces ocurridos en el Norte no tuvieron nunca el carácter de ferocidad de los que se desarrollaron en Levante. En el Norte obró la brutalidad, sin adorno; en el Sur y en el Este, la brutalidad adornada con la perfidia y la crueldad. Cabrera, el Serrador, Forcadell y los demás dieron la nota. Ante ellos, los Minas y los Zurbanos podían parecer bárbaros, pero no crueles.

El semita, que ha sido el dogmatizador y el moralista del Mediterráneo, ha cantado con entusiasmo la venganza: Ojo por ojo y diente por diente. El que a hierro mata a hierro muere. El que hoyo cava en él caerá, y el que aportillare el vallado, le morderá la serpiente.

La venganza ha sido de los sentimientos más agradables para las gentes del antiguo mundo que vivieron y viven alrededor del Mediterráneo.

\* \* \*

Los hombres de la Junta marcharon todos de noche escoltando al conde, gozosos por haberle dado la zancadilla. Le tenían preso, vencido, entre sus manos. No era cosa de dejarse. Así fueron todas aquellas cornejas clericales acompañando al general, saboreando su venganza, como los chicos que llevan una rata atada con una cuerda a matarla a pedradas o ahogarla en un charco.

## VII

### LOS AMIGOS DE LA JUNTA

Un momento más tarde en que el conde y su acompañamiento salieran de la iglesia, algo después de las nueve de la noche, el intendente Labandero marchaba por la puerta de la casa rectoral en dirección a Berga en compañía del visitador don Juan Figa y de un empleado de la intendencia.

Se dijo después que Labandero llevaba la comisión de apoderarse de cuantos efectos y papeles encontrase en el alojamiento del conde.

El aseguró que el mismo conde le había dado el encargo de guardarlos; pero fue lo cierto que los papeles no aparecieron, quizá los cogió alguno o se quemaron en la chimenea.

Mientras Labandero llevaba esta misión, Orteu marchó a dar la noticia a Segarra.

Las puertas de Berga se cerraban al anochecer, pero aquella noche, el gobernador de la plaza, Brujón, iniciado en la conjuración, aguardaba con impaciencia en una de las puertas abiertas el resultado del primer acto del complot.

Brujón era enemigo del conde de España por razones éticas; lo consideraba como un bruto, como un desalmado, lo dijo muchas veces y presentó su dimisión otras tantas, aunque no se la aceptaron.

Brujón se acercó inmediatamente a Labandero cuando éste entró en Berga, y le preguntó con interés lo ocurrido en Aviá.

Labandero se lo contó, y después, los dos reunidos, fueron al alojamiento del conde, donde hablaron largo rato con Arias Teijeiro.

Labandero, años después, intentó excusarse diciendo que él no sabía nada ni tenía conocimiento del complot al acompañar al conde a la rectoral de Aviá; pero era lo cierto que ya antes, cuando estuvo en Berga Marcó de Pont, intrigó y trabajó para que destituyesen al conde de España.

Si había en la conducta de Labandero un asomo de traición era más por debilidad que por otra cosa.

De estar el conde en posesión del mando, Labandero le hubiera probablemente defendido; pero viéndole exonerado y deshecho, pensaba que valía más no defenderle porque las violencias del viejo general no podían más que perjudicar al ejército y a la causa carlista.

Al terminar la conversación de los tres iniciados en el complot, eran las doce de la noche; la guarnición y los habitantes estaban entregados al sueño.

Después de la ocupación de los papeles del conde, se trató de asegurar el éxito de lo que quedaba que hacer.

Brujón dio varias órdenes antes de acostarse.

Las puertas de Berga se abrían todos los días al amanecer, después del toque de diana.

El día 27 de octubre, por orden de Brujón, permanecían todavía cerradas a las diez de la mañana y las del castillo hasta las doce.

Los vecinos del pueblo y la guarnición no sabían explicar tal novedad y supusieron que se acercaban algunas divisiones del ejército cristino.

Los batallones 7, 14 y 20, que formaban la guarnición, eran completamente adictos al conde de España.

Los conjurados temían que esos batallones adictos se sublevaran al saber las ocurrencias de la noche anterior.

\* \* \*

Para impedir reuniones y que corriese la noticia de lo sucedido en Aviá, el brigadier Brujó dio órdenes a las fuerzas de que marcharan a sitios muy lejos del pueblo: al Castillo, al fuerte de la Petita y a Nuestra Señora de Queralt.

A las diez y media de la mañana se empezaron a oír tambores fuera de Berga.

Llegaba el batallón 10, mandado por don Antonio Rius, iniciado en la conjuración, al cual se le abrieron las puertas.

Al frente de este batallón marchaba el mariscal de campo don José Segarra, jefe del Estado Mayor general del Ejército, y hasta entonces segundo del conde de España, y con él el coronel don José Pons, alias el Pep de Oli.

Habiendo entrado en Berga el batallón 10, permaneció sobre las armas, y don José Segarra se hizo reconocer comandante general del ejército de Cataluña por orden de don Carlos. El Pep de Oli le reemplazó en el destino de jefe de Estado Mayor.

Inmediatamente, se arrestó a don Juan Gómez, comandante del batallón número 7, y se destituyó al coronel Camps, a Pérez Dávila y a otros jefes como partidarios del conde. Fueron también depuestos varios oficiales, siempre en nombre de don Carlos.

Así se verificó, sin lucha, el tránsito del poder tiránico del conde de España, a la dominación no menos absoluta de la Junta.

Para prevenir toda oposición ulterior se hizo correr la voz de que al conde de España le habían sorprendido a punto de concluir una transacción con el gobierno de la Reina, por lo cual fue depuesto.

Se aseguró que se conocían las cláusulas espléndidas que estipulaba para sí y para sus favoritos el conde al convenir con el gobierno; al paso que no pedía garantías para el pueblo, ni condición alguna en favor de los eclesiásticos y de los leales defensores de la religión.

Se añadía que, al mostrarle al conde la orden por la cual se le destituía, se sometió a esta orden y que después de hacer dimisión de su autoridad en poder de la Junta, se puso en camino para Francia, llevando consigo una buena escolta.

En los días siguientes se afirmó que se había cogido la correspondencia del conde con el marqués de Miraflores y su agente en la frontera don José Oliana, y que en la correspondencia se trataba de que el conde entregase a discreción a todos los fieles defensores de la causa del trono y del altar de Cataluña, mediante una buena cantidad de dinero.

Ya todos estaban convencidos de que el conde era un traidor a la causa carlista. La mayoría de la gente no necesitaba ninguna prueba. La traición les parecía palmaria y de toda evidencia. Así se discurre en las épocas de lucha y de disturbios.

A los dos días de la destitución de España, la Junta hizo una visita general a las cárceles y soltó a la mayoría de los presos, que salieron dando gritos de ¡Abajo el despotismo! y ¡Viva la Junta!

\* \* \*

Durante algún tiempo, el odio contra el conde de España impulsó a los individuos de la junta de Berga a trabajar con entusiasmo y a unir sus esfuerzos para mejorar la administración del ejército carlista; pero el carlismo iba ya de baja: Cabrera tenía que retirarse de Aragón y se veía próximo el final de la guerra.

Después del triunfo de la Junta, que alzó a Segarra sobre el pavés, vino de nuevo la rivalidad de Segarra con otros jefes, y sobre todo con Tristany, y esta rivalidad y otras muchas hicieron que Segarra quisiera preparar un convenio con los liberales y acabara desertando del campo carlista.

No pasó mucho tiempo y los fanáticos comenzaron a echar de menos al conde de España. La multitud, siempre conservadora y tradicionalista, siente gran entusiasmo por el hombre que pega.

Claro que hay rebeldes unas veces, las menos, tipos de espíritu libre; otras, las más, pedantes aleccionados con una teoría política o social. El caso fue que pronto los carlistas catalanes reaccionaron y echaron de menos al conde y lo glorificaron; su fama de traidor era falsa, los proyectos que se le atribuyen de transacción estaban inventados por sus enemigos. España volvió a ser el prototipo del general honrado, cumplidor y severo, entre los carlistas.

## SEXTA PARTE

### LA SENDA DOLOROSA

#### I

#### HUGO Y SUSANA

La enfermedad y la muerte de la madre de Susana produjeron un gran trastorno en la masía de Las Roquetas.

Susana escribió a su marido diciéndole que fuera lo antes posible a la finca; pero Mestres, sin duda, en aquel momento, no podía salir de Berga.

La situación de Susana era a sus ojos comprometida. Vivir sola en Las Roquetas con Hugo, le parecía dar pábulo a grandes murmuraciones.

Susana mandó un emisario a su marido y Mestres contestó que iría cuando pudiera.

—¿Por qué alarmarse? —le preguntaba Hugo a Susana—. ¿Por qué le preocupa a usted la opinión de las gentes que no le conocen, a quien usted tampoco conoce y que le deben tener sin cuidado?

Susana vacilaba, cambiaba; tan pronto se sentía mujer de pueblo que se preocupa de las murmuraciones de alrededor, como pensaba que todo aquello no tenía importancia.

Con este motivo hablaron los dos largamente. —Yo quisiera que prescindiera usted de los demás y pensara en sí misma —le decía Hugo.

—¿Por qué?

—Porque no piensa usted bastante en su dicha y en su bienestar.

—Ya pienso.

—No. Es antipático que todos los brutos, los envidiosos, los canallas sepan pensar en sus intereses y no sepan hacerlo las personas buenas y de sentimientos nobles.

Hugo, que había estado rondando varios días para proponerle que se marchara con él a Inglaterra, se lo dijo con su serenidad característica.

Ella le oyó muy alarmada, sin saber qué contestarle.

Entonces él la dijo:

—Ande usted, prepárese usted y Vamos en seguida. Yo le llevaré a Kitty y a usted hasta la frontera a caballo en pocas horas. Iremos luego a Inglaterra a buscar a sus parientes, y si quiere, viviremos juntos, y si no, no; pero yo le juro no pedirle nada, no tocarle el pelo de la ropa y respetarle como si fuera mi madre.

Ella le escuchaba con los ojos llenos de lágrimas, sin saber qué decir.

—No, no —murmuró—; sería un engorro para usted. Usted tiene mujer y un hijo. No los puede usted abandonar.

En aquel momento entró Kitty, y Hugo la tomó en brazos.

—¿Querías tú venir conmigo y con tu mamá? —le preguntó Hugo.

—Sí.

—¿Aunque fuera muy lejos?

—Sí; aunque fuera muy lejos.



Susana, que escuchaba el diálogo, reaccionó y dijo a Hugo:

—Déjeme usted pensar sobre lo que me ha dicho. Vaya usted estos días a cazar, y dentro de una semana vuelva usted y le daré la contestación.

—¿Dentro de una semana?

—Sí.

—Esta semana me va a parecer un siglo.

—Sí, a mí también; pero vaya usted. Tengo que poner en claro mis sentimientos. En una cuestión así sería terrible engañarse para siempre.

Hugo prometió marcharse y volver al final de la semana.

## II

### COSTACANS

—¿Qué hacer en aquellos días? —pensó Hugo—. No tenía el espíritu tranquilo para poder escribir ni leer.

Cerca de Las Roquetas vivía un hombre, joven aún, mozo de escuadra de Berga, a quien la Junta había destituido por partidario del conde de España.

Este hombre se llamaba o le llamaban, de nombre o de apodo, Costacáns.

Al quedarse sin empleo había ido a la casa de sus padres en Oliana.

Costacáns era hombre de veintisiete a veintiocho años, de ojos claros, cara redonda, vestido con un traje de pana gris.

Costacáns conocía a Hugo por haberle visto una vez en Caserras con el conde de España y con su ayudante Adell.

Este conocimiento hizo que Costacáns se acercara a saludar a Hugo con gusto, como a un antiguo amigo.

Costacáns y Hugo charlaron largamente, y como el tema principal de conservación por entonces en toda la montaña catalana era el conde, hablaron de él.

Costacáns se mostraba admirador del general.

Había pertenecido a su escolta durante cerca de un año de corneta y vivido bajo su mando.

El conde lo trataba bien con su modo de ser cariñoso y al mismo tiempo feroz y arbitrario. Le llamaba hijo mío, le hablaba de tú, le daba golpecitos en la espalda.

Costacáns tenía cariño por el conde, y lo recordaba con gran entusiasmo.

A Costacáns le gustaba la existencia agitada del militar mucho más que la sedentaria. Le gustaba vivir a la diablo. Preparaba una paella, remendaba unos pantalones, cosía una camisa o ponía botones a un uniforme a la carrera.

Estaba dispuesto constantemente a montar a caballo, a levantarse a media noche, a hacer largas caminatas.

—Si yo hubiera estado cerca del general —le dijo a Hugo—, no le hubiera pasado nada.

—¿Qué hubiera usted hecho?

—Hubiera tocado a degüello y hubiéramos ido todos los leales a atacar a los clérigos de la Junta. Hugo veía a su amigo Costacáns la mentalidad del especialista, porque el tocar a degüello no teniendo bastantes soldados que pudiesen cumplir la orden no creía él que serviría de gran cosa.

—¿Usted qué piensa que le habrá pasado al general? —le preguntó Hugo.

—¡Ah!, yo no lo sé.

—De lo que se ha dicho, ¿qué cree usted que será más verdadero: que ha entrado en Francia o que le han matado?

—Creo más en esto último, la verdad.

—¿Que lo hayan matado?

—Sí.

—¿Y si fuéramos a averiguarlo, qué le parecería a usted?

—Quizá fuera un poco peligroso.

—¿Eso le preocuparía a usted?

—A mí, no.

—Pues si quiere usted, vamos.

—Vamos.

—Alquilaremos dos caballos e iremos a Aviá, donde prendieron al conde los de la Junta, y de Aviá seguiremos el mismo camino que ellos siguieron.

—Me parece muy bien. Habrá que andar con cuidado.

—¿Por qué?

—Porque hay bandidos.

—Tomaremos las necesarias precauciones. ¿En cuánto tiempo podríamos hacer esto? ¿En cinco o seis días?

—Una cosa así. Con una semana tendríamos bastante.

—Yo necesito estar de vuelta antes de la semana.

—Tenemos tiempo.

—¿Qué necesitaremos? ¿Unos caballos?

—Sí.

—¿Usted los podrá agenciar?

—Sí, creo que podré encontrarlos en Oliana. Caballos de regimiento que tengan bastante resistencia.

Costacáns se agenció dos caballos, y al día siguiente, por la mañana, él, en compañía de Hugo, salieron camino de Aviá, a donde llegaron al caer la tarde. Costacáns llevó a Hugo a dormir a una casa conocida por él.

Hablaron mucho en el camino del general.

—La verdad es que, fuera bueno o malo, yo las veces que le he visto no me he encontrado a su lado a disgusto —dijo Jugo.

—A todos los que le han tratado les pasaba lo mismo —añadió Costacáns.

—Había que recordar las enormidades que se decían de él para sentir antipatía por el viejo general —repuso Hugo.

Costacáns estaba de acuerdo. El conde, para él, era un viejo simpático, y el ambiente que le rodeaba, también.

### III

## EL VIAJE SINIESTRO

### LAS IMPRECACIONES DEL CONDE

A la media hora de salir la comitiva llevando al conde de España se volvió don Bartolomé Torrabadella. Vivía el canónigo por entonces en la casa rectoral, donde se hallaba encerrado Luis de Adell. Don Bartolomé entró en el cuarto del ayudante a cosa de media noche y le contó cómo se había destituido al conde y le dio seguridades de que ni a él ni al general les pasaría nada malo.

Cuatro días continuó Adell preso en el mismo cuarto del segundo piso de la rectoral de Aviá, en compañía de los cabos de mozos de escuadra Miguel Cerdá, Pablo Pallarés, de un coracero y de un criado.

Pronto llegaron a ellos los rumores de lo ocurrido; mas como no podían hacer nada, se resignaron a su suerte y se dedicaban a jugar a las cartas.

\* \* \*

En la mañana del 27, los Vocales Sampóns y Vilella dejaron la rectoría de Cisquer, entregando al general a la custodia de don Narciso Ferrer y de su hermano.

Al día siguiente, la comitiva, dirigida por los dos hermanos Ferrer, tomó la dirección de Odén. Durante el camino el conde fue hablando con el mozo de escuadra Salvador Coll.

—Si me acompaña usted hasta Andorra sin dejarme —le dijo—, cuando llegue escribiré al intendente Labandero para que le dé a usted seis duros, e igual cantidad a los demás.

El mozo de escuadra le contestó que no sabía lo que él haría; que dependería de lo que le mandaran. Durante el trayecto, el cura Ferrer abandonó la comitiva y, montando a caballo y marchando al trote largo, se dirigió a Berga y conferenció allí con los individuos de la Junta, Orteu, Sampóns y Milla.

La conferencia fue muy larga y probablemente entre ellos, y después de muchas vacilaciones, decidieron la muerte del conde.

\* \* \*

Al día siguiente de llegar a Aviá, Costacáns le presentó a Hugo a dos mozos de escuadra afectos a la Junta, el Negret y el Gallofa, que escoltaron a España hasta la rectoral de Cisquer.

El Gallofa, según lo que dijo Costacáns, había sido sacristán, era muy religioso y rezaba todas las noches el rosario con gran fervor. De aquí que la Junta le protegiera.

Hugo marchó a la casa rectoral de Aviá; la Junta la había abandonado ya como sitio de reunión, y celebraba sus sesiones en Berga.

Hugo vio la sala con su alcoba, donde le prendieron al conde; el cuarto ocupado pasajeramente por los hermanos Ferrer y el canónigo Torrabadella, y el sitio donde dormía su amigo Luis de Adell, que dejó al marcharse sobre la mesa de noche una novela de Jorge Sand, en francés, que sin duda estaba leyendo.

El Gallofa y el Negret fueron en la comitiva hasta Cisquer. Según ellos, el conde, mientras marchaba en su mula, habló mucho con el cirujano Ferrer, preguntándole detalles acerca de su profesión.

El general parecía sentir cierta curiosidad y hasta simpatía por él, a pesar de ser el cirujano el que le amenazó al prenderle.

\* \* \*

Cuando al conde le encerraron en un cuarto de la casa rectoral de Cisquer, el Gallofa, que estuvo de guardia, le oyó primero pasear de un lado a otro, después hablar y vociferar.

—¿Qué es lo que decía? —le preguntó Hugo. El Gallofa se puso a imitar las palabras del preso.

—No quisiera más que tenerle aquí a ese miserable de don Carlos para patearle las tripas —gritaba el conde paseando por el cuarto—. Después de haberle servido fielmente y expuesto mi vida por él, me entrega a mis enemigos, a estos bandidos, que no pararán hasta asesinarme. Daría mi vida por Verle muerto.

—¿Se manifestaba rabioso?

—Mucho —contestó el Gallofa—; luego se puso a vociferar: Sí, quisiera ser masón y regicida y ver cómo cortaban la cabeza a todos los reyes del mundo. Quisiera que la luna y las estrellas cayeran sobre la tierra y la incendiaran. Quisiera estar al borde de un precipicio atado con él y saber que al hundirme en el abismo le arrastraba en mi caída; quisiera que un mismo perro rabioso nos hubiera mordido a los dos y estar con él en una cueva cerrada llena de víboras.

—La desesperación del pobre general debía de ser terrible.

—El conde —siguió diciendo el Gallofa— llamaba a don Carlos ese miserable cobarde, incapaz de afecto y de gratitud. Después de algún tiempo empezó a gritar: ¡Canallas, bandidos! A pesar de que sois más jóvenes que yo, si estuviera libre os vencería y os haría morder el polvo. Luego empezó a decir: Tengo miedo de volverme loco. Hay que serenarse. Después exclamó con desesperación varias veces, levantando los brazos al cielo: ¡Ni un amigo, ni un amigo!

El Gallofa recordaba muy bien lo que había dicho el prisionero; de cuando en cuando el mozo escupía en el suelo como para expresar su disgusto. Por la mañana, el Gallofa habló con el conde antes de ponerse en camino.

El conde parece pensaba que de hallarse prisionero de un jefe militar, se hubiese podido explicar; pero entre aquella gente del pueblo se consideraba perdido.

—Sí; el pueblo es implacable —dijo Hugo—, y más para un hombre implacable como él.

El conde, según el Gallofa, suponía que le iban a matar como a González Moreno o a Sarsfield, en un arrebato de furia, los soldados.

—Y no fue así —exclamó Hugo—, porque, sin duda, le llevaban como un niño lleva atado con una cuerda al sapo o al lagarto a quien ha de acabar matando.

El haber sido derrotado y prisionero en una batalla y aun maltratado y encerrado en una jaula, como los antiguos caudillos vencidos, no le hubiese producido al conde la cólera furiosa que le ocasionaba el verse cogido por su misma gente.

—Sí; para un hombre orgulloso como él, era un final oscuro y sin gloria —dijo Hugo.

—Pero ¡qué alma la del general! —exclamó el Gallofa—. Si hubiese llevado solamente una escolta de cuatro o cinco hombres, se hubiera escapado.

—¿Cuántos eran ustedes?

—Más de veinte.

#### IV

### SIGUEN LA PISTA

—¿Y qué camino siguieron ustedes? —preguntó Hugo.

—Yo no conozco bien los caminos y veredas que hay por esa parte —contestó el Gallofa—, y además fuimos de noche. De todas maneras, tomamos el camino de Cofort, que es un barrio pequeño de Capolat, y de Cofort marchamos a la rectoría de Cisquer, en el término de Guixers.

—¿Y estuvieron ustedes en Cisquer todo el día?

—Sí; todo el día descansando desde la mañana del 27. Por la tarde del 28, el Negret y yo y otros escoltamos hasta aquí a los canónigos Vilella y Sampóns, que tenían que volver a Aviá.

Hugo consultó sus mapas para ver de seguir el mismo camino, en compañía de Costacáns.

Llevaba Hugo dos mapas; uno de Cataluña, de Tomás López, y otro de España hecho por Mentelle y Chanlaire, publicado en Londres en 1808 por John Stockdale de Piccadilly, para uso de las fuerzas inglesas que iban a operar en la península. Ninguno de los dos mapas tenía exactitud en las distancias. Hugo pensó que el conde y su escolta debieron de pasar por la frontera de las provincias de Barcelona y Lérida, entre Llinas y Curriá.

Cisquer está casi en la misma frontera de las dos provincias, en la orilla del Cardoner.

Después debieron pasar por debajo de San Lorenzo de Piteus a Odén, y de Odén subieron un poco a coger el arroyo de Perles o de Canelles, que baja a desaguar en el Segre, entre el puente de Espiá y Coll de Nargó.

## V

### EL VIAJE SINIESTRO

#### LA RECTORÍA DE CISQUER

Costacáns y Hugo hicieron el mismo viaje que el conde. Estaba lloviendo, llegaron a Cisquer y se detuvieron en la casa rectoral. No tenía ésta nada de curioso ni de interesante. El cura no vivía en ella por entonces, y la mujer que cuidaba la casa, al parecer, no estaba enterada de lo ocurrido.

Se alojaron Hugo y Costacáns en una posada. Era esta posada, pequeña, mísera, con un aire sospechoso y poco tranquilizador. Las ventanas que tenían eran estrechas y alguna estaba cerrada. Delante de la puerta había un gran charco. Entraron en la cocina. Había allí una mujer y un chico medio mendigos. Iba la mujer a buscar a su hombre, que se lo habían llevado los carlistas. El chico era pálido y triste; la mujer tenía los ojos negros y vestía pobremente. El chico, quizá febril, no hacía más que hablar de una manera agitada y nerviosa.

—Vamos, cállate —le dijo la madre—. Si no van a venir los duendes.

El chico, espantado, comenzó a gritar:

—No hay duendes. Es mentira. No hay duendes. Hugo le dijo:

—Tienes razón: no hay duendes.

—Pero si sigues hablando, esos hombres negros que han llevado al conde de España, te llevarán a ti —añadió la madre.

El chico se calló.

La mujer contó en catalán muchas miserias y tristezas de su vida: le habían llevado al marido, un hijo se le había muerto y tenía una hija enferma.

Costacáns habló con el posadero que había dado de comer al conde y a su escolta cuando estuvieron en la aldea.

El posadero contó que al pasar el general, don Narciso Ferrer escribió una carta a Torrabadella, que él vio, en la que le hablaba de lo que hacía Francisco.

El supuso si Francisco sería el conde de España.

El posadero contó también que los dos Ferrer enviaron a un mozo de escuadra llamado Ramón Circuns, a Berga a comprar un traje de aldeano para el conde, a fin de que no fuese conocido con el uniforme de general, por si alguien lo veía.

El traje que compró Circuns en Berga consistía en chaqueta, chaleco y pantalón de paño oscuro, todo tan viejo, que, según la cuenta que presentó luego Ferrer, costó a la Junta veintiséis pesetas.

Cuando le mostraron al conde este traje en el zaguán de la rectoral de Cisquer, se negó terminantemente a ponérselo. El cura Ferrer le dijo que tenía que ponérselo para evitar una desgracia por la irritación del pueblo contra él. El conde contestó que no le viniera con hipocresías. En esto se presentó el cirujano y mandó a dos mozos de escuadra con una voz imperiosa que, bajo pena de la vida, le quitaran el uniforme.

Ferrer era un psicólogo, conocía el pueblo; comprendía que el conde de España, vestido de general, podía influir entre la gente si alguien le veía; en cambio, un pobre viejo vestido pobremente como un mendigo, no podía parecer más que un pelele.

El general se refugió en la cocina. Le volvieron a mandar que se vistiese el raído traje de aldeano, y como no quería, lucharon con él.

Cuando entró Ferrer con seis mozos de escuadra encontró al conde de pie con los calzones

encarnados caídos,- la casaca de general puesta y los brazos cruzados, para evitar que se la quitaran.

—Nadie me podrá despojar de esta ropa que el rey me ha dado —gritaba el conde.

—Si el rey le ha dado a usted esa ropa, el rey se la quita —le contestó Ferrer.

Los mozos, en vista de la resistencia del general, estaban vacilantes.

—O le desnudáis u os fusilo —gritó Ferrer.

Al ver al cirujano y a los seis mozos de escuadra que se abalanzaban a él dispuestos a quitarle el uniforme por la fuerza, el viejo cedió y exclamó:

—¡Alto! Soy vuestro. Quitadme el traje. Me entrego. Nuestro Divino Redentor fue desnudado y escarnecido. ¿Yo qué soy a su lado? Si mis culpas han hecho que sea castigado, castigadme. Ahí tenéis mi casaca; ahora os daré los pantalones. Tomad el tricornio, arrancadle el plumero y los galones. No soy nada, no quiero ser nada.

El general, humilde, se quitó las prendas del uniforme y se fue poniendo el miserable traje de aldeano.

El conde, al verse con aquel humillante traje, se miró las piernas, se contempló varias veces en un espejo pequeño y suspiró y se vio completamente perdido.

Despojado el conde de su uniforme y de cuanto tenía, salió de la casa rectoral de Cisquer cubriendo su cabeza el sombrero de general desguarnecido de todos sus adornos. Así estaba más miserable y más grotesco.

Algunos chicos, al verle, sin duda porque lo habían oído a los mozos de escuadra, comenzaron a gritar:

—¡Avi! ¡Trencacaps!

El conde de España les echó una mirada triste y no dijo nada. En el camino de Cisquer a Odén el conde se encontró con un mendigo ciego.

El mendigo se acercó a ellos con unos papeles en la mano. Los ofreció y después comenzó a recitar los gozos de San Vicente, Sabina y Cristeta, que eran los santos del día:

De peste, fam i de guerra,  
de pedra i de tempestats,  
de discordies y pecats  
garden tots la nostra terra.

El conde le escuchó, le dio una moneda y le preguntó de dónde venía. El mendigo le dijo que venía del Maestrazgo.

Los de la escolta dejaron hablar al general con aquel pordiosero.

Al despedirse de él, el conde le dijo:

—Dame tu bendición, hermano. Soy más desgraciado que tú.

El mendigo viejo, asombrado, levantó la mano y bendijo al general.



## VI

### EL VIAJE SINIESTRO

#### EL CALL DE ODEN

De Cisquer, pasando cerca de San Lorenzo de Piteus, fueron a Odén, y aquí el conde y su comitiva se alojaron, por orden de Ferrer, en la casa llamada el Call, a donde llegaron el 28 por la mañana.

Iban casi en línea recta desde Aviá al Segre, bordeando la sierra de Tosalts.

Odén es un pueblo pequeño colocado en la falda de un monte alto. Se halla cerca de un riachuelo torrencial en invierno, y seco en verano. En las montañas próximas hay pinares, pastos y boscajes de espinos y carrascas.

Cerca del pueblo, a un cuarto de hora del exiguo caserío, está la casa del Call.

La casa del Call es una casona grande, vieja, con dos o tres tejavanas adosadas a ella y colocada en una campa desolada, al lado de un arroyo que corre entre grandes peñascos.

Tenía esta casa, solitaria y misteriosa, habitaciones grandes y tristes pintadas al temple y encaladas, y una antigua capilla.

\* \* \*

En el Call de Odén, Constacáns interrogó a un muchacho que se había dado cuenta de lo ocurrido mientras estuvo el conde.

El muchacho contó que el general venía con aire enfurruñado y de mal humor.

El conde se quejó amargamente de que le picaba el cuerpo; dijo que debía tener piojos y quiso bañarse.

La pretensión exasperó a los mozos de escuadra, que fueron a traer el agua de una fuente y de un pozo bastante lejanos.

El conde se bañó en agua fría, en un corral, y se tuvo que secar con un trapo como pudo.

El detalle del baño hizo que los mozos de escuadra le trataran con más dureza.

—El conde cree que somos criados suyos —decía uno.

—El nene necesita agua —añadía otro.

—Se habrá ensuciado en los pantalones de miedo.

—Trencacaps tiene que lavarse el trasero.

—Es que tiene almorranas.

—Que se limpie con una piedra.

El detalle del baño provocó en los mozos de escuadra una serie de chistes y frases ofensivas contra el conde, algunas amenazadoras.

Cuando volvió el general de bañarse, comenzaron de nuevo las bromas:

—Aquí está el Nene.

—El del baño.

—Lo mejor sería darle un golpe en la cabeza y acabar con él. Con nosotros no se tienen esas consideraciones.

—Es que nosotros somos del pueblo. El es aristócrata, pariente de reyes y de emperadores.

—Todos tenemos la misma sangre, lo mismo los ricos que los pobres.

—Pusieron una mesa y dieron de comer al general un pedazo de chorizo, un trozo de queso, pan y un vaso de vino.

El conde comprendía que aquellos hombres iban tomando hacia él una actitud cada vez más hostil.

—Comprendo que me engañan —decía hablando solo— y que nadie ha de tener compasión de mí. Tratan de asesinarme. Lo veo en los ojos que me miran. Me matarán sin piedad.

\* \* \*

El 28 se prepararon a pasar el día en el Call de Odén. Después de dar de cenar al prisionero, lo encerrarán. El conde murmuró varias veces:

—Está visto: se me quiere asesinar en algún rincón.

Sus verdugos le aseguraron que no, que marchaban hacia la Seo de Urgel.

A todos los de la escolta les chocaba que el general se mostrara muy atento con el cirujano Ferrer, a pesar de que podía notar que éste era de los más crueles con él.

Ya de noche, el mismo día 28, se presentó en el Call de Odén el mozo de escuadra Juan Capellas con un paquete que en Aviá le había entregado Torrabadella con cien duros, una capa de paño, una bota, una caja de cigarros, tres libras de chocolate y dos maletas de ropa, que la Junta acordó remitir al donde y que se condujo en un macho montado por Capellas.

Ferrer tomó el dinero y los objetos; parte de ellos se los entregó al general, y parte se los guardó para más adelante.

Poco después de la llegada del mozo Capellas se presentaron quince soldados más. La Junta había dispuesto que se reforzara la escolta del conde.

A la una de la tarde del día siguiente se dejó la casa del Call de Odén y se continuó la marcha, dirigiéndose el conde de España con el cirujano Ferrer, el cabo Lladot y la escolta, que ya era de cerca de cuarenta hombres, por la bajada de Cambrils a la Casa de Pujol, término de Coll de Nargó, donde llegaron a las ocho de la noche.

## VII

### SILENCIO

—Estos mozos de escuadra —pensó Hugo al saber que maltrataban al viejo general— no tenían ningún agravio que vengar del conde de España, no les había hecho ningún daño, ellos le hubieran obedecido ciegamente hacía quince días, le hubieran respetado, y ahora, viéndole prisionero entre sus manos le iban odiando cada vez más. Ya no le llamaban el Avi, Cabeza Blanca ni Trencacaps; ahora le llamaban con ironía el Estudiante, el Nene, el Ninot.

Algunos aldeanos, cuando vieron a aquel viejo de cabeza blanca con su sombrero de general sin adornos y su traje raído, entre bayonetas, se dijeron en voz baja unos a otros quién era; pero el prestigio popular del conde se había venido por entonces abajo, y aún pudiendo hacer algo por él, probablemente no lo hubieran hecho.

En la venganza del pueblo y de la Junta contra el conde de España todo el mundo fue colaborador, unos por acción, otros por omisión. Nadie quiso impedir el fin; se dejó que la venganza se realizase sin oponer la menor dificultad.

Tampoco después de desaparecido el conde se pretendió averiguar lo ocurrido con él. No se tuvo el menor interés en saber la verdad.

El gusto de la verdad, la pasión por el conocimiento lo tienen a veces los individuos, pero nunca el pueblo y menos el pueblo pobre.

Hacía un año próximamente que toda la comarca de la montaña tenía al conde por un adalid, por el mejor defensor del altar y del trono. Era un catalán, uno de ellos; ahora ya era un traidor, un extranjero y no valía la pena de ocuparse de él ni saber si vivía o estaba muerto.

Seguramente, pensó Hugo, en Inglaterra, tierra de libertad política, se hubieran destacado periodistas, curiosos, individuos aislados a tomar como misión el averiguar qué había ocurrido con el conde; pero España era un país de otra clase, y la gente tenía el gusto de oscurecer, de tapar, de impedir que se averiguase nada. Es lo que notaba Hugo cuando hablaba con unos y con otros.

—¿Para qué averiguar lo que ha pasado? ¿Qué importa? Eso no nos puede traer más que muchas desgracias y ninguna ventaja —pensaba la gente.

## VIII

### EL VIAJE SINIESTRO

#### PUJOL DE SEGRE Y LA MASÍA DE CASELLAS

El día 29 salieron por la tarde el conde y su escolta de Call de Odén, pasaron por la bajada de Cambrils hacia la casa de Pujol de Segre.

Cambrils está a muy poca distancia de Odén; los dos lugares cuentan cada uno con una docena de casas y una iglesia muy pequeña y muy pobre.

El monte de Cambrils, continuación de la cordillera del Comte, es abrupto, tiene malos caminos y dos arroyos que luego se reúnen y van a la riera de Oden.

La comitiva, con su preso, tomó una senda próxima al arroyo de Canelles, que de los alrededores de Aliñá y de Llovera, las últimas estribaciones de la sierra del Porte del Comte, va al río Segre.

Descansaron todos en una masía de Pujol del Segre, masía frente por frente de Coll de Nargó, asentada en una ladera, sobre una altura.

\* \* \*

Costacáns no pudo averiguar nada de lo pasado con el conde ni hacer hablar a los de la casa. Únicamente supo que el preso y su escolta llegaron allí el día 29 y que descansaron el 30.

Unos aldeanos dijeron que vieron al general a pie, con las manos atadas con una cuerda larga y que al extremo de la cuerda se hallaba un mozo de escuadra. Marchaban todos, según los aldeanos, a la masía de Fontanes, cerca de Orgañá; pero la noticia no debía ser cierta.

Probablemente le habían confundido con algún otro preso.

\* \* \*

Al anochecer del día 30, Ferrer anunció al conde que se le conduciría a Francia y se le dejaría libre.

Quiso el cura, asimismo, darle una especie de satisfacción, manifestándole que los movimientos que habían hecho tenían por objeto evitar el encuentro de unas columnas de tropas cristinas, de Urgel, que recorrían los alrededores. Ellos, según el cura, aguardaban la protección de una buena escolta para llegar con seguridad a la frontera.

Un rayo de esperanza penetró en el ánimo del desgraciado preso, y se reanimó su semblante abatido.

Salió el conde de Pujol de Segre, al anochecer, con buen ánimo, y lo llevaron, retrocediendo en el camino, a la casa de campo de Casellas. Antes de llegar a esta masía, distante un cuarto de hora de Orgañá, se detuvo la comitiva. Eran las ocho de la noche.

Entraron cuatro mozos de escuadra en la masía de Casellas, y exigieron el mejor cuarto de la casa. Luego encerraron en la cocina al patrón, a su familia y a sus criados; apagaron la luz y la lumbre y sacaron antes el candil encendido, para que no vieran a quién se introducía.

El mozo de escuadra que hacía de jefe de la patrulla, dijo después:

—Y todo el mundo chitón. El que proteste será fusilado sobre la marcha.

Nadie dijo esta boca es mía.

A las diez de la noche entraron los demás mozos de escuadra con el conde, a quien llevaron a un cuarto destinado a los huéspedes.

Después de encerrado el preso, abrieron la cocina, encendieron la lumbre y el candil, hicieron levantar a las mujeres de la casa, que estaban acostadas, para hacer la comida.

Ni en aquella noche ni en los días sucesivos la gente de la masía supo quién era el que se hallaba encerrado en el cuarto. El conde estuvo vigilado por seis mozos que se relevaban; los demás quedaban en la cocina.

\* \* \*

El general creyó que en esta casa de campo iban a detenerse un momento y se encontró sorprendido al ver que pasaba un día y otro.

—¿Por qué no se sigue adelante? —preguntó a uno de los mozos de escuadra, con aire altivo, de mando.

—Yo qué sé —contestó brutalmente el mozo.

La ligera esperanza que alentó momentáneamente en el corazón del prisionero, se convirtió en una rabia desesperada y prorrumpió en las más violentas injurias contra los que le guardaban.

Los mozos de escuadra contestaron primero a los insultos en broma, luego cada vez con más rabia y más mala intención.

Le llamaban a cada paso asesino, cobarde, trencacaps, valiente para pegar a las mujeres y otros insultos parecidos.

La impertinencia y la grosería de sus guardias exacerbaron de tal manera al conde que, preso de una furia frenética, comenzó no sólo a insultos sino a puñetazos con ellos.

El viejo estaba como loco. Los guardianes llenos de cólera se echaron sobre él, le golpearon, le arrastraron a un aposento y quisieron atarle con una soga.

El conde tenía sesenta y cuatro años cumplidos; ni su edad, ni los sufrimientos de aquellos días, abatieron sus fuerzas físicas, antes al contrario, parecían aumentar hasta tal punto por efecto de la desesperación, que entre el cirujano Ferrer y seis mozos de escuadra de los más robustos apenas bastaban para sujetarle.

El viejo golpeaba con los pies y con las manos; arañaba, escupía y mordía; en fin, sucumbió y se le ataron los brazos y las piernas y se le dejó en una silla.

En aquella terrible situación pasó el general toda la noche y todo el día siguiente: vomitando injurias contra sus verdugos, los cuales se vengaban a su sabor escupiéndole a la cara y pegándole puntapiés.

—¡Traidores, gente miserable! —gritaba el conde—. Estas son vuestras hazañas. Maltratar a un viejo, a quien hace unos días hubiérais lamido los pies. ¡Perros! ¡Sarnosos!

—¿Qué has hecho tú? —le decían ellos—. Cobarde. Matar a los que no podían defenderse.

El conde se agitaba loco de furor y con la boca llena de espuma.

Después, de repente, se calmó y pidió que le desataran.

Los mozos de escuadra, viéndole tranquilo, le desataron.

\* \* \*

De pronto, el viejo se arrodilló en el suelo y reuniendo las manos en actitud de orar, exclamó:

—¡Dios mío, te doy las gracias porque me has hecho sufrir esta humillación! Podrida de orgullo y de vanidad mi alma estaba enferma y ha sanado con tu castigo. Todo lo sufriré con paciencia. Señor, yo he pecado; he cometido iniquidades. Tengo la angustia en el espíritu y el amargor en la

boca. ¡Señor! ¡Señor! ¡Mátame! ¡Hazme pedazos! ¡Quebrántame! No soy más que como la hoja seca, arrebatada por el viento. ¡Echa cenizas sobre mi carne y sobre mis cabellos blancos! He pecado, he mentido. Necesito un escarmiento, un castigo terrible y doloroso...

El conde siguió hablando así. Los mozos de escuadra le oían con sorpresa y con espanto. Uno de ellos, acercándose y poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

—Tranquilícese usted, mi general.

—Gracias, hijo mío —dijo el conde y se levantó con serenidad.

\* \* \*

En el tiempo en que permaneció el conde de España en la masía de Casellas, Ferrer fue varias veces a Orgañá. Quería entregar al conde al Ros de Eroles o a Miguel Pons, el hermano del Pep de Oli, pensando que alguno de ellos se encargaría de matarlo.

Tanto el Ros de Eroles, como los hermanos del Pep, eran de los que tenían más influencias y conocimientos por aquella parte de las orillas del Segre y odiaban cordialmente al conde.

Ferrer suponía que, al último, alguno de estos se encargaría de dar la puntilla al viejo general. Después, al volver de Orgañá, Ferrer entraba a hablar con el conde, y se entretenía diciéndole mentiras y burlándose de él.

Los que guardaban al conde decían en la casa que custodiaban a un estudiante que pronto cantaríamisa.

Así permaneció el conde de España hasta el día 2 de noviembre.

## IX

### JUNTA DE RABADANES

El cura Ferrer con el estudiante Massiá, que llevaba a todas horas la espada del conde, y algunos mozos de escuadra, se dirigieron, mientras el general renegaba y rezaba en su prisión, a la villa de Orgañá, a la que llegaron a la caída de la tarde; dirigiéndose Ferrer inmediatamente a casa del brigadier Porredón, el Ros de Eroles.

El Ros de Eroles no sabía que el conde estuviera ya preso y que se encontrara a poca distancia de Orgañá. El Ros envió al saber la noticia a su ayudante, el alférez Manuel Solana, a buscar al alcalde mayor don Francisco Riu, vocal de la Junta corregimental de la Seo. Solana y Riu volvieron pronto a la casa del Ros.

Solana salió después en busca de otro vocal y se encerraron en el cuarto del brigadier.

El presbítero Ferrer cenó en compañía del Ros de Eroles y fue a dormir a casa de un tal Espart (alias Botafox), donde se hallaba alojado el comandante del cuarto batallón Miguel Pons, hermano del Pep de Oli.

Al día siguiente, el Ros, Ferrer y Solana llamaron al brigadier Prats, jefe de la compañía de oficiales, le dieron parte de que el conde se hallaba preso en Casellas y de que pensaban matarlo.

Inmediatamente Prats se dirigió a casa del Ros de Eroles y en la galería de ésta encontró primero a Varios oficiales y luego al mismo Ros, que salía de su cuarto en compañía del cura Ferrer.

Todos reunidos en gran asamblea discutieron el caso. Asistieron a la reunión Miguel y Antonio Pons, hermanos del Pep de Oli; el Ros de Eroles; Mariano Orteu, que detrás de la comitiva había llegado a Orgañá; el brigadier Prats; el doctor Perles; el estudiante Massiá y los dos Ferrer.

De todos ellos, los más interesantes eran los dos Ferrer, por su furor vengativo y el doctor Perles, hombre delgado, flaco, con aire de judío sabio, barba negra, rala, piel cobriza y anteojos.

Narciso Ferrer dio cuenta del oficio de la destitución del conde y de lo ocurrido en Aviá. Todos convinieron en que España, como traidor, cruel e incendiario, que quería entregar a los enemigos Cataluña entera después de destruida, merecía la pena de muerte. Muchos afirmaron que, aunque le quitasen mil vidas, no pagaba el daño hecho por él.

El Ros de Eroles tenía contra el conde un odio antiguo; Antonio y Miguel Pons recogieron de su hermano, el Pep de Oli, la antipatía contra el conde de España. Los dos Ferrer eran frenéticos e iracundos, y Mariano de Orteu, el ex ayudante del general, necesitaba, para legitimar su traición, ennegrer todo lo posible la figura de su antiguo jefe y conseguir de esta manera que su conducta no pareciese excesivamente villana.

La reunión iba a llevar a la práctica el refrán castellano que dice: «Junta de rabadanes, oveja muerta».

## X

### LOS MATADORES

Ya decidida la muerte del conde por todos los reunidos, el presbítero Ferrer preguntó al Ros de Eroles, en confianza, quién se podía encargar de matar al conde.

El Ros de Eroles vivía en Oliana y conocía a la gente del país, sobre todo a la gente maleante de quien se podía echar mano para una faena de aquella especie.

El Ros de Eroles, después de pensarlo mucho eligió, como los más propios para la obra, al capitán Pedro Baltá, al subteniente Antonio Morera y a su ayudante Solana.

Pedro Baltá era un jugador, un aventurero. Salió del seminario en la juventud para tomar parte en la guerra, cometió varias estafas y como oficial se mostró perezoso, indisciplinado y faltón.

Baltá estaba procesado y amenazado con la expulsión del ejército carlista. Ya no podía enmendarse.

Baltá, calavera, perdido, hombre de mala intención, irritado por sus fracasos, se sentía un cínico y se hallaba dispuesto a arrimar el hombro a cualquier fechoría que le indicasen por el gusto de hacer daño.

Baltá era alto, de ojos claros, pelo rojizo, corpulento, con tendencia a la obesidad, con una hermosa dentadura. Tendría más de treinta años. Se manifestaba ocurrente, amigo de hacer chistes.

Probablemente, en tiempo de paz, Baltá hubiera llegado a ser un señor tranquilo; la guerra le sacaba de quicio. Hombre de recursos feraces, sin escrúpulos, no se paraba en barras. No tenía una fuerza como el Ros de Eroles o el Pep de Oli para destacarse. Ya desmoralizado como estaba, todo le daba lo mismo.

Respecto al conde de España, el jugar una mala pasada a un general severo, ordenancista y, además francés, le parecía una broma divertida.

El subteniente Solana era un hombre joven, delgado, seco, de aire serio y malhumorado, ordenancista, insignificante; decidido a hacer lo que le mandasen sin saber ni pensar si las órdenes estaban bien o mal ni ponerse la cuestión ante los ojos.

Antonio Morera, joven, amigo de Baltá, juerguista y borracho, admiraba las decisiones del capitán y la feracidad de sus recursos.

El Ros de Eroles hizo promesas a los tres forajidos. Se sobreseería el proceso de Baltá y se le ascendería a Solana y a Morera. Los cien duros que había enviado Torrabadella para el conde se repartirían entre los tres y les darían más tarde otros cien duros.

\* \* \*

Tuvieron los fraguadores del acto próximo a consumarse una última reunión, una noche en casa del Ros de Eroles.

En aquella reunión quedó acordado que Baltá y Morera salieran de Orgañá a las ocho de la noche, dirigiéndose a los puentes del Segre, situados a tres cuartos de legua de la población, donde se colocarían en acecho. Al pasar el general preso bajo la custodia de sus guardianes, se echarían sobre él.

Baltá, Morera y Solana cogerían al conde, lo matarían, lo desnudarían, le atarían de pies y de manos y lo echarían al río.



Era ya un rumor público el conato de asesinar al conde, lo sabía todo el mundo; debía también saberlo la Junta. Seguramente la noticia había llegado a Berga. Sin embargo, la Junta no hizo gestión alguna para salvar al preso, que pasó tres días encerrado en la casa de Casellas.

Lo mismo que la Junta, las autoridades carlistas, Serra, Prats y Riu dejaron hacer y algunos ayudaron a la perpetración del crimen.

El día primero de noviembre, el cura Ferrer salió de Orgañá, por la mañana, acompañado del mozo vidal y en Casellas llamó a José Canet, jefe de una partida de mozos de escuadra.

—Vas a ir con tu gente al pueblo de Pons, distante cinco horas de Orgañá —le dijo— y allí os sostendréis por lo menos tres días, aunque vayan los cristinos.

—¿Y si van?

—Si Van os encerráis en el pueblo y haréis fuego hasta morir. ¿Está entendido?

—Sí.

Marchó la partida, formada de treinta y tantos hombres y quedaron con el conde el cabo Francisco Lladot, el asistente Sebastián Rivas, el cirujano Ferrer, domingo Sala, arriero, paisano, al servicio de una brigada y cinco mozos de escuadra.

El día dos de noviembre, a las seis y media de la tarde, el conde cenó, por última vez en Casellas.

## XI

### ÚLTIMOS PREPARATIVOS

El capitán Baltá se encontró en una calle de Orgañá, al anochecer, con el cura Ferrer.

—¿Está usted preparado? —le preguntó el cura.

—No hay que hacer muchos preparativos. —contestó Baltá, riendo.

—No vaya usted a volverse atrás.

—Yo no me vuelvo atrás nunca.

—Hay que matarlo —dijo Ferrer con aire reconcentrado —es orden de la Junta y orden de justicia, pues es traidor y quiere perdernos a todos.

—Se le matará. ¿Están avisados Morera y Solana?

—Sí.

Dirigióse entonces Baltá a la casa de Espart (Botafox), en la cual se alojaba Ferrer y donde se reunieron Morera y Solana, acordando con el cura que Baltá y Morera saldrían de ocho a nueve de la noche al primer puente del río Segre, que distaba aproximadamente una hora de Orgañá. Allí esperarían al conde, le sorprenderían, le matarían y después de despojarle de sus ropas le atarían de pies y manos, le pondrían una piedra al cuello y lo arrojarían al río.

\* \* \*

Al salir de casa de Botafox, al anochecer, se halló Baltá con el cura don José Rosell, que estaba ya enterado de la muerte que se proyectaba aquella noche.

—¡Qué lástima, matar a un hombre sin confesión! —dijo el cura—. Si quieren, yo le confesaré y que haga un escrito.

El cura don José Rosell, carlista fanático, era uno que había llevado varias cartas de Aviraneta desde Pau a la Junta de Berga, cartas en que se sembraban sospechas de traición con respecto al conde de España.

De saber que sirvió de instrumento en manos de un intrigante liberal, se hubiera desesperado.

A las siete de la noche se reunieron Morera y Baltá y poco después fueron a decir a Ferrer que marchaban hacia los Tres Ponts y le preguntaron cómo habían de volver a entrar.

El Ros de Eroles y el presbítero Ferrer bajaron de la casa a la calle y Ferrer dio a Baltá una cuerda gruesa, que Baltá entregó a Morera para que la llevase.

Les advirtió el Ros de Eroles que cuando volviesen dijeran a los centinelas de guardia que venían de divertirse. Estos centinelas eran oficiales y no se constituía la guardia hasta después de que se cerraban las puertas, lo que se hacía entre nueve y diez de la noche.

Las llaves de las puertas las guardaba siempre el comandante de armas Antonio Serra; pero aquella noche y la anterior se las pidió el brigadier Porredón, el Ros de Eroles, porque él tenía la idea de salir también del pueblo.

Baltá y Morera partieron de Orgañá para el sitio indicado adonde iba a ser conducido el conde por Solana, después de las nueve de la noche. Baltá iba incomodado.

—Entre conferencias e historias no nos han dejado cenar —murmuró varias veces.

—Cenaremos después —contestó Solana.

—Yo he encargado la cena en un figón. Esperaré hasta las nueve y media, lo más. Si no lo traen a esta hora, me vuelvo. Que lo mate Dios al conde con estas piedras.

\* \* \*

Al parecer, poco tiempo después que Baltá y Solana salieran de Orgañá, el Ros de Eroles, uno de los hermanos del Pep de Oli y Mariano Orteu hicieron lo mismo. El objeto de ellos al ir a la garganta de los Tres Pons era observar si Baltá y Morera cumplían su misión. De este modo, los homicidas iban a ser espiados por el grupo del Ros de Eroles y el de Ferrer.

A media tarde, el cura Ferrer mandó a Massiá que marchase a Casellas, que entretuviera al conde y le esperara allí. Ferrer iría de ocho a nueve de la noche a la casa, y si no había necesidad no entraría.

## XII

### VISITAN AL CONDE

El estudiante Massiá encontró a don Polino en una calle de Orgañá, con su bastón y su perro.

—¿Quiere usted venir a ver al conde de España? —le preguntó.

—¿El conde de España está aquí?

—Sí, lo hemos destituido y preso, y lo vamos a llevar a Francia.

A don Polino le pareció muy mal la destitución, porque creía que el general era uno de los pilares más firmes del altar y del trono.

—¿Qué quiere usted? La justicia tiene sus exigencias —dijo Massiá.

Don Polino aceptó con gusto la idea de visitar al conde y acompañó al estudiante. El mozo Mariano Piquer puso algunos reparos a la entrada de don Polín; pero, al último, lo dejó pasar. Encontraron al general en un cuarto encalado de la masía, rodeado de cuatro mozos de escuadra que habían quedado y que le vigilaban constantemente.

El general estaba sombrío y de aire tétrico. Massiá le presentó a don Polino. El general lo recordó por haberle visto en Caserras.

—¿Qué hace usted? —le preguntó—. Yo, ya ve usted, estoy preso. ¿Y usted, está libre?

—Yo, sí.

—En este país no se hace caso de las gentes originales —dijo el conde, con humor.

—Es verdad.

—¿Y usted, sigue creyendo en su sistema?

—No siempre —contestó don Polín.

—¿Y a qué se dedica usted ahora?

—Estudio.

—¿Qué estudia usted?

—¡Hay tantas cosas que estudiar! —repuso don Polino—. Yo, muchas Veces, mientras me paseo por el campo, me preguntó: ¿qué es el espacio?, ¿qué es el tiempo?, ¿qué son los entes?, ¿qué son las causas?

—¿Y encuentra usted definiciones apropiadas? —le preguntó el general.

—Algunas veces, sí; otras, no.

—¿No estudia usted más que esas cuestiones metafísicas?

—No, también estudio los simples.

—¿Y para qué?

—Para encontrar remedios.

—¿Ha encontrado usted algunos remedios nuevos?

—Sí; he comprobado cosas extraordinarias —dijo insinuantemente don Polín—. En un libro viejo he visto que Ambrosio Pareo recuerda que, según Plinio, si alguno ha sido mordido por un escorpión y al pasar lo dice en la oreja de un asno queda incontinenti curado.

—¿Y usted ha hecho la prueba?

—Sí, señor.

—¿Con resultado?

—Con resultado.

—Aquí no le faltarán a usted asnos para contarles su mal en la oreja —dijo irónicamente el estudiante Massiá.

Don Polino aseguró que tenía remedios para la rabia, para la incontinencia de orina, para la frialdad y para los trastornos lunares de las mujeres.

—¿Tiene usted algún remedio para las almorranas? —preguntó el conde.

—¿Le preocupa a usted esa enfermedad, mi general? —preguntó el estudiante.

—Sí, mucho; es una enfermedad muy grave. Luis XIV la tuvo, y luego una fistula. Richelieu y Taillierand la han padecido. El soldado con hemorroides ya no sirve.

El conde contó que había leído en su juventud un libelo titulado «Sur lenlevement des reliques de Saint-Fiacre apportées de la ville de Meaux pour la guerison du cul de Monsieur le Cardinal».

De este libelo el conde recordaba estos versos:

Pour moderer un peu lodeur puantissime,  
qui sort du cul pourry de l'Eminentissime.

El estudiante se rió a carcajadas.

Don Polino, después de explicar sus teorías médicas, desarrolló sus ideas sobre la astrología y la magia.

—¿Cree usted en la magia? —le preguntó el conde.

—Sí. Algo. Yo creo que hay palabras misteriosas que tienen alguna eficacia. Los médicos lo niegan...; yo no niego nada.

—Yo también creo en la eficacia de las palabras —dijo el conde—. Hay un Verso de Virgilio en que habla de las magas que pueden hacer descender la luna del cielo con sus encantos:

«Carmina vel possunt coelo deducere lunam».

—Horacio afirma algo parecido, refiriéndose a la hechicera Canidia —dijo el estudiante—:

«Que sidera excantata voce Tessala  
Lunamque coelo deripit».

Don Polino no sabía latín, pero lo respetaba y sonrió amablemente al oír estas palabras.

Mientras hablaban oyeron rumores de voces fuera.

—¿Qué pasará? —preguntó el conde.

Uno de los mozos de escuadra dijo que estaba el hermano Tiburcio con su perro alborotando todo.

—¿Quiere usted que entre? —le preguntó el estudiante al general—. Nos divertirá un poco.

—Bueno; que entre.

El mendigo entró en el cuarto cantando:

—Al ofidones,  
poques y bones;  
al ofici anem,  
garrotades als jueus.

Luego, al ver la gente que había, se retiró a un rincón, como si no tuviera ganas de hablar. A todas las invitaciones de Massiá se calló. El estudiante quería enzarzar en una discusión al loco sabio, como don Polino, con el loco energúmeno, como el hermano Tiburcio; pero no lo pudo conseguir.

—¿Y encuentra usted alguna verdad en la quiromancia? —preguntó el conde a don Polino.

—No cabe duda que nuestros destinos marchan regidos por los astros. La bóveda de los elementos está cubierta de nueve cielos que ruedan incesantemente sobre nuestras cabezas y que influyen. El hecho existe; el cómo no lo sabemos.

—¿Podría usted leer algo en mi mano? —preguntó el conde.

—Sí; creo que sí.

Don Polino cogió la mano del conde con respeto y la examinó atentamente.

—La línea de la vida es larga y segura en usted, mi general —dijo—. Aquí tiene usted las flechas de Marte, signo demostrativo de un gran guerrero. Las tenía Aníbal e Iphicrates. Aquí se ve también el arco y la flecha de Cupido, que prometen al hombre gran ascendiente entre las damas.

El conde se sonrió.

—Mi general, usted está llamado todavía a altos destinos —dijo el loco—. No se amilane usted; las águilas se ciernen en los aires; los conejos andan entre las matas. Usted es águila y sabe volar. No tema usted nunca.

—¿Y mi mano, no indica algún peligro?— preguntó de nuevo el conde.

—Hay tres líneas que amenazan peligros en el agua; pero no tienen importancia.

—Sí; creo que aquí el agua no nos puede dar muchos disgustos.

—Más bien el vino —interrumpió Massiá.

—Pero, a veces, se asusta uno por cualquier cosa —siguió el conde, y cantó—:

Le bon roi Dagobert  
chassait dans la plaine d'Anvers.  
Le grand Saint-Eloi,  
lui dit, ¡o mon roi!  
¡Votre Majeste  
est bien essoufflé!

Cest vrai, lui dit le roi,  
un lapin courait apres moi.

—Es bonito eso —dijo Massiá.

—¿Lo entiende usted? —preguntó el conde a don Polino—. Dice que el rey Dagoberto venía asustado y sofocado porque le seguía un conejo.

—Tiene mucha gracia— repuso don Polino.

Los mozos de escuadra reían socarronamente, y el mendigo Tiburcio había tomado una expresión de cólera y de disgusto.

El conde, con la conversación, pareció olvidar sus penas.

Se le veía alegre con un aire humorístico, espiritual. Para él, en aquel momento, la vida era grata como si estuviera libre.

De pronto el hermano Tiburcio se mostró sombrío y enfurruñado y le dijo al conde con una rabia y una mala intención dañina.

—Tú estás acostumbrado a estrangular a la gente, ¡eh!; pues ahora te van a estrangular a ti, y va a ser pronto, muy pronto.

—¿Qué dice este animal? —preguntó el conde.

Don Polino se indignó por aquella falta de respeto del hermano Tiburcio, que además negaba su vaticinio, y dijo al estudiante:

—No comprendo cómo trae usted a presencia del general a gente tan ruda, tan torpe y tan desvergonzada como este hombre.

—Tú eres un loco, un tonto —gritó el hermano Tiburcio con voz estridente—, y yo me río de ti y de tus palabras.

Don Polino levantó el bastón y le hubiera dado sobre las costillas al mendigo si el estudiante no

se hubiera interpuesto, riéndose.

El hermano Tiburcio se preparó a marcharse y murmuró lleno de rabia:

—Sois todos vosotros perros sarnosos, Víboras que hay que aplastar con el pie, peores que los alacranes.

—Sal de aquí, miserable —gritó don Polino.

—Tú eres un diablo con patas de mono y hocico de cerdo. Eres un tonto, un loco, y todo el mundo se ríe de ti.

—Déle usted un estacazo —dijo el conde.

—A ti te darán el estacazo pronto. Antes de nada te estarán comiendo los gusanos.

Al marcharse el hermano Tiburcio recitó con ironía:

—A Rasquera, mateu frares;  
a Miravet, capellans;  
a Ginestar non diuen missa  
perque es son molt lliberals.

Salió el mendigo, y poco después don Polino se despidió del general, dándose los dos afectuosamente la mano.

—Oiga usted, estudiante —dijo el general a Massiá—. ¿Cuándo me van a llevar a mí a Andorra?

—Hoy, probablemente. Ya no hay partidas liberales por aquí cerca.

—¿A qué hora vamos a salir?

—De noche, entre nueve y diez. No quieren que le vea a usted nadie.

—Todavía me temen —murmuró el general con cierta petulancia.

### XIII

#### EL SEGRE

El Segre es río conocido de muy antiguo por griegos y por romanos. En las campañas de Julio César en la península tiene gran papel.

Los geógrafos árabes le llamaban Nahr el Zitún o río de los olivos; sin duda, al acercarse al Ebro había entonces grandes olivares en sus orillas.

El Segre, antes de llegar a la Seo de Urgel, es un riachuelo de montaña; corre entre praderas Verdes y orillas bajas; después de pasar esta ciudad se encajona y se estrecha y se hace profundo.

Las montañas de Ares, ramificaciones de la sierra del Cadí, se cortan a pico desde las mismas crestas para formar el cauce del río, pasadas las tierras de Urgel.

Antes de la Seo el Segre ha discurrido por campos fértiles y húmedos; después se desliza por tierras áridas, paredones blancos y rojos con cárcavas y hendiduras, lamiendo peñas cenicientas y de color de pizarra. Pasa por entre rocas como castillos, manchados por matorrales grises y verdes, y brilla bajo un cielo de montaña azul y refulgente.

En algunas partes del Segre, en los barrancos cubiertos de pinos, trabajan los madereros o balseros, los «raigeros», y se amontonan los troncos de árboles en las orillas.

La carretera corre al lado del río, amenazada a trechos por bloques de rocas y por desmontes de arena.

Principalmente, en el lugar de los Tres Puentes o Tres Ponts es donde las hoces del río se hacen más angostas, más amenazadoras y dramáticas.

La misma proximidad de los montes, la misma altura de las orillas estrecha el cauce, y entran sólo en el río en una larga distancia de su curso algunos arroyos medio torrenteras, caudalosos en invierno y de muy escasa corriente en verano.

Cada monte lanza sucesivamente sus bastidores; en las paredes, amarillentas y rojizas, se abren cuevas; un camino tallado en la roca y sostenido en parte por arcadas artificiales corre por una orilla. Hay escalones de madera para bajar al río; las aguas verdes oscuras corren vertiginosamente por su cauce, limitado por pedregales blancos y grises.

Después de pasada la serie de barrancos imponentes de los Tres Ponts, el Segre se ensancha y cruza por encima de ramblas pedregosas de color gris, ramblas sobre las cuales se cultivan huertas feraces.

En aquella parte estrecha de las hoces de los Tres Ponts, camino principal de Lérida a la Seo de Urgel, había y hay tres puentes antiguos, muy próximos, célebres en la comarca.

Siguiendo la misma dirección del río, el primero era el puente Viejo de la Torre; el segundo, el puente del Diablo, y el tercero, el puente de Espí o de Espiá. De los tres puentes, en la actualidad, el de la Torre queda entero; los otros se hallan rotos.

El puente de la Torre tiene hoy al lado una pequeña construcción de un salto de agua, y cerca de ella, en la orilla izquierda, una posada llamada los Hostalets. A poca distancia hay una gran hoz, y viene el segundo puente, el del Diablo, roto y colocado en la parte más estrecha y tenebrosa de la garganta, constituido por un solo arco grande, probablemente después reforzado por abajo.

Este puente ha sido construido con cantos de río y sin argamasa, y de él se advierten solamente



los estribos en la roca viva.

Más abajo de la corriente, cerca ya de Coll de Nargó, está el puente de Espí o de Espiá.

El puente de Espiá, como el del Diablo, es puente angosto de un solo arco, y a su derecha tiene un peñasco como un torreón.

A unos veinte o treinta metros del de Espiá se ve otro puente moderno. Los pretiles de los tres puentes antiguos se hallan ya rotos, medio deshechos y han sido recompuestos varias veces.

Todo el paisaje del estrecho de los Tres Puentes es imponente...

El río corre verdoso entre rocas grises y cenicientas, traza curvas en las hoces rojizas con las piedras llenas de matorrales y de zarzas.

El agua resuena en la garganta con fragor, se oye el graznido de los vencejos y de los alcotanes y vuelan por el alto los milanos y los buitres.

Es el sitio aquel solitario y sombrío, y parece propicio para cometer un crimen.

## XIV

### EL VIAJE SINIESTRO

#### DURANTE LA NOCHE

A las siete de la noche del día 2 de noviembre, el cabo de mozos de escuadra Francisco Lladot, postrado en cama y quejándose a cada paso de un dolor de cólico hepático en el costado, ordenó a los mozos Mariano Piquer, Miguel Sala y a Coll reunieran a toda la gente de la casa y se encerrasen con ella en la cocina sin dejar que nadie se acercara al prisionero.

Entre ocho y nueve de la noche salió el conde de su cuarto de la casa de Casellas acompañado del cirujano Ferrer, que llevaba al cinto el machete con que amenazó a España en la Junta al prenderle; de Ramón Massiá, que tenía la espada del conde; del acemilero Domingo Sala y del mozo Jacinto Pla, que bajaba alumbrándoles. Cuatro mozos de escuadra, entre ellos Miguel Sala, Coll y Piquer, quedaron en la casa guardando la gente en la cocina, hasta el día siguiente por la tarde, que fueron a Aviá.

El cura Ferrer, desde fuera, en la oscuridad, estuvo observando lo que pasaba.

Montó el conde dentro del portal de la masía en un macho, aparejado con una silla de labrador payés con estribos de madera y una piel blanca que pidieron al patrón de la casa.

Extrañando el general la caballería, dijo al montar al cirujano Ferrer:

—Este no es el mulo en que he venido estos días.

—No; el otro mulo se lo han llevado a Orgañá. El conde se echó la capa a los hombros porque hacía frío. Luego dijo al acemilero Domingo Sala:

—Amigo, ¡qué noche más oscura!

Detrás del preso salieron todos los demás: Ferrer, Massiá y los mozos de escuadra; pasaron por cerca de una casa llamada Fabá y bajaron hacia la orilla del Segre.

El conde encendió un cigarro puro y fueron así casi alumbrados con el fuego del cigarro que fumaba el general.

Antes de llegar al Segre se detuvieron.

Salió la luna en cuarto creciente entre nubarrones negros, y comenzó a brillar en las aguas del río.

Massiá y Ferrer llamaron al acemilero Sala, que llevaba el macho del ronzal.

—Cuando el guía se presente —le dijeron—, debes pararte y darle la brida, porque el guía es el único que ha de conducir al conde de España hasta Andorra.

Al llegar al camino real que va a dar a la garganta de los tres puentes del Segre, cerca de la bajada de San Armengol, se efectuó este cambio. Solana gritó:

—¡Eh! Aquí estoy yo.

Entonces Sala le dio el ronzal de la caballería y se unió al cirujano Ferrer y a Massiá, que iban unos cuantos pasos detrás del conde.

Solana echó a andar delante de la mula.

—Adiós, señor conde —dijo Ferrer con ironía.

—Adiós, señores —contestó el conde.

—Y no nos tenga usted odio —añadió Ferrer. El general no contestó. Al verse solo debió de tener un momento de esperanza.

—¿Adónde me lleva usted? —preguntó a Solana.

—A Andorra. Es lo que me han mandado.

—Todavía estamos muy lejos. ¿Cuánto tardaremos?

—Cinco o seis horas.

—Bueno, vamos. ¡Qué noche más negra!

—No tan negra, señor conde —repuso Solana—. Hay un poco de luna.

Efectivamente, a pesar de la negrura de la noche, a veces hacía su aparición la luna, dándole al paisaje con sus rocas grises y blancas y sus matorrales negros un aire espectral.

El río venía muy caudaloso; brillaba con reflejos de plata y murmuraba misteriosamente.

\* \* \*

Massiá y el cirujano Ferrer se pasaron. Poco después se les reunió don Narciso. Todos estaban anhelantes, con el oído avizor. Los minutos les parecían siglos. Ya habían perdido de vista al conde en la oscuridad, y hasta pensaban si se les habría escapado de las manos, cuando oyeron voces y después el ruido de un cuerpo en el río.

—Lo han echado —dijeron todos, y volvieron sin hablar a Orgañá.

Momentos más tarde la luna, desembarazada de los nubarrones que la ocultaban, comenzó a lucir en el cielo y a brillar en las aguas inquietas y espumosas del río.

## XV

### EL VIAJE SINIESTRO

#### ¡AL RIO!

Baltá y Morera, cansados de esperar en el sitio convenido, creyeron que ya no pasaría el conde y decidieron, de común acuerdo, volverse a Orgañá a cenar.

Estaban convencidos de la inutilidad de su viaje cuando oyeron los pasos de una cabalgadura y vieron el fulgor de un cigarro que brillaba en la oscuridad.

Se pararon y al llegar el hombre en el mulo con su espolique frente a ellos, Baltá gritó:

—¡Alto!

Solana se detuvo y paró la mula.

—¿Qué quieren ustedes? ¿Quiénes son ustedes? —preguntó España.

—Soy Andreuet, de la patulea de Silvestre de la Seu —contestó Baltá en un catalán rudo.

—¿Liberal?

—Y tan liberal. Más que Riego.

Este Silvestre de la Seu era, efectivamente, el jefe de una patrulla isabelina, que solía hacer expediciones por aquellos contornos. A estas patrullas de los pueblos, en que abundaban los ladrones, la gente les llamaba patuleas.

Suplicó el conde al supuesto Andreuet de la patulea de Silvestre de la Seu que no le maltratase.

—Soy un comerciante francés —le dijo—, y si quiere usted, puede llevarme a la Seo de Urgel, pues conozco al gobernador de esta ciudad y le pagaré el rescate que me pida.

—Bueno, está bien —contestó Baltá—. Le ataremos a usted. No se nos vaya a escapar por estos rincones oscuros.

—No tengo tal intención; pero no me opongo a que me aten.

Le ataron los brazos con una cuerda y le hicieron volver a montar.

Solana siguió a la comitiva a unos cincuenta pasos por detrás.

Cuando llegaron cerca del puente de Espiá, Baltá obligó a desmontar al conde.

—Le voy a soltar a usted. No hay necesidad de llevarle atado.

—¡Muchas gracias!

—¿Tiene usted papeles que le identifiquen? —preguntó Baltá al soltarle.

—Aquí, no —contestó el conde—, porque me los han quitado.

—¿Quién se los ha quitado a usted?

—Los carlistas.

—¡Canallas! —exclamó Baltá con ironía.

—Si ustedes me llevan delante del gobernador de la Seo de Urgel, yo les demostraré que soy un hombre de bien.

—Si usted es hombre de bien, el gobernador lo verá, es cierto —contestó Baltá con un acento entre irónico y amenazador.

En este instante la luna iluminó el campo, y el conde vio en la otra orilla un grupo de hombres; reconoció entre ellos a su ayudante Mariano Orteu, a quien llamó desesperadamente, creyéndole amigo, gritando repetidas veces:

—¡Mariano! ¡Mariano! ¡Socorro! ¡A mí!

Baltá entonces se alejó cuatro o seis pasos, tiró el cuello del conde un lazo corredizo con la cuerda que tenía en la mano.

Morera dio un puñetazo y después un puntapié en la espalda al prisionero; el conde cayó al suelo, y Baltá, poniéndole un pie sobre la cabeza, tiró de la cuerda y lo estranguló.

Le desnudaron al conde y le registraron. No tenía en los bolsillos más que unos cigarros, un poco de pan y unas uvas.

Solana, Balta y Morera ataron los brazos y los pies del cadáver, y luego, en la misma cuerda del cuello con que le estrangulaban, en el otro extremo sujetaron un gran pedrusco.

Después, entre los tres levantaron el cadáver por encima del pretil del puente y lo echaron al otro lado.

El cuerpo arrastró a la piedra y cayeron ambas cosas al río, haciendo saltar el agua con la zambullida.

—Aigua al nen, que avall va (Agua al nene, que va para delante) —dijo el capitán Baltá con ironía al oír el estrépito del cuerpo y de la piedra en las aguas.

Hacia próximamente un año que por este puente le pasaron al conde en triunfo cuando llegó de Francia para tomar el mando del Ejército carlista.

Hugo, al saber este detalle, recordó el letrero en castellano que había leído en una casa de Orthez: «Lo que ha de ser no puede faltar».

## XVI

### LOS DESPOJOS

Tiraron al río las ropas viejas del general, excepto la capa, que se apropió Solana diciendo:

—Me la quedo porque es mía.

No había tal. Era la enviada para el conde por Torrabadella.

Baltá registró una bolsita de seda encarnada que llevaba España al cuello, y encontró dentro dos medallas de plata, una de la Virgen del Pilar de Zaragoza, otra de Nuestra Señora de Montserrat, dos o tres cruces y una poca pasta de Agnus. Guardaron también la camisa y los tirantes del general, lo mejor de su indumentaria.

Concluida la terrible comisión volvieron los ejecutores a Orgañá, llegando a la puerta de la villa a eso de las once de la noche.

—¿Qué tal la fiesta? —preguntó desde adentro una voz.

—Bien.

—¿Se han divertido ustedes?

—Mucho.

Les abrieron en seguida y fueron a cenar a un figón. Después de cenar marcharon a casa del Ros de Eroles. Allí estaban reunidos Porredón, Mariano Orteu y un hermano del Pep del Oli. Los tres habían presenciado desde la otra orilla y desde cerca el asesinato.

Iban llegando otros jefes. Baltá, Morera y Solana contaron con toda clase de detalles la felonía que acababan de ejecutar.

\* \* \*

Todos los cómplices en el crimen pensaban que el cadáver del conde no aparecería o que, de aparecer tardaría mucho en salir a la superficie; pero fuese que la cuerda se rompiera rozando con alguna roca del río, o que la piedra se separase de la cuerda al caer, o que la impetuosidad de la corriente hiciese que el cadáver se desprendiera de sus ataduras, el caso fue que salió a flor de agua y, llevado por el impulso del río quizá, aquella misma noche se paró en un montón de arena cerca de Coll de Nargó.

El cadáver del conde estuvo dos días sobre aquel arenal; luego fue llevado al cementerio y enterrado en Coll de Nargó el día 7 de noviembre.

## XVII

### VERSIÓN DE FERRER

En Coll de Nargó no se permitió a la gente que viera el cadáver. La noticia fue de boca en boca y llegó hasta Berga.

No había seguridad alguna; no se sabía si el hallazgo del cuerpo a orillas del río era una realidad o una invención, y para despistar, el vocal de la Junta don Narciso Ferrer publicó una comunicación en «El Restaurador Catalán», periódico oficial carlista, asegurando que había dejado al conde en el extranjero el día 3, con toda seguridad.

La comunicación de don Narciso Ferrer era verdaderamente extraordinaria y manifestaba hasta qué punto puede llegar el odio y la pasión en un eclesiástico. Ferrer, en su escrito, un tanto confuso y macarrónico, decía así:

«Excelentísimo señor: Cumpliendo con la comisión que Su Excelencia se sirvió hacerme en 26 del mes próximo pasado, acompañé al conde de España hasta (lugar fuera del reino), en donde le dejé en 3 del actual como me lo había pedido.

No puedo, excelentísimo señor, pasar en silencio la negra y degradante revelación que el referido conde de España me hizo en la tarde del día 2 de este mes sobre su infame y vil proceder, explicándose en estos términos:

«Si usted me da palabra de honor de no hacer ningún atropellamiento contra mi persona, sea cual fuere la manifestación que le haga, franquearé con usted todo mi pecho, supuesto que he visto en usted el hombre de más valor de cuantos he conocido». A lo que contesté: «Ha visto usted el decoro y comportamiento que he guardado con usted, le doy palabra de seguir en adelante como aquí, manifestándome lo que quiera».

Entonces, lleno de rabia y de furor, rasgando la real orden de S. M. con que se le destituía del mando del ejército de este Principado y de la Presidencia de la Junta Superior de Gobierno y haciendo mil pedazos con ella, dijo: «Caballero, yo soy mazón desde el mes de julio de 1823, y mazón quiero morir. Usted ha hecho la grande obra pero no la ha consumado todavía... de consiguiente alerta... yo no diré a usted... por los juramentos que tengo prestados». E interrumpiéndole yo, calló diciendo no obstante: «No se canse usted que esta revelación no se la puedo hacer», y continuó: «Sepa usted que me ha ganado por la mano, pues que a tardar una hora la oración se hubiera vuelto por pasiva y la escena hubiera sido muy diferente; mas ya que se nos ha descubierto el plan debo añadirle que en la conferencia que tuve con el inglés en la Sierra de Viure, se acordó y quedó corriente todo, de manera que dentro de poco ya se habría visto la mutación del teatro», y luego exclamando, dijo: «Ojalá tuviese usted los mismos sentimientos que yo. Cuánto daría por ello». ¿Cómo? —contesté—. Dios y el Rey son mi divisa. En seguida él prosiguió: «Ah, infame Maroto, él lo ha echado todo a perder; si cuando fusiló a los generales de Estella hubiese hecho otro tanto con... y con..., no hubiera sucedido esto». Finalmente, después de haber vomitado un torrente de blasfemias y de herejías, concluyó encargándome dijese a V. E. que se... en el Rey y que se... en la Junta (la decencia no permite expresar las voces que usó), y añadió que para nada los necesitaba, pues que conceptuando que podía errar el paso, como así sucedió, estaba ya bien prevenido. Omito a S. E. una infinidad de expresiones indecorosas y perversas con que se produjo

aquel monstruo de iniquidad; sólo diré a V. E. que dudo pueda haber otro hombre en este mundo de ideas tan depravadas y de principios tan anárquicos e irreligiosos, de manera que se me figura imposible pueda. V. E. formarse una idea de la maldad de tal hombre y confieso francamente que jamás he experimentado en mi alma un trastorno y angustia tan grandes como después de haber oído en aquel cruel rato tan escandalosa narración, la que espero se dignará V. E. conservar en acta, darla al público, omitiendo las expresiones que van rayadas, si lo juzga V. E. conveniente».

Este oficio, firmado en Berga el 11 de noviembre de 1839, dirigía el cura don Narciso Ferrer a la Real Junta Gubernativa del Principado de Cataluña.

¿Qué había de verdad en las palabras atribuidas al conde? Hubiera sido difícil saberlo.

Que había muchas mentiras era indudable. El conde no podía romper la real orden con que se le destituía, porque no se la mostraron. Sin embargo, todo lo que dijo Ferrer no debía ser falso.

Algunos aseguraban que por lo menos en ciertos momentos el conde cambió de manera de hablar y que se manifestó casi antimonárquico y anticlerical.

\* \* \*

Poco después de que se publicara la relación del cura Ferrer, se dijo que un señor de edad se presentó en un pueblo del Rosellón pidiendo pasaporte para Perpiñán y para Tolosa.

El señor anciano iba acompañado de un joven, y éste, a uno de los empleados de la inspección de Policía, le dijo que, efectivamente, era el conde de España.

El guía que tomaron el viejo y el joven les llevó una maleta, y como el uno y el otro tuvieron que escapar de un agente, el guía, según se dijo, entregó la maleta a un comisario, que la registró, y encontró varios nombramientos, varios papeles y cruces del conde de España.

Por este motivo, parte del público a quien quizá le convenía no dar crédito a la noticia del encuentro del cadáver del conde de España en Coll de Nargó, comenzó a decir que el hecho era falso; pero pronto la evidencia se impuso.



## XVIII

### COMENTARIOS EN BERGA

Las opiniones quedaron despistadas en Berga; nadie creyó en el relato de Ferrer publicado en «El Restaurador Catalán»; tampoco se creyó al principio en el asesinato del conde de España en el Segre y en su entierro en Coll de Nargó.

Cuando llegó el rumor de haberle encontrado muerto en el Segre, la mayoría no lo aceptó como cierto.

—Es una noticia que hace circular él mismo con algún fin que no sabemos —decían algunos—. Es una farsa, una treta de las suyas, a la que no se le puede dar crédito.

Otros aseguraban desde el principio que la noticia tenía muchos visos de verdad; se le había visto al conde el día 30 en las inmediaciones de Orgañá acompañado de una escolta de mozos de escuadra y el 31 en la masía de Casellas.

Afirmaban también que en los tres días que le tuvieron allí, Ferrer iba y venía de Orgañá a Casellas con mucho disimulo, y que Ferrer se comunicaba por cartas con el Ros de Eroles y con un hermano del Pep de Oli.

Lo que no se aceptaba, por instinto, era la entrada del conde en Francia.

—Ferrer es tan falso y tan mentiroso como el conde —decían algunos— y todo lo que nos ha contado en esa carta es una mixtificación. Se daban mil versiones de la desaparición del conde y nadie sabía a qué atenerse.

La confusión era grande; quien quería creer que el conde, en relaciones secretas con el gobierno constitucional, pensó hacer una marotada y se la habían descubierto, pero esto no parecía lógico; quien suponía que no era el conde, si no la Junta, la que quería la transacción con los liberales, lo que era más absurdo.

Se decía que Don Carlos vio con complacencia la muerte del conde y que desde Bourges condenó a otros dos jefes catalanes, que no se sabía quiénes eran, a la misma pena.

Procedente de Bourges vino la noticia que el mismo Don Carlos mandó suprimir al conde porque éste era de los partidarios acérrimos de su hijo primogénito don Luis, motivo por el cual Don Carlos y la princesa de Beira querían a todo trance deshacerse del viejo general.

\* \* \*

Pocos días después del desenlace de la tragedia, y este fue ya un síntoma importante y significativo para la población, se supo que todos los amigos incondicionales del conde de España estaban presos, destituidos o internados en Francia.

Entre los escapados se hallaban los comisarios de guerra Peralta y Canina, el capellán Peña, el coronel Laú, el teniente coronel Tomás, el comandante Durán y otros internados por la policía francesa. Poco después aparecieron en Perpiñán Lacy, Pérez Dávila, Aymerich, y decían también que Labandero.

Cuando se comprobó la muerte del conde, corrió la leyenda de que era el Pep del Oli, impulsado por su antiguo odio del tiempo de los descontentos, el que había derribado en la rectoría de Aviá, dándole un puntapié en el bastón en que se apoyaba el viejo general.

Se dijo también que el mismo Pep del Oli y Ferrer lo mataron en el puente del Segre, clavándole un puñal en la espalda.

La gente no quería fijarse en que el Pep del Oli estaba cuando se mató al conde en Prats de Llusanés, a diez o doce horas lo menos de los Tres Puentes del Segre.

## XIX

### LECTADURA DE LA JUNTA

Muerto el conde de España y desaparecido el gran obstáculo para la Junta de Berga, ésta comenzó a ejercer un poder dictatorial. Separó del ejército a varios oficiales poco afectos a ella, sobre todo a los no catalanes.

Segarra, que reemplazó al conde en el mando, se mostró impasible espectador de los sucesos, y más que el general en jefe de un ejército parecía el comisionado de la Junta.

No se distinguía ni pretendía distinguirse el nuevo jefe en empresas militares, solo se preocupaba de rodearse de una numerosa escolta, que más que el brillo de un general hacía resaltar su temor.

\* \* \*

Es evidente que sólo un rey o un príncipe se puede beneficiar de la traición; los cómplices es difícil que la utilicen. Se les paga, cuando se les paga, y se les desprecia o se les castiga después.

La traición place más, no al que la hace, dice un proverbio español.

El traidor no es menester  
siendo la traición pasada,

—asegura Calderón.

Maquiavelo dice que las traiciones y los crímenes deben hacerse por los príncipes de una vez, y pone el caso antiguo de Agatocles y el moderno en su tiempo de Oliverotto da Fermo, que hizo degollar a su tío, su protector, con sus familiares, lo cual no le dio prudencia, pues César Borgia después lo cazó y lo mandó estrangular en Sinigaglia con los Orsini y los Vitelli.

En la historia moderna, los políticos y los militares han hecho constantes traiciones, que no han tenido en general el carácter cruento de la antigüedad y por eso han pasado inadvertidas.

Los individuos de la Junta que cazaron al conde de España y que se las prometían felices, no llegaron a nada, y cuando tiempo después entró Cabrera en Berga y comenzó el proceso en averiguación de la muerte del conde, algunos fueron presos y otros tuvieron que huir.

## SÉPTIMA PARTE

### FANTASÍA Y REALIDAD

#### I

#### LA CALAVERA DEL CONDE COLL DE NARGÓ

Coll de Nargó es un pueblo asentado sobre un cerro a orillas del Segre.

En tiempo de la primera guerra civil tendría unas noventa casas con cuatro calles y dos plazas; hoy quizá tenga el doble de población.

El Coll de Nargó o Collado de Nargó se encuentra entre dos alturas que le dominan, el Monte Albens y el Turp de Oliana.

La colina del Coll de Nargó cierra un desfiladero, cuya entrada, el Portell, en la estación de las lluvias, es como la esclusa de las nieblas. Muchos días y a la misma hora, a un lado del Portell, se ve todo cubierto de brumas, y al otro el cielo claro y limpio.

El puente sobre el Segre, próximo a Coll de Nargó, se llama en catalán Pont d'Espí, y adaptado el nombre al castellano, Puente de Espiá.

Ha habido quien ha querido decir que se llamaba Puente de los Espías y que los reyes de Aragón, en lucha con los de Castilla, echaban por allí a los espías. La cosa es falsa.

Pont de Espí probablemente querrá decir en catalán, puente del pico, puente de la punta, por hallarse cerca del pico del Turp de Oliana, llamado también en el país lo Morro del Turp.

El puente de Espiá fue construido por un Armengol, conde de Urgel.

A no mucha distancia del puente estaba la ermita dedicada a Sant Armengol o San Hermenegildo, santo visigótico, obispo de Urgel, muy celebrado en el país y de quien se dice:

Per Sant Armengol  
festa si Deu vol.

La ermita de Sant Armengol por entonces se encontraba ya derruida y no le quedaban más que las cuatro paredes.

\* \* \*

Costacáns conocía una posada en Coll de Nargó llamada el Hostal del Roch y fueron a ella. El dueño de la posada les dio un cuarto grande y encalado.

Al día siguiente Hugo, que pretendía obtener detalles del encuentro en el río del cadáver del conde de España, marchó a la orilla del Segre con una caña de pescar, a ver los lugares en donde apareció el conde.

Le dijo el posadero, el Roch, que el cadáver lo encontraron entre el puente de Espiá y un recodo llamado el «Recolsat» o la «Recolsada», enfrente de la hacienda denominada La Ansola del Magí.

También le dijo el posadero que un testigo presencial aseguraba que el conde debió ser\* lanzado al río un poco más arriba de la ermita derruida de Sant Armengol.

Hugo paseó por la orilla y estuvo sentado en varios sitios cerca del agua. El Segre venía muy crecido. Hugo vio el Hostal dels Esplovins y contempló los remolinos del Recolsat, próximos a la Ansola del Magí.

Por lo que le dijo Costacáns, nadie quería hablar con detalles del conde de España y de su cadáver. El pueblo entero, según él, guardaba el secreto sin decir una palabra.

Al parecer, el Ros de Eroles dio desde Orgañá orden terminante de prender a todo el que hiciera comentarios sobre la muerte del conde.

Oficialmente el cadáver del general no se había encontrado en Col de Nargó.

Aunque sin entrar en detalles, todo el mundo afirmaba que el cadáver apareció delante de la finca llamada La Ansola del Magí.

Hugo recorrió las orillas del Segre. Unos treinta metros aguas abajo del puente de Espiá había una cueva que se llamaba El Furat de las Encantadas o agujero de las Encantadas, donde se solían encontrar piezas de ropa de las mujeres que lavaban por allí cerca. Encima de las rocas había otra cueva conocida por el Furat del Aguila. A Hugo se le ocurrió verlas y explorarlas, pero no era fácil dada la impetuosidad de la corriente.

---

\* La perífrasis verbal correcta para expresar suposiciones es “deber de + verbo” [Nota del escaneador].

## II

### EL QUETO Y EL CHINCO

Hugo se dedicó a pescar en el río para ver si llegaba a coger, si no peces, noticias de su amigo el conde de España.

Le faltaban cuatro días aún para volver a Las Roquetas.

Llevaba toda la mañana y unas horas de la tarde pescando, sentado con su caña al lado de unas higueras, cuando apareció una mujer con la que trabó conversación.

Esta mujer iba con un saco en la cabeza a lavar la ropa. Hablaba bastante bien castellano; había vivido en Huesca.

Hugo le preguntó, como no dándole importancia, si ella sabía algo del conde de España.

—Yo no sé nada más que lo que se dice, que lo encontraron muerto ahí en el río.

—¿En dónde fue?

La mujer le señaló un sitio exacto, un arrenal de la margen izquierda del Segre.

—¿Usted le vio?

—Yo, no; pero si usted tiene curiosidad por saber cómo le encontraron, pregúnteles usted a esos hombres que ahora están componiendo unas redes.

Había dos hombres arreglando unas redes en un erial. Con ellos andaba un jorobado.

—¿Quiénes son esos hombres?

—Son dos pescadores: el Queto y el Chinco.

—¿Y el jorobado?

—Es como un ayudante. El Queto y el Chinco fueron los que encontraron al muerto.

—¿Y querrán contar cómo fue?

—No sé, yo creo que sí. Si les convida usted a me rendar ya contarán lo que han contado a todo él mundo.

\* \* \*

El Queto era un viejo grueso, vestido con un pantalón azul, alpargatas, barretina, la cara de color de caoba curtida por el sol, los brazos rojos, las manos fuertes con un vello espeso y dorado, los ojos claros como de gato y el pelo entre rojizo y canoso.

El Chinco, su lugarteniente, era más joven, moreno, cetrino, muy delgado y esbelto, con los ojos negros y el pelo largo con tufos por encima de las orejas y en la cabeza un gorro de cuartel sucio y usado.

El Queto tenía hijos y nietos. El Chinco vivía con una mujer morena, seca, de mal aspecto. Este pescador tenía en el pueblo fama de avaro, se decía que guardaba lo que ganaba en una caja de hoja de lata.

Había estado en el ejército carlista, y pasado mucho tiempo enfermo en un hospital de Camprodón.

El Queto y el Chinco tenían como ayudante a un pobre jorobado que les arreglaba las redes, y al que no le daban más que las sobras de su comida.

Todo esto contó la mujer que iba a lavar la ropa en el río.

Hugo fue a buscar a Costacáns, le explicó lo que había dicho la mujer y le mostró a los dos pescadores.

Costacáns se acercó a ellos, estuvo hablando largo rato con los dos y después, aproximándose a Hugo, le dijo que le siguiera. El jorobadillo quedó únicamente en el arenal próximo al Segre.

\* \* \*

Fueron los dos pescadores y Costacáns, seguidos por Hugo, hasta el hostel del Roch. Hugo les convidaría a merendar a los dos pescadores y les daría unas pesetas.

Se sentaron a una mesa y Costacáns pidió que les trajeran una merienda y un porrón con vino del Priorato.

A las preguntas de Hugo, el Queto contestó contando cómo habían encontrado entre su compañero y él el cadáver del conde de España en el erial de la margen izquierda del Segre, en un terreno que se llamaba Armena, enfrente de la masía El Soleró, al anochecer del día 4 de noviembre.

—¿Cómo estaba el conde? —preguntó Hugo.

—El muerto estaba atado de pies y manos, con una cuerda al cuello que tendría tres o cuatro varas. El cadáver tenía una moradura en la cara y en las rodillas del golpe que debió dar contra las piedras al caer al río. En el cabo de la cuerda atada al cuello, había un lazo en el que debió sujetarse una piedra que la corriente del río, sin duda, fue soltando.

—¿Y estaría vivo cuando cayó al agua?— preguntó Hugo.

—A medias —contestó el Queto—; si hubiera estado muerto del todo creo que no se le hubieran hecho los cardenales en la cara y en las rodillas, aunque no lo sé. No sé si a un muerto se le pueden hacer cardenales.

—¿Moriría de estrangulación?

—Así lo creo. Yo no conozco cómo están los muertos estrangulados, no he visto ninguno de cerca.

—Yo sí —repuso el Chincó—; cuando estuve en Barcelona vi ahorcar en la explanada de la Ciudadela a unos cuantos por orden del conde de España y hablé después con el verdugo.

—Yo ahogados he visto bastantes —dijo el Queto—. Generalmente los ahogados están muy blancos y tienen unas manchas rojizas en las nalgas y en las orejas.

—¿El conde las tenía?

—Sí, aunque el conde llevaba poco tiempo en el agua. Cuando los muertos llevan mucho tiempo en el agua, el vientre empieza a verdear y cosa rara, si les pone usted la mano en el cuerpo, parece que éste está más frío que el agua misma.

—¿Así que el vientre del conde no estaba todavía verde?

—No, entonces comenzaba. La cara la tenía abultada, los ojos entreabiertos, la boca llena de espuma y la lengua fuera.

El Queto hizo aquel relato con cierta delectación, y los detalles hicieron gesticular con unas muecas muy raras de disgusto y de desagrado a Costacáns.

—¿Y supieron ustedes quién era el muerto? —les preguntó Hugo.

—No, al principio no; el alguacil fue el primero que dijo: éste debe ser el conde de España.

—¿Le conocía?

—Únicamente de retratos. Luego vino el secretario del Ayuntamiento, que ha vivido en Barcelona, y el secre dijo que sin duda alguna era el conde, que le conocía por su corpulencia, el pelo cano y la frente calva.

—Y luego, ¿qué pasó?

—Nada; nosotros no hicimos nada; el cuerpo estaba sobre el arenal; yo le dije a éste: No se debe tocar a los muertos mientras no venga el juez. Vino el juez, el enterrador y su hijo, lo pusieron en una escalera, avisaron a dos hombres, y entre los cuatro lo llevaron al depósito del cementerio, lo dejaron allí para asegurarse de quién era, y allí, sin duda, fue donde le cortaron la cabeza.

—¿Cómo? ¿Le cortaron la cabeza? —preguntó asombrado Costacáns.

—Sí; ¿no lo sabían ustedes?

—Yo, no —contestó Costacáns—. ¿Usted lo sabía? —preguntó a Hugo.

Este hizo un gesto como dando a entender que lo sabía pero que no quería decirlo.

—¿Naturalmente, no se sabe todavía quién se la cortó? —preguntó Hugo con cierta indiferencia.

—El enterrador parece que sí lo sabe —dijo el Chinco.

—En Orgaña —siguió el Queto —se comenzó a hacer un expediente para saber de quién era el cadáver y quién lo había echado al río; luego mandaron enterrarlo y que no se hablara del caso bajo pena de prisión.

—¿Así que el cadáver del conde no se encontró próximo al Puente de Espiá ni en la Ansola del Magí? —preguntó Hugo.

—No; fue hallado, como le he dicho a usted, en un erial de la margen izquierda del Segre, cuya partida de terreno se llama Armena, y enfrente de la masía El Soleró. Debió ser tirado al río la noche del 2 de noviembre y nosotros lo encontramos la noche del 4.

—¿Y qué hicieron del cadáver decapitado?

—Lo enterraron en el cementerio del pueblo, en una esquina, a la izquierda de la iglesia el día 7 de noviembre.

El Queto y el Chinco concluyeron su merienda y salieron de la posada para ir de nuevo al río.



## II

### EL TÍO VIROT, EL SEPULTURERO

Al día siguiente Hugo y Costacáns se acercaron al cementerio de Coll de Nargó. El cementerio era grande, con pocas cruces y monumentos, en una esquina próxima a una vieja torre románica vieron el sitio en donde enterraron el cadáver del conde. Hugo saludó al sepulturero, un viejo llamado el tío Viroto. El sepulturero dijo que efectivamente, al ser enterrado el cadáver del conde de España, no tenía cabeza.

—¿Y cómo había perdido la cabeza ese hombre? —preguntó Hugo y deslizó dos monedas de plata en la mano del sepulturero.

El tío Viroto era un hombre grueso, forzado, con una cara redonda y roja y una barretina en la cabeza. Llevaba pantalón azul, atado debajo de las rodillas con un bramante y una gran faja negra. Trabajaba con una azada de mango corto.

El tío Viroto era un hombre jovial, muy socarrón y muy alegre para su oficio de enterrador. La cara suya parecía de cobre lustroso.

A pesar de su edad mostraba una dentadura blanca y fuerte.

El hombre gozaba en el pueblo fama de muy trabajador y activo, de excelente hortelano y cuidaba su huerto y sus bancales de trigo con gran perfección.

El tío Viroto se creía un pozo de ciencia y no aceptaba absolutamente nada de las opiniones de los demás, ni siquiera la más pequeña brizna.

Si él decía:

—El día de ayer fue húmedo y alguien después, queriendo confirmar el aserto, añadía:

—Sí, es verdad, el día de ayer fue lluvioso; él corregía y volvía a decir:

—El día de ayer fue húmedo.

Con esto daba a entender que no permitía rectificaciones ni variaciones en las verdades absolutas e inmutables que salían de su boca.

Hugo llevó la conversación sobre el caso del cadáver del conde y el tío Viroto habló con bastante claridad.

—Yo no tengo responsabilidad ninguna en lo sucedido —dijo—. Yo traje el cadáver con mi chico en una escalera y lo dejé en la capilla del cementerio. Cerré la puerta, luego la de la tapia del camposanto, sujetando una hoja con la tranca por dentro y después cerrando las dos con llave y fui a mi casa. Era un día lluvioso. Al día siguiente mi chico me llamó y me dijo: ¿Sabe usted padre que la puerta del cementerio estaba por la mañana entornada? ¿Qué estaba entornada? Es raro. Yo la cerré muy bien. Voy a ir ahora mismo allá. Fui y, efectivamente, la puerta del camposanto se hallaba abierta y la de la capilla también. Entré en ésta y me encontré al muerto sin cabeza.

—¿Quedaría usted asombrado?

—¡Figúrese usted! Alguno que entiende de esas cosas le había cortado la cabeza, porque el corte era limpio y sin piltrafas.

—¿Y no había huellas en el suelo del cementerio?

—Sí, las había.

—¿De una persona o de varias?

—Por lo menos de dos. Había también la huella de un saco.

—¿Usted supone que se llevaron la cabeza en un saco?

—Eso creo.

—¿Y para qué?

—Quizá para estudiarla.

—¿Entonces sería algún médico?

—No sé. Pero es muy probable.

—¿No se sabe quién?

—No, no se sabe. Únicamente se ha dicho que un médico de Guisona estuvo días pasados aquí y se marchó de prisa.

—¿Así que la mayoría de la gente supone que el médico de Guisona le cortó la cabeza ayudado por alguno?

—Eso se dice; pero no lo sabemos.

—¿Y usted, qué hizo después?

—Yo le avisé al alcalde. El bayle de Coll de Nargó dio antes parte de que había aparecido el cadáver frente a la casa llamada El Soleró, en el Segre, que venía entonces muy caudaloso, como ahora, y dio las señas del muerto, siempre suponiendo que había sido estrangulado. El bayle, considerando al muerto como desconocido, hizo un escrito para llamar a la gente para ver si alguien podía identificar el cadáver. El mismo día, por la tarde, vino aquí un ayudante del Ros de Eroles, a decir que de ninguna manera se hablara de este asunto y que se enterrara el cadáver.

—Y ustedes, ¿qué hicieron?

—Nosotros decidimos enterrarlo al día siguiente.

—¿Y lo enterraron ustedes?

—Sí; mi hijo y yo lo enterramos en ese ángulo del cementerio, hacia la torre y ahí está.

—¿Naturalmente, sin cabeza?

—Claro; no se la íbamos á poner nosotros —replicó el tío Viroto con ironía.

—Esperemos que en el valle de Josafat, si es que hay valle de Josafat —dijo Hugo—, no tenga dificultades con eso y pueda encontrar pronto la cabeza el cuerpo o el cuerpo la cabeza.

El tío Viroto se echó a reír e hizo sonar las monedas que le había dado Hugo en el bolsillo. Después, Hugo contó a Costacáns que el conde, según le había dicho a él, había soñado muchas veces que andaba por el valle de Josafat, el día de la Resurrección de la Carne, buscando su cabeza, que se la habían quitado en vida.

—¿De verdad? —preguntó Costacáns.

—De verdad.

Costacáns le miró a Hugo con un aire cómico de espanto.

#### IV

### EL DOCTOR ALEGRET

Hay quien ha asegurado que el doctor Alegret de Guisona no se llamaba así, hay quien ha dicho que ha visto la lista de los médicos titulares de esa villa catalana y que en ella no aparece ningún doctor Alegret.

No queremos nosotros sentar plaza de escépticos. Esperemos que haya otros investigadores más expertos que encuentren las huellas que dejó en este mundo el doctor Alegret.

El doctor Alegret era, en tiempo de la guerra, hombre ya próximo a la cincuentena; de teorías audaces, entusiasta de la frenología, de la cranoscopia y de los sistemas de Spurzheim y de Gall.

El doctor Alegret era un original, practicaba la medicina, la frenología y el violín.

El doctor vestía en ocasiones de levita y hasta de frac azul y sombrero de copa; llevaba melenas, pantalón «collant» y guantes blancos. Indudablemente para andar por un pueblo era un poco exagerado. Algunos enemigos suyos decían que, por su tipo y su indumentaria, se le hubiera podido tomar por un prestidigitador o por un flautista. El doctor Alegret no hacía caso de estas habladurías.

El doctor Alegret había estudiado en Montpelliery después en París, donde tuvo unos amores románticos. Como recuerdo de estos amores, además de las huellas que podía haber en su corazón, le quedaban un guante de mujer, unas cartas y unos ramos de flores marchitas.

A consecuencias de estos amores, el doctor Alegret, en vez de ir a ejercer a una ciudad, se metió en un pueblo dispuesto a practicar la austeridad y el cartujismo. El doctor había tenido una época de sentimentalismo y de erotismo agudo; pero después, poco a poco, este erotismo se había calmado hasta llegar a la indiferencia.

El doctor, hombre atrevido en sus ideas religiosas, político-sociales y médicas, se inclinaba un poco hacia el magismo oriental.

Si no homeópata del todo ni del todo mágico, el doctor se mostraba entusiasta de Hahnemann, de Paracelso y de Van Helmont, cuyas vidas había leído; lo que no le impedía admirar a Broussais.

La historia de los médicos geniales le transportaba: Hipócrates, Galeno, Celso, Averroes, Avicena, Miguel Servet, Huarte de San Juan, Ambrosio Pareo, Vesalio, Jener, Bichat y otras, le producían gran entusiasmo.

El doctor Alegret era un escéptico en la práctica de la medicina, ya sabía que si se curaba el enfermo se debía, más que a su ciencia, a unas velas que la familia había puesto a la Virgen o a San Pedro, y que sólo si se moría él tenía participación en el hecho.

En todas partes, y para desesperación de los médicos, sucede lo mismo; pero en Guisona con mayor razón, porque el San Pedro de Guisona es más eficaz que el de los otros pueblos.

Guisona venera a San Pedro en una ermita poco distante de la ciudad. Gracias a su veneración no se conocen allí atacados de rabia entre los verdaderos devotos. Ahora, entre los devotos no verdaderos, quizá haya alguno que otro hidrófobo. En Guisona se repite esta oración en honor del santo:

Vostra gran benignitat  
Experimenta esta comarca,  
Puix ningú de mal de rabia

Jamai s'ha vist atacat  
Com vos haja visitat  
Amb aquell degut fervor.

El doctor Alegret, al principio, había querido luchar con San Pedro; pero se había tenido que declarar derrotado.

El doctor Alegret tenía en su despacho muchas calaveras, varios fetos en alcohol y una porción de estampas anatómicas, bastante feas. En algunas cosas, el doctor mostraba cierto mal gusto médico-farmacéutico.

El doctor llegó a esa pequeña mixtificación de sembrar plantas de pensamientos en calaveras cortadas por la mitad.

\* \* \*

El doctor Alegret contaba con un criado, medio ayudante, digno de él. Este criado lo había encontrado en una feria de mozos para buscar trabajo que suele haber en Guisona. El criado, hombre atrevido y decidido, hacía tales cosas que el pueblo, por su audacia y su irreligiosidad, le llamaba Llusifer.

El doctor iba con frecuencia al camposanto del pueblo con su ayudante Llusifer y clasificaba los cráneos según sus protuberancias, por el sistema de Gall.

Quizá alguna vez, llevó algún pito en el bolsillo para iniciar el baile fúnebre y medieval de la Totentanz, como el esqueleto de la Danza Macabra pintado en el cementerio del convento de los Hermanos Predicadores, de Basilea.

Cuando el doctor practicaba alguna autopsia y Llusifer le ayudaba, éste hacía muecas de satisfacción y de inteligencia al médico, como indicando que los dos estaban en el secreto y que no les espantaban aquellas cosas.

Llusifer era un hombre simpático y audaz.

Lo que le perdía al practicante era la idea demasiado buena de su agilidad y de su astucia. Tal idea le daba una confianza un tanto excesiva en sí mismo, que le proporcionaba muchos golpes y batacazos.

Cuanto se le ocurría al buen Llusifer le parecía maravilloso y fácil. Bajar desde un balcón a la calle, subirse a un árbol, saltar un arroyo, todo se le antojaba posible; pero en la práctica casi todo le salía mal, porque se caía, o se metía en el agua, o se torcía un pie, lo que no era obstáculo para que siguiera creyendo en la fertilidad de sus recursos y de sus facultades.

El doctor Alegret tenía una frente ancha y una cara estrecha, alargada por una romántica perilla. Su cara triangular le hacía pensar al doctor que sus habitaciones craneales anchas permitían al cerebro funciones sólidas y fuertes; pero que, en cambio, su capacidad agresiva de adquisividad era mediocre.

Llusifer, en opinión del doctor, era un sentimental; tenía el órgano de la fantasía y del chiste, pero no poseía gran acometividad ni sentido práctico.

V

LA TENTACIÓN DEL DOCTOR ALEGRET

Los que conocen las tretas del espíritu malo, saben los recursos y socaliñas de este ciudadano infernal para perder las almas de los hombres.

El buen San Antonio pudo escribir una enciclopedia y un cuadro sinóptico con las diversas tentaciones que sufrió en su cueva.

El Bosco, Patinir, Teniers y otros muchos, convirtieron en gráficas estas tentaciones, para edificación del espíritu y escarmiento de la gente.

El doctor Alegret no estaba en potencia propinqua para experimentar muchas de las tentaciones antonianas. Ya no era joven; del fuego pasado, no quedaban más que el guante, el paquete de cartas y el ramo marchito.

Además, el doctor Alegret, que poseía, a juzgar por el exterior, las circunvoluciones frontales muy desarrolladas, tenía un cerebelo corriente y vulgar.

Al doctor Alegret ya no le tentaba más que la ciencia.

El doctor estuvo, a principios de noviembre, en Coll de Nargó. Había sido llamado por un médico de esta villa para ayudarle en un caso de un parto difícil.

El doctor tuvo suerte en su intervención obstétrica, y la mujer y el niño asistidos por él quedaron perfectamente.

El mismo día en que el doctor Alegret practicaba su operación, supo cómo se encontró en el río el cadáver del conde de España.

Inmediatamente fue a ver al juez municipal y le insinuó que, desde el punto de vista de la frenología y de la craneoscopia, nada sería tan interesante como examinar la cabeza del conde de España.

El juez municipal, bastante bruto, y que en aquel mismo momento había recibido la visita del emisario del Ros de Eroles, dijo que no permitiría ver al muerto, ni a frenólogos, ni a craneoscópicos, ni a nadie.

El doctor Alegret se indignó en nombre de la ciencia; luego averiguó que al cadáver del conde de España lo habían colocado en la capilla del cementerio y entonces concibió el atrevido proyecto de cortar la cabeza al conde para estudiarla y entregarla a la ciencia.

Explicó su idea a su criado y medio practicante Llusifer, que al oírle tembló de emoción y de entusiasmo.

Los dos, presos de una verdadera fiebre científica, discutieron largamente las posibilidades del proyecto.

Llusifer fue por la tarde a rondar por las cercanías del camposanto y vio donde estaba la capilla y los medios que se podían emplear para escalar la pared del cementerio. Había un sitio en que la tapia tenía agujeros, y por allí era fácil el escaló. Sin más, los dos decidieron marchar de noche, preparados.

Fueron, efectivamente, a las once, llevando un farol, un saco e instrumentos de cirugía; recorrieron las paredes del cementerio para buscar el sitio encontrado por Llusifer.

Dentro del cementerio, cerca de las tapias, había algunos árboles.

Llusifer saltaría la tapia, bajaría el cementerio por un árbol y abriría la puerta.

La noche estaba húmeda y templada. Había llovido, pero en aquel momento no llovía. El cielo aparecía anubarrado y negro.

El médico puso las manos juntas, Llusifer apoyó en ellas el pie, luego subió a los hombros del doctor, se encaramó a la tapia y bajó por dentro por el tronco del árbol.

Entonces, el doctor se aproximó a la entrada; Llusifer se acercó también por dentro, quitó una barra de madera que sujetaba una de las hojas de la puerta del cementerio. Al quitar la barra, las dos medias puertas cedieron y se abrieron chirriando. Alegret, al ver la entrada franca, pasó adentro. Luego, entre amo y criado, cerraron y sujetaron las puertas con una piedra.

Entraron y fueron avanzando hasta llegar a la capilla. Entonces, el médico encendió el farol; Llusifer empujó una ventana apolillada de la capilla, pasó adentro y abrió la puerta.

A la luz del farol el espectáculo era imponente. En el recinto, viejo y polvoriento, con el techo cruzado por grandes vigas, cubierto por el polvo de los siglos, se veía en el suelo, desnudo, el cadáver del conde de España.

El médico dejó el farol sobre la mesa del altar y, decidido, abrió su estuche de medicina, sacó un cuchillo, la sierra, el escoplo y el martillo y comenzó su obra.

Dio primero un profundo tajo en la garganta del cadáver, seccionó la tráquea y los tejidos y siguió cortando hasta la columna vertebral.

La desarticulación de la cerviz era lo difícil; pero el doctor, valiéndose del escoplo y del martillo, rompió la vértebra cervical.

Llusifer tuvo que agarrar la cabeza por los pelos.

—¡Caramba, cómo pesa! —exclamó.

—Es lo que pesa más del hombre —contestó el doctor Alegret, sentenciosamente.

Mientras el doctor cortaba la cabeza del conde, dieron las doce en la torre de la iglesia del pueblo. Cada campanada vibraba temerosa en el aire.

Llusifer miró con entusiasmo al doctor pensando que el encontrarse allí en aquella capilla vetusta, a las doce de la noche, a la hora de los fantasmas y de los espectros, cortando la cabeza a un hombre célebre, para estudiarla científicamente, a la luz de aquel farol mortecino, era algo que valía la pena de vivir.

Hecha la operación, metieron la cabeza en un saco; Llusifer se lo echó al hombro y salieron los dos del cementerio y sujetaron la puerta con un trozo de madera puesto en el suelo.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó Llusifer.

El doctor Alegret dijo que irían a la fuente de San Clement. Llegaron a ella sin encontrar a nadie.

—Aquí mismo dejaremos el saco con la cabeza —indicó el doctor.

Lo dejaron allí escondido entre unas matas, se lavaron después; limpió el doctor Alegret sus instrumentos y se volvieron a casa, sin que nadie les hubiera visto.

\* \* \*

Es evidente: El que a hierro mata a hierro muere, dice la vengativa sentencia de la Biblia, y el que se acostumbra a cortar cabezas acaba haciendo que se la corten a él...

Cuando Hugo conoció la historia del robo de la cabeza del conde, hecho por el doctor Alegret y su practicante Llusifer, pensó que era una bonita historia para una gente aficionada a lo lúgubre, a las cofradías de las Animas, de la Buena muerte, a las reliquias de hueso, a las calaveras y a otras macabrerías pintorescas.

## VI

### LOS BANDIDOS

Al anochecer del día siguiente el doctor Alegret y Llusifer volvían a Guisona. Iban el médico y el practicante en dos mulos. Pasaron, ya de noche, por la fuente de San Clement; Llusifer cogió el saco con la cabeza del conde, lo puso en su mulo, y amo y criado salieron de Coll de Nargó, satisfechos por haber conseguido lo que querían.

Como el peso del saco era grande alternaban, unas veces lo llevaba uno y otras otro en su respectiva caballería.

Marcharon por la carretera principal a orillas del Segre y pasaron por delante de Oliana, sin entrar en el pueblo.

Después siguieron el mismo camino y lo abandonaron en Castellnou de Basella, para tomar a campo traviesa en dirección de Sanahuja. Iban por una senda, ya a media noche, cuando vieron un trozo de espesura iluminado por antorchas y les dieron el alto, unos desconocidos.

—¡Alto! —gritaron aquellos hombres por entre el ramaje.

—Echemos a correr —dijo Llusifer.

—No, es peor —contestó el doctor—; no corras.

—Vamos, vamos. No sea usted tonto.

—Que no corras, que es peor.

Llusifer, sin hacer caso de la recomendación, dio un palo a su mulo y echó a correr; pero al poco tiempo sonó una descarga cerrada y el practicante cayó de la cabalgadura.

—¡Yo me entrego! —gritó el doctor y temiendo tanto por la cabeza del conde como por la suya, escondió el saco en un ribazo y al pie de un árbol e hizo en éste una cruz profunda con su cortaplumas.

—¡Eh! ¿Dónde está usted? —gritaron los bandidos.

—Estoy aquí.

Los bandidos se acercaron al doctor.

—¿Y mi compañero? —preguntó éste.

—Lo hemos matado. El ha tenido la culpa. ¿Está muerto? ¿No estará solamente herido?

—No; está completamente muerto. ¿Usted quién es?

—Yo soy el doctor Alegret, médico de Guisona.

—Está bien. Le tendremos encerrado hasta que pague usted su rescate.

—No tengo inconveniente. Ahora déjenme ustedes ver a mi compañero. Quizá no esté muerto y pueda hacer algo por él.

Se acercaron. Llusifer había caído sobre unos matorrales, con la cabeza y el cuerpo atravesado por varias balas. Iluminaron el lugar con una antorcha. Llusifer tenía los ojos abiertos y vidriosos.

El doctor Alegret le contempló conmovido, le fue a tomar el pulso, pero bien pronto vio que era inútil.

—No hay nada que hacer —dijo y se secó los ojos con la mano.

El jefe de aquellos bandidos era un ex contrabandista, acostumbrado a robar y a desvalijar durante la guerra, que veía que se iban a acabar pronto sus ingresos. Él y su gente querían aprovecharse, pensando que quedaba poco tiempo de explotación de su industria.

Se dijo después, que todos ellos eran de la partida de Casulleras.

Los bandidos cogieron al doctor Alegret y lo llevaron a una casa abandonada de la Sierra de Pinos. Entre aquellos bribones había algunos enfermos que el médico pudo curar.

Desde su prisión, el médico escribió a un amigo suyo de Guisona para que le mandase diez onzas de rescate. El rescate del doctor había sido disminuido, en vista de que se había prestado a cumplir sus deberes de médico con los bandoleros.

El amigo de Guisona mandó las onzas y el doctor Alegret que se quedó libre, marchó a las proximidades de Sanahuja, buscó su querida cabeza; no la suya, la del conde y, como no conocía el terreno, se orientó con los toques de Animas de cada pueblo hasta que encontró el ribazo y el árbol marcado; cogió el saco y se lo llevó a Guisona; limpió y maceró y tuvo en cal el cráneo hasta sacar la calavera mondada y limpia.

El doctor Alegret solía guardar este cráneo en el armario de su despacho, y cuando lo veía solía dirigirle algunas amables y metafísicas bromas.



## VII

### LA ALUCINACIÓN DEL DOCTOR ALEGRET

El doctor Alegret, los días de invierno, comía y cenaba solo en su despacho.

La vieja ama de llaves que le cuidaba, ponía un veladorcito bajo delante de la chimenea y allí tomaba el doctor su café y bebía una copa.

Después se calentaba los pies y fumaba cigarrillos uno tras otro, pensando vagamente en muchas cosas.

Todo estaba muy ordenado en el despacho del doctor Alegret, aquí los libros; en el armario la caja de instrumentos relucientes, los fórceps, las láminas de frenología y varias calaveras, algunas llenas de tierra en las que habían nacido pensamientos; broma un tanto pedantesca que no le parecía tan mala al médico.

En un rincón el doctor Alegret tenía su violín, que tocaba en los días de buen humor.

Muchas veces se ha dicho, y Maistre lo aseguró como un hecho indubitable, que los españoles no somos supersticiosos. Es una de tantas afirmaciones gratuitas y sin pruebas que los entusiastas católicos ofrecen al mundo para convencerle de que allí donde hay una creencia religiosa fuerte, no hay supersticiones.

Hablad en cualquier pueblo de España de aparecidos y de fantasmas y todo el mundo se reirá; pero de entre los que se ríen, no llegarán a la mitad los que pasen de noche solos por delante de las tapias del cementerio, tranquilos y sin temor.

\* \* \*

El doctor Alegret no tenía estos temores; muchas veces se paseaba por el cementerio, reflexionando sobre las verdades de la frenología y de la craneoscopia.

A pesar de ello, el doctor Alegret era indudablemente un poco visionario, más visionario de lo que él se creía.

Una noche estaba solo en su gabinete, contemplando sus fetos, sus calaveras y sus figuras de anatomía.

Hacía un tiempo de perros, el viento soplaba fuera con violencia, silbaba y gemía furioso; se oían golpear las ventanas de las casas, a otras rechinar en sus goznes y estrépito como si cayeran las tejas o las chimeneas. Hacía mucho frío. Guisona es un pueblo de clima extremoso; en verano se asan los pájaros y en invierno se hielan las palabras.

En esto, sonaron dos aldabonazos en la puerta. Como el ama de llaves era sorda, el doctor Alegret bajó al portal.

—¿Quién es —preguntó.

—¿Está el médico en casa?

—Sí.

—Se le necesita.

—Ya voy.

El doctor se puso un capote y una bufanda y fue en compañía de un hombre a una callejuela del pueblo, a una casucha en donde agonizaba una vieja.

Era una mendiga escuálida, tendida en un camastro; estaba en los huesos y tenía un aire trágico.

Debía ser <sup>\*</sup>forastera.

El doctor Alegret pensó que podía servir para representar la muerte en cualquier danza macabra de un pintor medieval. Estaba la vieja muy grave, consumida, y no se podía hacer nada por ella.

El doctor volvió a su casa algo obsesionado con ideas tristes. Se sentía viejo y abandonado. Se había enfriado los pies y se sentó en un sillón al lado del fuego y echó dos o tres leñas a la lumbre. El calor le dejó adormecido.

\* \* \*

En esto creyó despertarse, miró a la chimenea y vio que estaba delante de él Llusifer, su ayudante, y que hablaba a la calavera del conde de España.

—¿Qué diablo es esto? —se preguntó el médico—. Si Llusifer murió. ¿Qué puede hacer aquí?

Con la conversación de Llusifer la calavera del conde se animaba: le salían ojos, cara, piel, bigote, pelos y patillas y miraba de una manera furibunda una marca redonda que llevaba Llusifer en el pecho.

—¿Qué marca es ésta? ¿Quizá de una bala?

¿A qué venían estas muecas que hacía la calavera, ahora rellena, del conde de España?

—Esto no es posible —se dijo el médico—. Es una estupidez. Una alucinación. Me ha debido hacer daño la cena.

Todos los iniciados en la necromancia saben que hay fórmulas verdaderamente diabólicas para ver un conjunto de personas como un grupo de esqueletos de serpientes o de elefantes; también se sabe desde hace tiempo que existe el arte de hacer hablar a las calaveras, sin pulmones, sin laringe y sin boca.

El doctor Alegret no había hecho ninguna invocación mágica, no creía en la necromancia, ni en la manera de hacer hablar a las calaveras por arte de birli-birloque, y se quedó extrañado.

La cabeza, ahora rellena y completa, del conde de España, seguía mirando furibundamente a la marca de Llusifer y éste le hablaba amablemente, como si tal cosa.

—¿Qué querrá, qué deseará? —se preguntó el médico.

\* \* \*

En esto, el doctor hizo un movimiento brusco y se despertó de verdad. Marchó un tanto asustado y malhumorado a la cama y pasó toda la noche con sueños y pesadillas desagradables.

Al día siguiente, el doctor Alegret vio que la calavera seguía como siempre, y que no tenía ojos, ni carne, ni pelo... Había tenido una alucinación en un estado intermedio entre la vigila y el sueño.

Entonces el doctor se palpó la cabeza para ver si tenía el órgano de la maravillosidad y como no lo encontró más que normal, pensó que algo anómalo existía en su cerebro o en su estómago y se decidió a enviar la calavera del conde, que le había dado ya tantos disgustos, a un amigo suyo, profesor de la Universidad de Cervera.

El profesor la llevó al gabinete de Historia Natural, que era pobre y no muy bien surtido y le puso un letrero con tinta en el hueso occipital, que decía: Este es el cráneo del conde de España.

Así estuvo unos años la calavera, en una vitrina, hasta que desapareció la Universidad de Cervera, y el cráneo fue a la iglesia, en donde lo utilizaron en los funerales y en el día de los difuntos para ponerlo en un catafalco encima de un ataúd, cubierto por un paño negro.

---

\* La perífrasis verbal correcta es “debía de ser”, al indicar suposición y no obligación. [Nota del escaneador].

## OCTAVA PARTE

### HUGO SE MARCHA

#### I

#### LA CONTESTACIÓN DE SUSANA

Cuando Hugo volvió a las Roquetas, pasados los ocho días de término, se encontró con que Susana, con su niña, se había marchado de la finca, dejándole una carta.

La carta era muy expresiva. Decía en ella a Hugo que le quería y hacía votos por su felicidad; que no le podía abandonar a su marido porque comprendía que era un hombre desgraciado; que la suerte de los dos estaba unida; que si se escapaba de su casa, su hija, con el tiempo, se lo podía reprochar y sería para ella un dolor insoportable.

Después añadía que Hugo era casado y debía reunirse y reconciliarse con su mujer y volver a Inglaterra.

Por último, añadía que ella era más vieja que él, y que podía llegar el caso de que él se cansara de ella y entonces a ella no le quedaría nada: ni el cariño ni la satisfacción de haber cumplido con su deber.

Susana esperaba que Hugo no haría uso de aquella carta; que después de leerla la rompiera, y le recomendaba que se esforzara en olvidarla y en creer que el tiempo que había vivido en Berga había sido un sueño: Para él sería esto mucho más fácil que para ella.

Hugo leyó la carta y quedó durante mucho tiempo pensativo y melancólico.

Se le ocurrió volver a Berga, pero pensó que vencer la resistencia de Susana, que era mujer de energía y de carácter, sería ya imposible.

## II

### EL VIAJE

Hugo propuso a Costacáns que le siguiera acompañando, primero a Barcelona y luego a Francia. Costacáns dijo que iría con él hasta Solsona y le dejaría allí en casa de un arriero a quien él conocía, y que le llevaría en una tartana a Manresa.

Costacáns y Hugo fueron a caballo de noche, una noche de otoño admirable; las estrellas brillaban en el cielo y echaban sobre la tierra una luz plateada; el viento era blando, tibio.

Solsona estaba desierto y triste; desde la toma de Tristany, la mayoría de los habitantes habían emigrado y el pueblo parecía deshabitado. Hugo y Costacáns fueron a casa del arriero, y por la mañana siguiente se despidieron. Hugo marchó a Manresa.

Manresa le pareció a Hugo un pueblo un poco polvoriento en su cerro gris, con el río turbio, las casas amarillentas con galerías llenas de trapos y alguna torre cuadrada que se destacaba en el aire.

Manresa estaba ocupada por las tropas liberales, y era un ir y venir constante de soldados harapientos y de mozos de partidas.

Hugo arregló la cuestión de su pasaporte con relativa facilidad, y tomó un asiento en la diligencia para Barcelona, que salía por la mañana.

\* \* \*

La diligencia era un tanto monstruosa, pintada de rojo en una época lejana; su pintura tenía una porción de desconchados. Todo en España, durante la guerra, había quedado atrasado y anticuado.

Aquella diligencia era un aparato gigantesco, ventrudo como una barrica, con una porción de ventanas redondeadas, guarnecido en el interior con pequeños cojines estrechos recubiertos de una tela cuyo color era indefinible.

Al frente de máquina de tan fantástico aspecto tiraba una fila de siete mulas. Estas mulas iban desde la mitad del cuerpo afeitadas.

Hugo observaba lo que pasaba por delante de sus ojos con una atención puramente externa.

El traje del zagal le pareció de una gran elegancia; llevaba una barretina roja, chaqueta de color tabaco con bordados, pantalones cortos, alpargatas y un pañuelo de color al cuello.

El mayoral era grande, pesado, rojo, y tenía una gran variedad de gritos para dirigir sus mulas; hablaba en catalán y cantaba en castellano. Se llamaba de apellido Bicho o Bixo, palabra que no producía risa, como hubiera producido en Castilla, por no significar el vocablo en catalán insecto o sabandija, como en castellano.

La diligencia iba con una velocidad verdaderamente vertiginosa. Se prohibía que la gente se asomara a las ventanillas para evitar los accidentes de cristales rotos o de piedras que pudiesen caer.

Hugo veía el campo de otoño claro con nieblas y nubes de polvo en la carretera; pueblos blancos sobre altos amarillentos.

De cuanto en cuando se distinguía un hombre encorvado trabajando en el campo. El terreno tenía tonos de cobre. Los montes grises unos, de cimas rojas otros, con rocas blanquecinas, algunos nevados, iban apareciendo y desapareciendo a medida que avanzaba la diligencia.

Dentro del coche había soldados, aldeanos, campesinas, vendedores ambulantes, todos

mezclados, que iban poco a poco, con el movimiento del vehículo, echándose unos sobre otros.

A veces el zagal bajaba, azotaba a las mulas con el látigo y luego se le veía que aparecía en la portezuela de atrás con la fusta.

Antes de llegar a un pueblo, otra diligencia más pequeña se colocó detrás y fueron así durante largo rato.

Al entrar en la aldea con un estrépito terrible, el mayoral, sintiéndose humorista, dijo que debían parecer las dos diligencias un perro enorme que llevase atada a la cola una lata.

A veces había que hacer una vuelta brusca en el recodo de un camino, y todo el formidable aparato de la diligencia, con sus grandes ruedas, pasaba al borde de un precipicio. De cuando en cuando se veían en el campo algunas hogueras.

\* \* \*

El camino, como todos los de España entonces, era malísimo, lleno de baches y de agujeros. Había que pasar con frecuencia verdaderos torrentes y pantanos llenos de lodo.

El aire era vivo y puro, el viento arrastraba rápidamente las nubes y en los picos de los montes brillaba la blancura de la nieve.

A veces, para cambiar el tiro, se paraban en el portal de una posada, en el que había muchos hombres, con barretina, capa o manta, alrededor de un brasero lleno de astillas, que ardía en medio del zaguán llenándolo de humo.

Volvían todos a subir al coche. El mayoral se colocaba a la derecha. El zagal gritaba y azotaba a los caballos con su látigo.

Pronto apareció Monistrol, muy blanco, con sus tejados y sus arcadas. Abajo corría el Llobregat y pasaban sus olas, de un color turbio como de barro, por delante de sus viejas murallas. En la plaza se paseaba la gente charlando y fumando cigarrillos.

\* \* \*

De Monistrol comenzaron a seguir el camino hacia Martorell, y dieron vueltas y revueltas y pasaron por sitios estrechos y por cuestas en donde parecía muy fácil el romperse la cabeza.

Al acercarse a Montserrat, el paisaje era impresionante; aquellas grandes paredes grises y negras con aire de murallas tenían un aspecto romántico e irreal.

El Montserrat iba agrandándose y parecía un fantasma de monte en la bruma gris, con sus cárcavas y contrafuertes como tubos de órgano.

Aquella montaña extraordinaria, levantada como un gigante fantástico en medio de la tierra, parecía dejar indiferente, a pesar de su aparato escénico, a todos los que iban en la diligencia.

Uno de ellos dijo que el pasar por allí era peligroso, porque a veces se desprendían grandes piedras.

Dieron la vuelta todo el monte hasta salir al pueblo Collbató, en donde ya comenzaron a entrar en el llano.

Después, poco a poco fueron dejando atrás el Montserrat con su aire de gran castillo legendario y fantástico.

De Martorell a Barcelona el camino le pareció a Hugo de aire proletario y sin carácter. Las casas que veía eran pequeñas y con terrazas. Algunos gitanos hacían su campamento al borde del camino. Pasaban grupos de soldados en formación por la carretera.

### III

#### EN BARCELONA

Hugo fue a Barcelona a la fonda de las Cuatro Naciones. Al día siguiente marchó a visitar al cónsul de su país. Hablaron los dos del conde de España. En Barcelona se le pintaba como un monstruo, como un aborto de la Naturaleza.

Hugo, que había conocido al conde amable y burlón, se encontraba muy asombrado de la fama que tenía de diabólico y perverso.

Hugo compró dos hojas dedicadas al conde de España.

En la una había un grabado toscamente hecho; dos hombres, uno de barretina y otro de zorongo, llevaban, el uno por la cabeza y el otro por los pies, el cadáver de un general con uniforme, espadín y faja.

La leyenda de ese grabado decía:

«A la inesperada muerte del tigre de Cataluña don Carlos de España, cuyo cadáver se encontró acribillado de heridas en la margen del río Segre, cerca de Orgañá.»

Luego venían estos versos:

«Ya murió, ya murió, Barcelona,  
el feroz, el tirano, el verdugo.  
Ya, por fin, a los cielos les plugo  
tus ultrajes e insultos vengar.  
En la orilla del Segre frondoso,  
sin auxilio de gente homicida,  
acabó allí don Carlos su vida  
cuando a Francia pensaba escapar.»

Seguían luego otros versos ramplones por el estilo.

El papel, en su leyenda y en sus versos, no decía una palabra de verdad. Ni el cadáver se encontró acribillado de heridas, ni el Segre es frondoso, al menos en el sitio donde le mataron al conde, ni el general quería escapar a Francia, ni pudo ser muerto sin auxilio de gente homicida, porque todo el que mata a un hombre es homicida.

La otra hoja tenía un grabado que representaba un aldeano de pañuelo en la cabeza cavando en el suelo con una azada; otro de barretina y traje de payés con una antorcha en la mano, y dos hombres de pueblo llevando un ataúd.

La leyenda decía:

«Entierro de Carlos España. (Unos vecinos de Coll de Nargó hallaron el cadáver del conde de España en el río Segre. Se hizo constar la identidad del cadáver por los facciosos de Orgañá, y fue enterrado en la noche del 5 al 6 de noviembre de 1839.)»

La literatura que ofrecía al público este papel no era muy superior a la de la hoja del grabado anterior.

Comenzaba así:

Coro.

«Alegraos, catalanes;  
por fin vemos enterrar  
al tigre conde de España,  
que a tantos hizo llorar.»

Después el poeta, entrando en materia, decía:

«Monstruo aleve, fiera odiosa,  
ni aun mereces sepultura;  
que es tratarte con dulzura  
enterrar a tal traidor.  
Tu cuerpo abrasar debían  
llamas de eficaz hoguera,  
porque al del infierno fuera  
parecido aquí el ardor.»

Se veía que la muerte del conde de España no había producido en el arte mixto elegíaco e imprecatorio ningún Propercio ni ningún Tíbulo.

Hugo, que no tenía que hacer nada en Barcelona, se embarcó y fue hasta Cette.

De allí marchó a Tolosa de Francia, en donde pudo notar que los legitimistas franceses estaban indignados con la muerte del conde de España, quizá principalmente por ser éste francés además de legitimista.

## NOVENA PARTE

### GRAN BATUDA MACABRA EN LA CATEDRAL DE CERVERA UN DÍA DE DIFUNTOS

La leyenda auténtica o falsa asegura que el cráneo del conde de España sirvió, durante muchos años, en los funerales de la iglesia de Santa María de Cervera, colocado sobre un ataúd y que alguien, quizá el frenólogo Cubí, al tomarlo en su mano vio que tenía escrito alrededor del agujero occipital un letrero con tinta que decía:

«Esta es la calavera del conde de España.»  
Riversdale-Recuerdos.

#### I

### MISA DE DIFUNTOS

Se ha tocado la campaneta en distintos puntos de la ciudad.

Hay un catafalco en medio de la iglesia con un ataúd cubierto con un paño negro con galón de plata.

La salmodia monótona del celebrante resuena en el templo; las voces del coro suben hasta las naves; las armonías poderosas del órgano descienden de lo alto con un estruendo poderoso y dominador.

El coro canta:

*El coro.*

Dies irae, dies illa,  
solvat saeculum in favilla  
teste David cum Sibylla.  
Quantus tremor est futurus  
quando Judex est venturus  
cuncta stricte discussurus.

El órgano lanza su tempestad de notas.

*El celebrante.*

¡Agnus Dei qui tollis peccata mundi dona eis requiem sempiternam!

Vuelven los acordes del órgano.

Cantan los chantres, y los curas comienzan el responso.



*Los chantres.*

¡Liberame Domine de morte aeterna!  
Vuelve el coro a cantar; el cura bendice y agita el incensario.

*El primer coro.*

Kyrie eleison.

*El segundo coro.*

Christe eleison.

*El celebrante.*

¡Pater noster!

Un cura recita el «Pater» en voz baja, y el celebrante da la vuelta al ataúd echando agua bendita con el hisopo.

## II

### EN LA OSCURIDAD

Media hora después la iglesia de Cervera se ha quedado vacía; los curas se han ido marchando, arrodillándose y quitándose el birrete al pasar por delante de los altares; el sacristán va matando las luces con el apagavelas, que recuerda una nariz sujeta en un palo.

Se han oído pisadas en las losas, golpes de vara y después el ruido estrepitoso de unos cerrojos y de unas llaves.

Por las calles próximas a la catedral, canónigos y curas marchan a buscar la pitanza cotidiana.

### III

#### CUBÍ Y SOLER, EL FRENÓLOGO

En la iglesia negra y sombría, la silueta de un hombre se destaca detrás de un pilar.

El señor grueso, elegantemente vestido con levita y corbata azul celeste, es don Mariano Cubí y Soler, catalán, de Malgrat, autor de la «Polémica religioso-freno lógico-magnética».

Cubí es un señor de frente espaciosa, nariz corva, bigote pequeño, sotabarba, ojos hundidos, un poco de melena, de cincuenta a sesenta años en esta época; el labio inferior imperioso. Don Mariano Cubí tiene la manía de escribir con ortografía racional.

Cubí y Soler es frenólogo, gramático, magnetizador, doctrinario, un poco crédulo, un tanto precursor en farsantería pseudocientífica de Lombroso y de Letamendi.

El señor Cubí, aunque bien avenido con la Iglesia, es algo brujo, un creyente en el magnetismo, y al verse solo en la ancha nave hace unas cuantas invocaciones mágicas de magia negra.

#### IV

### LA INVOCACIÓN

*Cubí* (haciendo la invocación clásica a Claunech).

¡Helon, Taul, Varf, Pan, Heon, Homono reum, Clemial, Serugeath, Agla, Casoly, Tetragrammaton, Venite! Evocad el alma de estos muertos.

(Se oye toda clase de ruidos, silbidos, ronquidos, truenos, borborigmos y rumores de cadenas.)

*La calavera del catafalco.*

¿Qué es esto? ¿En dónde estoy? ¿Quién me evoca?

*Cubí.*

Servidor. El frenólogo Cubí.

*El conde.*

¿Usted sabe quién soy yo?

*Cubí.*

Sí. Su Excelencia el conde de España.

*El conde.*

Celebro que sea usted respetuoso. Sí; yo soy la calavera del conde de España. Me tienen aquí para los funerales.

*Cubí.*

Sí; ya lo he notado.

*El conde.*

Yo le había dicho al fiscal Cantillón, en mis tiempos de capitán general de Barcelona, que pusiera una calavera en su despacho para asustar a la gente, y ahora soy yo el que asusta a la gente. En la muerte como en la vida.

*Cubí.*

¡Qué destino!

*El conde.*

Peor es hacer reír.

*Cubí.*

¡Psch! Eso va en gustos. Cada cual obra según sus protuberancias craneanas.

*El conde.*

Tengo la identificación aquí detrás. Un médico de Guisona hizo la mala broma de limpiar mi calavera, y un profesor de la Universidad de aquí, cuando aquí había Universidad, puso mi nombre escrito con tinta en mi occipucio. ¡Qué falta de respeto! ¡Con qué gusto le hubiera fusilado!

*Cubí.*

¿Y qué le paso a usted, señor conde?

*El conde.*

Nada, una mala broma. Me asesinaron los de la Junta de Berga, carlistas y curas —¡vaya usted a fiarse de la gente de iglesia!—, y me tiraron al Segre. ¡Canallas! Después, ese médico de Guisona, que, sin duda, creía en las mismas cosas que usted, cortó la cabeza a mi cadáver en el cementerio de Coll de Nargó, la limpió, la mondó como si fuera una patata, se la llevó a su casa y, rodando, rodando, he venido a parar a esta iglesia, y aquí me tiene usted, amigo frenólogo, para espantar a las mujeres y a los chicos.

*Cubí.*

Permita usted, mi general, que observe nada más su combatividad, su destructividad y su secretividad. Con eso me contento.

*El conde.*

Haga usted lo que quiera. No me puedo defender.

*Cubí.*

Tomaré su calavera con respeto. Lo que me choca, mi general, es lo desarrollados que están en usted los órganos de la maravillosidad y de la concenciosidad.

*El conde.*

Basta, basta ya de tonterías, señor frenólogo, y déjeme usted de nuevo sobre mi ataúd.

*Cubí.*

¿Se encuentra usted ya bien ahí?

*El conde.*

¡Psch! Es un sitio como otro cualquiera.

V

OTRO ESPECTRO

Por en medio de la iglesia se va acercando otro espectro. El señor Cubí y Soler tiembla.

*El conde.*

¡Eh! ¿Quién es usted que anda así por la iglesia sin permiso?

*El Ros de Eroles.*

Soy el alma del Ros de Eroles.

*El conde.*

¡El alma! ¡A cualquier cosa llaman aquí el alma! ¿Así que tú eres el Ros de Eroles?

*El Ros de Eroles.*

Sí; el mismo.

*El conde.*

Yo soy el conde de España. ¡Qué cochinemente te portaste conmigo, noy!

*El Ros de Eroles.*

No parece sino que usted se portó bien conmigo cuando los agraviados.

*El conde.*

¿Y por qué estás en esta iglesia?

*El Ros de Eroles.*

¿No sabe usted que me mataron aquí en Cervera el año 1847?

*El conde.*

Yo, ¿cómo quieres que sepa eso, hijo? Yo entré en el gremio de los difuntos el 39. Tú bien lo sabes porque tomaste participación en la cosa, y bastante suciamente.

*El Ros de Eroles.*

Esta no es la hora de las reconvenciones, mi general.

*El conde.*

Y a ti, ¿qué te pasó? ¿Cómo te mataron?

*El Ros de Eroles.*

Cuando le escabecharon a usted...

*El conde.*

Habla con más respeto. Aquí no estamos entre arrieros.

*El Ros de Eroles.*

Pues bien, cuando le mataron a usted, me fui a Francia y allí estuve hasta 1847. Luego me hablaron, me convencieron, y aunque yo no tenía muchas ganas de aventuras, hicimos la intentona de Montemolín y entramos en España Cabrera, Brujó, Tristany, Borges, Pau Mañé, Marti (el Hereu-Lladre), Miguel Pons y otros.

*El Ros de Eroles.*

Completamente fracasada. Yo, al llegar a Cervera, caí enfermo de fiebre y fui a alojarme a la casa de mi amigo Vila. Allí me descubrieron los voluntarios liberales y me mataron en la cama a bayonetazos. Luego llevaron mi cadáver al cuadro donde fusilaron a Tristany en Solsona. ¡Qué capricho estúpido!

*El conde.*

¿Así que a mosén Benet lo fusilaron?

*Cubí.*

Sí, le habían cogido prisionero las tropas del gobierno y lo fusilaron en Solsona con el yerno del Ros de Eroles, el cura de Ager y un asistente.

*El conde.*

Era un bárbaro el buen mosén. Y Cabrera, ¿qué hace?

*Cubí.*

Cabrera se salvó. Ahora se ha casado con una señora protestante inglesa que es millonaria, según dicen.

*El conde.*

¿Con una protestante? Le digo a usted, señor frenólogo, que hay para perder la cabeza. ¿Así que él, tan católico, se casó con una protestante? ¡Qué barbaridad! ¿Y en dónde vive?

*Cubí.*

En Londres.

*El conde.*

¿Alguna otra intentona fracasada? ¿Y Segarra?

*El Ros de Eroles.*

Ese se pasó a los liberales poco después de la muerte de usted.

*El conde.*

¿Y el Pep del Oli? ¿No intervino en la nueva aventura de Montemolín?

*El Ros de Eroles.*

No; el Pep del Oli en esta campaña de Montemolín se pasó a los liberales, mandó como brigadier una partida isabelina y estuvo a punto de coger prisionero a Cabrera en una emboscada que le preparó en San Lorenzo de Piteus.

*El conde.*

¿Así que el Pep del Oli?

*El Ros de Eroles.*

Es brigadier del Ejército español con un buen sueldo.

*El conde.*

¡Ah! « ¡Sale cochón! ». Mejor hubiera hecho yo en fusilarle.

*El Ros de Eroles.*

También se pasaron al enemigo Miguel Vila alias el Caletrús, Ribas y otros.

*El conde.*

¡Bah! Gentuza insignificante; ¿y Miguel Pons, el hermano del Pep del Oli?

*El Ros de Eroles.*

Ese fue fusilado en la guerra de los Montemolinistas.

*El conde.*

¿Y Pau Mañé?

*El Ros de Eroles.*

Ese no sé qué hizo.

*El conde.*

¿Y Borges, que prometía tanto?

*Cubí.*

A José Borges lo han fusilado en Italia, donde fue a defender a los Borbones.

*El conde.*

¿Y mi amigo el Llarch de Copóns?

*El Ros de Eroles.*

Al Llarch de Copóns, en 1840, se le disparó una pistola y quedó mal herido y murió. Hay quien dice que lo mató su ayudante.

*El conde.*

¡Pobre Ibáñez! Yo le apreciaba. Era una buena persona.

*El Ros de Eroles.*

¡Bah! Era una bestia. No tenía más mérito que su tamaño. Que era una bestia grande.

*El conde.*

¿Y Torrabadella, aquel condenado clérigo que me la jugó de puño?

*El Ros de Eroles.*

Torrabadella creo que vive en Italia, y cuando estuvo en el Piamonte fue insultado y apedreado en las calles por haber ocasionado la muerte de usted.



*El conde.*

Vamos, me alegro que haya alguien que se acuerde de la gente y tenga un poco de cortesía y de respeto.

## VI

### MÁS ESPECTROS

*El conde.*

Y aquel cornudo de Aymerich, ¿qué hizo?

(Se oye un gran estrépito y sale de un sepulcro un esqueleto envuelto en una vieja armadura.)

*Aymerich.*

¿Cómo cornudo? ¿Qué es eso? Yo soy Jorge Aymerich, antiguo virrey de Cataluña, enterrado en esta iglesia.

*El conde.*

Usted perdone, yo hablo de otro Aymerich.

*Cubí.*

El señor Aymerich de que usted habla, mi general, aceptó el gobierno de Isabel II y fue magistrado creo que en Valencia.

*Aymerich.*

Si se trata de otro de mi nombre, no digo nada. Me vuelvo a mi sepulcro.

(El señor Aymerich con su armadura se vuelve a su tumba.)

*El conde.*

¿Y Narciso Ferrer, el otro cura de la Junta?

*El Ros de Eroles.*

No sé nada de él.

*Cubí.*

Yo le he visto en la América del Norte.

*El conde.*

¿Qué me dice usted?

*Cubí.*

Narciso Ferrer, el fanático párroco de Castellfort, terminada la guerra se fue a los Estados Unidos y se hizo protestante.

*El conde.*

¿También protestante?

*Cubí.*

También; y se ha casado con una americana y se distingue ahora por ser un republicano rabioso.

*El conde.*

«¡Quel satané coquin!». Le digo a usted, señor frenólogo, que a pesar de no tener pelo ni cuero cabelludo se le ponen a uno los pelos de punta con estas noticias. La verdad es que prefiero estar así de calavera sobre este ataúd que no vivir entre tanta gentuza. Tiene uno con esto muchas ventajas, una de ellas la de no tener miedo a los callos ni a las almorranas.

*Cubí.*

Además, que el cráneo así, desprovisto de superfluidades, es el mejor para las investigaciones frenológicas.

*El conde.*

(Mirando a la Iglesia). ¿Pero todavía hay más espectros? ¿Cómo se les permite salir sin un permiso especial? Debían tener sus horas.

*El Ros de Eroles.*

¡Qué quiere usted! Aquí ya no hay disciplina.

*El conde.*

¡Eh! usted; ¿quién es usted?

*Miralles.*

Yo soy el cabecilla Miralles, a quien los liberales fusilaron en Cervera durante el mando constitucional. Yo, sabe usted, tenía una hernia y esta hernia se me salió en el combate.

*El conde.*

¡Qué falta de previsión! ¿Es que no había en su pueblo buenos bragueros? ¿En qué estado se encuentra la ortopedia en este país?

*Miralles.*

¡Qué quiere usted! En estas épocas de decadencia todo decae..., hasta los bragueros.

*El conde.*

¿Y usted quién es, señor espectro?

*Pérez Camino.*

Yo soy el corregidor don Isidoro Pérez Camino, a quien mataron los españoles en Cervera en tiempo de la guerra contra Napoleón.

*El conde.*

Yo no le conozco a usted.

*Pérez Camino.*

Pues he sido de su escuela. Al revés de usted. Usted francés, al servicio de España, y yo, español, al servicio de Francia.

*El conde.*

¿Y por qué le mataron a usted?  
(El espectro del señor Pérez Camino enmudece.)

*Cubí.*

No lo querrá decir. Este señor hizo una jaula ingeniosa a estilo chino, que era un cajón con un agujero para sacar la cabeza. Al que no pagaba las contribuciones, que según parece iban a parar a su bolsillo, o no obedecía a las autoridades francesas, le metía en esa jaula, le untaba la cara con miel y le ponía al sol para que se lo comieran las moscas.

*El conde.*

¡Qué bestia! Porque un fusilamiento está bien, es decorativo; pero eso, no, eso es una estupidez.

*Cubí.*

Cuando entró el barón de Eroles en Cervera, le metió en la cárcel a este señor y la gente le hizo trizas.

*El conde.*

Hizo muy bien. Bueno, retírese pronto, señor Pérez. La historia de usted es un poco sucia y no es usted digno de alternar con nosotros.

*Cubí.*

Señores, el sacristán vuelve después de la comida.

*Los espectros.*

(Unos a otros). Hasta el año que viene, señores. Hasta el año que viene.  
Los canónigos van apareciendo y sentándose en el coro y cantan las Vísperas.

*Los canónigos.*

«Deus in adjutorium meum intende Dómine ad adjurandum me festina. Gloria Patri et Filio et Spiritui Santo.»

*Cubí.*

(Saliendo de la iglesia). ¿Por qué la destructividad es tan pequeña en el cráneo del conde? ¿Por qué no está desarrollada la combatibilidad? ¿Será toda la frenología una filfa?

## EPÍLOGO

Veinte años después de su marcha de España, Hugo Riversdale conoció en París al antiguo ministro de don Carlos, don José Arias Teijeiro.

Arias Teijeiro, ya cansado de la emigración, pensaba volver a una finca que tenía en Galicia, en Santa Marina del Rosal.

Hugo habló con Arias Teijeiro del conde de España y de su mando en Berga. Arias Teijeiro quería demostrar que él no tuvo participación en la muerte del general.

Después se refirieron al robo de la calavera del conde, fuera leyenda o realidad.

Por lo que dijo Arias, hacía pocos años que el obispo de la diócesis, apellidado Caneal, había autorizado, a petición de la familia, la exhumación del conde de España del cementerio de Coll de Nargó, y habían sacado los huesos del general, pero faltaba la cabeza.

Se dijo que estos huesos habían sido trasladados a Mallorca.

Hugo le preguntó a Arias si conservaba relaciones en Berga; el antiguo ministro de don Carlos dijo que no, que no le quedaba allí ningún amigo.

Hugo no tuvo después de salir de Berga ninguna noticia de Susana ni de su familia.

Madrid, diciembre, 1928.



## QUINTA PARTE

### LA EMBOSCADA

I.—En la casa rectoral de Aviá .....	113
II.—Diplomacia de canónigo .....	116
III.—La estrategia del cura Ferrer .....	119
IV.—El cazador, cazado.....	122
V.—Sin remisión.....	125
VI.—Prisionero .....	130
VII.—Los amigos de la Junta.....	134

## SEXTA PARTE

### LA SENDA DOLOROSA

I.—Hugo y Susana .....	139
II.—Costacáns .....	142
III.—EL VIAJE SINIESTRO. Las impresiones del conde .....	146
IV.—Siguen la pista .....	151
V.—EL VIAJE SINIESTRO. La rectoría de Cisquer .....	153
VI.—EL VIAJE SINIESTRO. El Call de Odén.....	157
VII. Silencio .....	161
VIII.—EL VIAJE SINIESTRO. Pujol de Segres y la masía de Casellas .....	163
IX.—Junta de rabadanes .....	169
X.—Los matadores .....	171
XI.—Últimos preparativos .....	174
XII.—Visitan al conde .....	177
XIII.—El Segre .....	184
XIV.—EL VIAJE SINIESTRO. Durante la noche .....	187
XV.—EL VIAJE SINIESTRO. ¡Al río! .....	190
XVI.—Los despojos .....	193
XVII.—Versión de Ferrer .....	195
XVIII.—Comentarios en Berga .....	199
XIX.—Dictadura de la Junta .....	202

## SÉPTIMA PARTE

### FANTASÍA Y REALIDAD. LA CALAVERA DEL CONDE

I.—Coll de Nargó .....	205
II. El Queto y el Chinco .....	208
III. El tío Viroto, el sepulturero .....	214
IV. El doctor Alegret .....	218
V. La tentación del doctor Alegret .....	224
VI. Los bandidos .....	227
VII. La alucinación del doctor Alegret .....	230

OCTAVA PARTE

HUGO SE MARCHA

I.—La contestación de Susana .....	235
II. El viaje .....	237
III. En Barcelona .....	242

NOVENA PARTE

GRAN BATUDA MACABRA EN LA CATEDRAL DE CERVERA UN DÍA DE DIFUNTOS

I.—Misa de difuntos .....	245
II.—En la oscuridad .....	248
III.—Cubí y Soler, el frenólogo .....	249
IV.—La invocación .....	250
V.—Otro espectro .....	253
VI.—Más espectros .....	259
EPÍLOGO .....	265